

VOLUMEN

13

Rómulo Betancourt

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

María Teresa Romero



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

María Teresa Romero

(Caracas, 1955) Periodista y politóloga, especializada en asuntos internacionales y política latinoamericana. Es graduada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela (1982), con una Maestría en Ciencias Políticas de la Universidad de Pittsburgh, USA (1995) y Doctorado en Ciencias Políticas en la UCV (2004).

Es Profesora Asociada en la Escuela de Estudios Internacionales de la UCV desde 1986, desempeñándose en la actualidad como Jefe de la Cátedra de Política Exterior de Venezuela. También es profesora en el diplomado de Gobernabilidad y Política Exterior de Venezuela de la Universidad Metropolitana. Ha sido profesora invitada en el St. John Fisher College de Rochester, USA (1999), e investigadora en la Biblioteca del Congreso y en la Universidad de John Hopkins en Washington D.C. (1991) bajo el programa Fulbright.

Ha publicado varios trabajos y artículos académicos en libros y revistas especializadas, y ha sido colaboradora en varios periódicos nacionales. Actualmente es columnista en el diario *El Universal*. Es autora de los libros *Venezuela en defensa de la democracia 1958-1998: el caso de la Doctrina Betancourt* (Fundación de la Cultura Urbana, 2005; en imprenta) y *Política Exterior de Venezuela: El proyecto democrático, 1958-1998*. (Editorial del diario *El Nacional*, 2002), así como co-autora del *Diccionario de Política y de los grandes pensadores políticos* (Editorial Panapo, 1994).

Entre los principales cargos desempeñados en su trayectoria profesional cabe destacar que fue Directora de la Fundación Pensamiento y Acción, e investigadora de la Fundación Rómulo Betancourt. En la actualidad es codirectora del informe de análisis internacional *Visión Venezolana* (www.visionvenezolana.com) y Presidenta de la Asociación Fulbright de Venezuela.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Rómulo **Betancourt**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Rómulo **Betancourt**

(1908-1981)

María Teresa Romero

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo de Rómulo Betancourt (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If789200592036.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6915-07-0

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario El Nacional, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario El Nacional buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de El Nacional

A orillas del río Pacairigua



¿Qué importan los epítetos? Los venezolanos no admitimos buenos oficios ni términos medios, aseguraba Miguel Otero Silva. A los juicios benévolos y a las verdades doradas, sólo sabemos enfrentar las airadas opiniones y las leyendas negras. Idolatrado u odiado, el hijo del español canario Luis Betancourt y de la criolla Virginia Bello, que vino al mundo un 22 de febrero de 1908, el año en que el gobierno de Venezuela pasó de las manos de Cipriano Castro a las de Juan Vicente Gómez (es decir, de una dictadura a otra), llegó a ser un individuo fuera de lo común. La condición de hombre que fue Rómulo Betancourt la llegó a resumir Mariano Picón Salas en este sencillo refrán criollo: “era de los que las coge al vuelo o las para en el aire”.

No es poco lo que se ha escrito sobre la vida del fundador de Acción Democrática, la política de manera particular. Sin embargo, siempre resulta aventura fascinante ir hacia atrás y reconstruir sus peripecias biográficas. Cada mirada sobre su perfil político y humano produce nuevas pistas sobre sus faenas y acerca de un período fundamental de la historia de Venezuela, aquél de la primera mitad del siglo XX en el que se forja y se echa a andar con bastante éxito el primer proyecto democrático y civilista venezolano.

Empecemos por sus orígenes. Rómulo Antonio Betancourt Bello nació en Guatire, en la casa Nro. 3 de la calle Bolívar. En este pueblo rural, piadosamente bautizado con el nombre de “Santa Cruz del Valle de Pacairigua y Guatire” ya que por los años del 1700 se asienta alrededor de una capellanía de haciendas de campo, vivió Rómulo hasta la edad de 11 años, cuando en 1919, junto a sus padres, sus hermanas y su tío Luis Bello, se traslada a Caracas.

Aquellos pequeños pueblos venezolanos, Guatire, Guarenas y Panagüire, que ahora forman parte del distrito Zamora del estado Miranda, entraron muy temprano en la historia porque allá tuvo lugar uno de los episodios de mayor trascendencia de la colonia. En 1749 fueron escenario de la conjura y alzamiento del canario Juan Francisco de León, líder de la protesta de isleños, negros, mulatos e indios de esas tierras contra los vascos de la Compañía Guipuzcoana, en quienes residía el poder que les había otorgado el rey, y eran, por tanto, su imagen y representación. Guatire fue también teatro de importantes acciones bélicas durante la Independencia y, al término del período histórico conocido como la Revolución Federal, y debido a similares circunstancias mereció el título, en 1864, de “villa heroica”. Un historiador refiere que el distrito Zamora y su capital siempre fueron reductos liberales. “Aquí estableció su cuartel general el general Nicolás Rolando, supongo que antes de la batalla de El Guapo. Lo más granado de la oficialidad oriental gozaba de la simpatía del grupo, y en todo el oriente se cantaba la copla casi mística que inspiraban el general Rolando y los ideales democráticos de la libertad”:

*“Virgen santa a quien adoro,
dijo una mujer rezando,
con tal que triunfe Rolando
te hago un Rolandito de oro”.*

Su ciudad natal y Pacairigua siempre estuvieron presentes en la memoria de Rómulo Betancourt. Eran, y aún son, tierras que cautivan

por el verdor de sus valles ricos en cultivos de caña de azúcar, café y cacao. El hechizo también le llega de sus pobladores mestizos, fruto de los indios Chagaragotos, de los esclavos negros y de los inmigrantes españoles; gentes mágicas y misteriosas forjadas al son de la pasión y la nostalgia del tambor barloventeño. Pero Betancourt nunca regresó a vivir en Guatire, aunque fueron varias las veces que retornó a ella. Cuando fue presidente de la República le construyó obras públicas de importancia, como el grupo escolar “Elías Calixto Pompa”, así como su principal iglesia. Con motivo de la conmemoración de sus cincuenta años de vida pública, Rómulo Betancourt donó los terrenos del patio de la casa donde vivió su infancia, que antes le habían sido cedidos por AD, a la Biblioteca Nacional con el mandato de que allí se construyera una biblioteca pública en honor de sus padres. Sobre ello dejó constancia en sus escritos y discursos autobiográficos. Pacairigua fue el nombre escogido para su última casa de habitación en Caracas, hoy en día sede de la Fundación Rómulo Betancourt que guarda su archivo y su biblioteca personal.

En 1962, durante una visita oficial a Guatire, en la biblioteca pública “Don Luis y Misia Virginia”, dio un discurso en el que añoraba sus amistades de infancia y sus felices vivencias. En “mi amado pueblo nativo”, confesó en esa oportunidad, “aprendí a amar la naturaleza y a disfrutar de la vida al aire libre”. Allí, en efecto, se inició en la natación en el Pozo de las Catanas, en la pesca atrapando bagres con sus amigos en el río Pacairigua, y en la cacería de zorros junto al legendario viejo Maípa, cuyo curioso trabajo de caza emprendía diariamente entre los tablonos de caña de azúcar. En su pueblo natal también aprendió a jugar fútbol y béisbol, a fabricar papagayos y a montar bicicleta en el único biciclo del pueblo, el que le regaló su padre cuando cumplió diez años. Eran deliciosos tiempos de inocencia, de ingenuidad, que dejaron buena huella en la recia personalidad de Betancourt. En él se confirma la sentencia de José Ortega y Gasset: “Todo el que ha conocido algún grande hombre se ha sorprendido de hallar que su alma poseía un halo de puerilidad”.

De igual modo en Guatire se estrenó en el aprendizaje de las desigualdades y las injusticias humanas, y adquirió sensibilidad social. En esa primera década del siglo XX, cuando nace Betancourt, Guatire era aún un pueblo de poco más de 1.500 habitantes, sin luz eléctrica, con calles de tierra, y de gentes pobres pese a las riquezas naturales. Betancourt palpó particularmente la miseria que cundía en los ranchos y caseríos mirandinos cuando, junto a su padre, ayudó en la distribución de medicamentos entre los enfermos de la peste española del año 1918.

Su amor a Guatire es indisoluble de su amor familiar. Fue el pueblo donde nació su madre, Doña Virginia Bello Milano de Betancourt, sus hermanas María Teresa, “Tetete” la mayor de la familia, y Helena, la menor. Y el que acogió a su abuela y a su padre, los canarios María de Betancourt y Luis Betancourt García. Su familia tuvo influencia fundamental en el perfil humano del biografiado, y no menos en su vocación de periodista, escritor y político. De sus ascendientes heredó un temperamento apasionado y vital.

Luis Betancourt fue un padre de familia responsable, y como buen español inmigrante, un incansable trabajador que llegó a tener cierta autoridad en Guatire. Procedente de las Islas Canarias, llegó a Venezuela en las postrimerías del siglo XIX, justo el año en que asumía el poder el general Cipriano Castro. No vino solo ni por aventura, aunque sin duda debió haber sido todo un acontecimiento para este quinceañero el viaje en el barco velero español que lo trajo hasta el puerto de La Guaira. El joven Luis vino acompañado de dos mujeres recias, su madre viuda María de Betancourt y su tía Rosa. La decisión de emigrar no fue tanto por pobreza, sino porque la familia de María nunca había aprobado el matrimonio de ella con el Licenciado Roque Betancourt y aunque éste había muerto, se sentía asediada por la intransigencia de los suyos. Pedro Berroeta en su *Rómulo Betancourt los años de aprendizaje* rescata el talante de la que fue la abuela de Rómulo Betancourt, con estas palabras: “Sin duda alguna María era una mujer de carácter –cualidad que heredaría su nieto– porque mucha fuerza moral y segu-

ridad en sí misma requería entonces una muchacha, primero, para desafiar el veto de su familia y casarse con el hombre que amaba; y, segundo, para romper con sus ataduras de sangre y de hábitos, y emprender tan largo y aventurado viaje hacia un país desconocido”.

Radicado en Guatire, el padre de Betancourt no se dedicó a la agricultura como la mayoría de los canarios asentados en esas tierras. Bajo la protección de Antonio García Guerra, el más rico comerciante del Distrito Zamora y probablemente su pariente, se empleó en el principal almacén de la ciudad, y luego logró el puesto de contabilista en una agencia del Banco de Venezuela, la única existente por entonces. En 1912, don Luis fue premiado en el Concurso Internacional de la *Casa Reuter* que entonces tenía buena resonancia entre los certámenes nacionales. Se trataba de un concurso de poesía: en ese momento se puso en juego la belleza de la norteamericana, la francesa y la hispanoamericana. A ver quién entre los poetas y a cuál de las mujeres le cantaba mejor. Luis Betancourt salió victorioso: con su poema “Las tres beldades” se ganó la pluma de oro, como lo refirió el historiador Ángel Grisanti en sus notas *Rómulo Betancourt y su patria chica*. El triunfo fue todo un acontecimiento para los guatireños. Por eso uno de sus amigos, el lugareño Blas Aranguren, no dejaba de recordar que “Mi compae Luis es el hombre más plumúo de Guatire”. Aludía, como es visible, a la pluma de oro. El poema “Las tres beldades” decía así:

*“Flores de distintos climas
son Laura, Rosa y Ester:
mas yo me inclino a creer,
que si no hermanas, son primas.*

*Si me dieran a escoger
de las tres la más hermosa,
diría que, al par que Rosa,
bellas son Laura y Ester.*

*Francés por Ester sería,
y por Rosa, americano,
mas luego, venezolano
por Laura me quedaría.
Beldades que así ocultáis
el suelo que os vio nacer,
¿no podría saber
qué específicos usáis?*

*¿Qué específicos? Perdón
por la estúpida pregunta.
¿Quién al veros no barrunta
que le debéis al jabón
de Reuter, cutis tan bello?*

*Y al Barry ya famoso
Tricófero el abundoso
y perfumado cabello?"*

Era, evidentemente, un poema publicitario, promovido por los productos *Reuter*, pero Luis Betancourt mostró allí su gracia e ingenio. De su padre, el joven Rómulo heredó su característico sentido de humor algunas veces ácido, mordaz. Ni la cárcel, ni el exilio, ni las adversidades de su vida política lograron vencer su buena actitud vital. De él también aprendió disciplina por el trabajo, virtud que lo acompañó a lo largo de toda su vida. Desde pequeño ayudaba al padre en la oficina y de su obligada asistencia heredó la aritmética y el oficio de contabilista de los que haría posterior uso para sobrevivir durante su primer exilio.

Más tarde hubo de trabajar en otros quehaceres para ayudar económicamente a su familia; en el de enrollar tabacos, fabricar papagayos para la venta y como acomodador de cine. Don Luis, autodidacta inquieto y curioso, de visibles preocupaciones intelectuales y políticas,

fue también quien lo introdujo al periodismo y a la política. Fundó un pequeño periódico literario llamado *El Geranio* en el que el niño Rómulo le asistía pasando en limpio algunas crónicas. Por su padre empezó a conocer la situación política venezolana que le rodeaba. Aunque Luis Betancourt no fue militante político ni visible opositor, le repugnaba el gomecismo, y así se lo hacía ver a su familia y allegados cercanos, a pesar del clima de represión reinante. En medio de todo, también le enseñó el rostro amable de la vida. Saber sonreír, como en el poema de “Las tres beldades”. Don Luis se habría quedado con cualquiera de las tres. Quizás también el hijo, para quien cultivar relaciones de amistad y de amor con las mujeres, constituyó –junto a la política y la actividad intelectual– otra de sus pasiones vitales.

Un día en que supuestamente iba a visitar Guatire el general Gómez para la inauguración oficial de una carretera, don Luis reunió en su casa a varios vecinos para sugerirles que nadie saliera de sus domicilios cuando llegara el dictador. A última hora, pese a que Gómez canceló su visita, la mayoría del pueblo no concurrió a la ceremonia. Ese día Guatire se mantuvo desierto; estuvo de duelo, acatando las insinuaciones de protesta del padre de Betancourt y de sus amigos.

De su madre, Virginia Bello, Betancourt derivó “un carácter jovial y animoso”, como lo atestigua el citado historiador Ángel Grisanti al reconocer la similitud de caracteres entre madre e hijo. Como ella, él era abierto, social, comunicativo, en especial con su familia y amigos. De ella también heredó la temprana pasión por la lectura y su interés literario. Esta inteligente ama de casa, gran lectora, siempre quiso que su hijo predilecto y único varón fuera escritor. Así, intentando llevarlo por derroteros literarios, le regaló, cuando apenas era un niño, *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, *El Judío Errante* de Eugenio Sue, *La Isla de los Pingüinos* y los *Dioses tienen sed* de Anatole France, y *El Conde de Montecristo* y *Los Tres Mosqueteros* de Alejandro Dumas. También lo introdujo en la historia de Venezuela al leerle pasajes de la vida y pensamientos de Simón Bolívar y de la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco.

Doña Virginia no sólo fue modelo y apoyo a sus intereses intelectuales: también lo fue a su fervor político. En el discurso de despedida de su segundo gobierno, en abril de 1964, Betancourt reconoció que fue ella quien le inculcó la admiración y reconocimiento a sus conciudadanos y, que tras su muerte prematura, el amor que le profesaba lo había transferido a su país, al cual desde entonces “estaba permanentemente dispuesto a servirle, en cualquier circunstancia y desde cualquier posición”. La muerte de su madre constituyó un impacto doloroso. Se dio en Caracas, tras una operación supuestamente de cáncer. Fue el 13 de enero de 1927, cuando Rómulo Betancourt apenas iniciaba sus estudios universitarios. Muchos de sus amigos de la Universidad Central de Venezuela lo conocieron vestido de negro, en riguroso luto por la joven madre fallecida.

Betancourt también contó con la fortuna de tener como guía al maestro Juan José Fermín con quien realizó sus estudios primarios en Guatire. Fermín, maestro preocupado por la situación política imperante, influyó de manera decisiva en su despertar político y le cultivó el gusto por la historia; le leía y comentaba episodios del acontecer nacional y mundial. Por él, y por los periódicos y revistas que llegaban diariamente a su casa, supo de la I Guerra Mundial, de la reelección de Gómez en 1914, y de los avatares de los opositores gomecistas de esos tiempos: el alzamiento del general Ducharme, las invasiones armadas del general Arévalo Cedeño, la conjura de Luis Rafael Pimentel en 1919. El maestro no sembró en tierra estéril. Su discreción de buen pedagogo le señaló los límites de sus conversaciones con el alumno a quien no trató de influir de manera incompatible. Simplemente, sus lecciones le permitían descubrirle la realidad y el entorno.

Es obvio: de Guatire, del afecto y apoyo de sus padres, de su maestro, de sus amigos, despuntó la sólida y realista personalidad del futuro líder venezolano, pese a su apasionado e impetuoso carácter. Siendo apenas un niño, se distinguía entre otros por su voluntad y gran confianza en sí mismo. Era sensible, sentimental y romántico. En Guatire dejó su primera novia con quien solía bailar en las fiestas de una re-

gión donde la música forma parte del aire que se respira. Era inquieto y orgulloso; le gustaba sobresalir. Además era alegre, expresivo, fiestero, amigo de todos. Sin profundas carencias afectivas, con suficientes y diligentes motivaciones infantiles, Rómulo Betancourt emprendería bien equipado su larga y no pocas veces turbulenta navegación como intelectual y político.

En su poema “El Nidal” de 1929, sobre los jóvenes revolucionarios que para entonces compartían los primeros días del exilio (“Somos tan solo seis....”) Miguel Otero Silva, al describir a sus compañeros, ya decía y predecía del aún joven Betancourt:

*“Rómulo: otro recio incansable
armado
con las virtudes teologales del triunfo:
ambición, voluntad y talento.*

*Fiero cuando recuenta el calvario tremendo de la patria
Tierno cuando se acuerda de la novia.
Diminuto
Con el pecho lleno de confianza en sí mismo”.*

Primer tiempo **de definiciones**

Fue ya en Caracas, en esa todavía plácida y provinciana capital de inicios de la década de los veinte (mas, como todo el país, asediada por la dictadura) cuando Betancourt emprendió su vuelo intelectual y político. De a poco se fue formando una verdadera conciencia de la situación venezolana, al contacto con sus amigos y compañeros de estudios, así como de lecturas periodísticas y de buenos libros políticos de autores nacionales e internacionales. Sus preferidos eran los venezolanos Fermín Toro, Juan Vicente González, Cecilio Acosta y de modo muy particular José Rafael Pocaterra, en quien se inspiró al escribir sus primeras páginas políticas.

Emular a Pocaterra en esos años daba cuenta de los múltiples y altos anhelos que animaban al joven Rómulo. Un prólogo a las *Obras Seleccionadas* del autor de *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* le sirvió a Miguel Otero Silva para trazar el perfil de José Rafael Pocaterra: "Fue periodista, novelista, panfletario, orador, cuentista, pedagogo, traductor y, con la luz de apagarse, poeta. Fue también conspirador, preso político, desterrado, fraguador de invasiones armadas, gobernador de su provincia, ministro, senador, embajador de varios países. Todo lo realizó, cuando le salió a derechas y cuando le salió a tuertas, empuja-

do por el brisote de su pasión venezolana”. Tal vez, aún más que Pocaterra, Betancourt sentía una firme convicción íntima de estar llamado por el destino a hacer algo grande por Venezuela.

Ese espíritu de misión resalta en forma nítida en una carta enviada a uno de sus compañeros de generación pocos años después, en 1931, cuando contaba con veintitrés años de edad. En ella decía Betancourt: “He tenido el cuidado de que detrás de cada actuación mía quede un documento. No he enviado ni un solo cable, ni una sola carta, ni un solo papelito sin dejar copia. Esos archivos voluminosos hablarán por mí cuando sea necesario. Menos que en mí he pensado en ustedes al conservarlos cuidadosamente. Ellos serán (...) fianza de mi trabajo desesperado, de mis luchas incesantes por libertarlos a ustedes, por liberar a Venezuela”. Como bien afirma Luis José Oropeza en su prólogo al primer tomo del Archivo de Rómulo Betancourt (1917-1929): “Desde su más remota mocedad se vislumbra ya en Betancourt un sentido histórico que preservará para siempre”.

También los españoles Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset; el mexicano José Vasconcelos; el argentino Domingo Faustino Sarmiento; el francés Henry Barbusse y el ruso Leonidas Andreiev figuraban entre sus preferencias. La principal novela del escritor ruso, *Sashka Yegulev*, causó profundo impacto en Betancourt, quien lo consideraba “su biblia”, y en los jóvenes de su generación. Las copias mecanografiadas de la obra de Andreiev se las pasaban de mano en mano. La novela los introdujo en una noción diferente y novedosa de los significados de “pueblo” y “partido”, de sus luchas organizadas por la liberación de Rusia y contra el zar.

Desde su llegada a la capital, a la casa de la familia de su padrino Rómulo Acuña, quien estuvo preso varios años en La Rotunda, y luego estudiando, trabajando y recorriendo las calles de ese verde valle tendido sobre las faldas del Ávila, fue palpando el odio popular al dictador y a sus métodos represivos de gobernar. Allí conoció los relatos de las terribles torturas que recibían en la cárcel de Gómez todos aquellos que osaban oponerse al régimen. Y no sólo a causa de episodios

conspirativos, como la subversión militar de 1919, o por la zozobra creada tras el asesinato en 1923 del vicepresidente de la República y hermano del Benemérito, Juancho Gómez, sino debido a sutiles críticas. Mucho le impresionó al recién llegado a Caracas las prisiones de intelectuales y políticos de la talla de José Rafael Pocaterra, Leoncio Martínez, Andrés Eloy Blanco, Francisco Pimentel, Salvador de la Plaza, por mencionar unos pocos.

Su preocupación por el drama político venezolano, también su interés por la literatura, se incrementaron al iniciar sus estudios de secundaria en septiembre de 1920, en el Liceo Caracas, el único plantel en aquél tiempo, dirigido en ese entonces por quien sin duda llegaría a ser una de las más significativas expresiones intelectuales del siglo XX venezolano, el escritor Rómulo Gallegos. La influencia del autor de *Doña Bárbara*, sin menospreciar los ascendientes de otros profesores insignes del Liceo, como Fernando Paz Castillo, José Antonio Ramos Sucre, Julio Planchart y Caracciolo Parra León, fue decisiva en la formación intelectual de Betancourt.

La obra novelística de Gallegos, sus clases magistrales en Filosofía y Álgebra, sus disertaciones y consejos políticos, inspiraron no sólo a Betancourt, sino también a sus compañeros de aula y Liceo, personajes tales como Jóvito Villalba, Luis Villalba, Raúl Leoni, Armando Zuloaga Blanco, Miguel Otero Silva, Felipe Massiani, Luis Beltrán Prieto, Isaac J. Pardo, Arvelo Torrealba, Ramón Rojas Guardia, y Miguel Acosta Saignes. Muchos de ellos ingresarían con Betancourt a la Universidad Central de Venezuela, en 1926, y formarían parte de la Generación de 1928. Varios de estos compañeros se convertirían en inseparables amigos de vida.

En sus años como bachiller y universitario, entre 1920 a 1928, Betancourt le entró de lleno, ávido y voraz, a la lectura y la escritura. Se aventuró con varios cuentos y, aún sin terminar el bachillerato, el maestro Gallegos lo escogió para reemplazarlo en la cátedra de Literatura cuando éste tuvo que viajar a España. A ratos presumía que su destino sería el de novelista. Su primera producción literaria fue el

cuento “Érase un poeta”, publicado en la revista *Kronos* de Caracas, en 1924; luego, en 1925, escribiría el relato “La caja de bombones”, que le valió un premio literario juvenil en el concurso abierto del diario *La Esfera* de Caracas, y la pieza romántica “Adieu, ma petite” que publicó la revista *Biliken*. En 1926, en el Nro. 64 de la *Revista Venezuela*, apareció su cuento “Orgullo de Blasón”, mientras que en la revista *Elite* publicó una nota literaria sobre la poesía de Israel Peña. Además de sus escritos en varias revistas, era concurrente de las tertulias de *Elite* que reunía en aquellos tiempos a todos los más renombrados caraqueños con inquietudes literarias.

No fue, sin embargo, la literatura el fuerte de Rómulo Betancourt; sus escritos no impresionaban, eran barrocos. En realidad, el joven puso mayor dedicación en esos años a sus estudios de Derecho en la Universidad Central, y así lo revelan sus notas sobresalientes y los trabajos que en el ramo tuvo que emprender. Junto a Jóvito Villalba trabajó en el bufete del abogado Alejandro Pietri, se desempeñó como mecanógrafo en el Colegio de Abogados, echó a andar una revista de legislación, y se empeñó a fondo en el estudio del Derecho Constitucional y comparado. De esos estudios conoció las constituciones latinoamericanas y de las muchas reformas que emprendió el dictador Gómez para reelegirse como eterno presidente de Venezuela. Un maquillaje que el dictador no necesitaba, pero era conveniente para sus relaciones con el mundo exterior.

Sí impresionó, en cambio, Betancourt en aquellos tiempos juveniles por sus producciones ensayísticas y su capacidad oratoria. Su elocuencia fue notoria en la presentación que hiciera de la escritora española María Álvarez de Burgos en 1927, cuando ésta disertó sobre “La mujer y el amor” en el club Venezuela. Con asombro y risas, pero cautivados, recibieron los asistentes al acto ese discurso audaz y desenfadado. Como también dijo Joaquín Gabaldón acerca de Betancourt, “Allí se perfilaba ya, junto con el don oratorio, la capacidad de invectiva, la crítica acerba, el sarcasmo, que han constituido después pronunciada modalidad del periodista y el político”.

En esa época estudiantil otros temas atraen su interés. La historia, los problemas políticos, las desigualdades sociales, el movimiento de la reforma universitaria y de las luchas estudiantiles en el resto de América Latina, anima sus pláticas con otros compañeros de estudios y sus primeros ensayos. Entre ellos destaca el titulado “Rodolfo Stamler y la metafísica jurídica” publicado en la revista *NosOtras*, en abril de 1927, y su tesis sobre Cecilio Acosta, presentada en mayo de 1928 –apenas salido de la cárcel y en vísperas de su fuga del país– para optar al título de bachiller en Filosofía en la Universidad Central de Venezuela. La sola selección del tema ofrece indicios del rumbo que toman las preocupaciones del joven: la figura de Acosta representa la protesta permanente en contra de la dictadura. Betancourt demostró agudeza y comprensión en su semblanza del notable intelectual, periodista y exponente del humanismo durante la segunda mitad del siglo XIX venezolano. Decía Betancourt que Cecilio Acosta “es uno de los tres o cuatro intelectuales venezolanos de auténtico peso específico” que, “a través del tiempo, y por encima de imposiciones de modas literarias o de tendencias ideológicas, su obra –como él la entrevió y predijo en frase de orgullosa humildad– perdura y crece” (...) “Su obra en prosa es la más sólida y densa de cuantas valoran el acerbo intelectual venezolano”.

A partir del análisis de la vida y la obra del humanista, Betancourt piensa y especula sobre la calidad de hombres que requiere el país para su evolución y porvenir. Así, en el párrafo final de su tesis señala: “Fatalismos históricos han venido alejando a las generaciones venezolanas de la noble preocupación por el espíritu; y por ello, la vida y la obra del diáfano Cecilio yacen arrinconadas (...) Y me imagino que está reservado a mi generación –la última de la Venezuela intelectual–, todo el orgullo de ser ella quien incorpore esa vida y esa obra eminentes, como eficientes factores de evolución, a las corrientes de la vida nacional”.

Mariano Picón Salas entabló contacto epistolar con Betancourt por estos años finales de la década de los 20. Del aún veintiaño, dejó el escritor esta opinión: “Me pareció Betancourt en ese instante uno de

los jóvenes que sabía pensar sobre los problemas de nuestro país con una comunicativa y desgarrada claridad. Se destacaba en él su enorme capacidad de lectura y de síntesis y su curiosidad no sólo por la Economía, la Historia y la Política sino por los más varios problemas humanos, y la enérgica expresividad de su prosa”.

1928: el estreno **en la historia**

Hay consenso entre los biógrafos y estudiosos de Rómulo Betancourt que su participación en los eventos de la “Semana del Estudiante”, entre el 6 y el 12 de febrero de 1928, y el posterior complot cívico-militar de abril de ese mismo año, le sirvieron no sólo para definir su inclinación y sentido de vida entre sus múltiples inquietudes y vocaciones –la literaria, la periodística, la académica, la política–, sino para marcar el inicio de su fructífera carrera política posterior. Desde luego, esta rebelión lo arrojó a la trinchera de la acción política y puso a prueba su capacidad de liderazgo.

Años más tarde, en 1936, Betancourt confesaría: “yo no escogí la política, la vida me echó por ahí... y ahí vamos, para adelante”. Para él, la carrera política era muy satisfactoria aunque no exenta de dificultades y sinsabores: “Tiene sus amarguras, escabrosidades, recelos –decía– porque ser político no puede halagar del todo a quienes aman la tranquilidad, la franqueza absoluta. Es una actividad tan humana, y como tal tan imperfecta!”. Palabras crudamente sabias para alguien aún tan joven.

Tenía apenas veinte años cuando participó junto a los miembros de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) de la Universidad Cen-

tral de Venezuela, presidida por Raúl Leoni, en la celebración de la Semana del Estudiante. El acto sólo tenía como propósito original buscar fondos para la construcción de la Casa del Estudiante; mas a medida que fue transcurriendo el evento tomó el carácter de una enérgica protesta contra la dictadura del general Juan Vicente Gómez. Las circunstancias políticas de la vida nacional, unidas al ímpetu, inconformidad y rebeldía de los jóvenes estudiantes produjeron el desbordamiento de los festejos.

De la protesta vino la clausura de la Universidad, la cárcel para los estudiantes, la fuga, el alzamiento armado, la conspiración y el exilio. Sin intenciones previas, se fue conformando todo un movimiento estudiantil revolucionario. Como bien señaló el historiador y ex presidente Ramón J. Velásquez: “Con una velada literaria, la coronación de una reina y la lectura de un poema empieza la historia de una generación que durante medio siglo logra mantenerse vigente por su condición de adelantados en la hora de los grandes cambios de nuestro siglo XX”.

El impacto político y social logrado por la rebelión estudiantil de 1928 fue sin duda mucho más trascendental que la de grupos de estudiantes universitarios precedentes: la huelga estudiantil de 1912, que desembocó en la clausura de la Universidad Central de Venezuela; la revuelta de 1914, que provocó que el gobierno declarara la suspensión de garantías y que disolviera la Asociación General de Estudiantes de Venezuela; y la huelga de los tranvías, dirigida por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEV) en 1921, como resultado de la cual cayeron presos, entre otros, los estudiantes Jacinto Fombona Pachano, los hermanos Gonzalo y Atilano Carnevali, Pedro del Corral y Miguel Zúñiga. Estas luchas universitarias fueron significativas; pero no lograron cambiar el cuadro tradicional de la vida nacional.

En cambio, la de la Semana del Estudiante logró que en solidaridad con los líderes estudiantiles apresados –Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Pío Tamayo y Guillermo Prince Lara–, primero en el Cuartel del Cuño en Caracas y luego en el Castillo Libertador en Puerto Cabe-

llo, numerosos estudiantes, más de trescientos, fueran por sus propios pasos, voluntariamente, a prisión. También produjo un hecho sin precedentes: el que la sociedad civil caraqueña, y luego la valenciana, la marabina y la de otras ciudades del país, se conmoviera, tomara conciencia y exhibiera sin temor alguno su repudio. Lo hizo mediante una huelga general. El pueblo venezolano se movilizó espontáneamente para que la mayoría de los estudiantes fueran puestos en libertad, hecho que en efecto sucedió en marzo de 1928, aunque quedaron detenidos los militares considerados más peligrosos, y los comunistas más comprometidos, como Pío Tamayo. Aún en cuenta de la reacción nacional en apoyo a los universitarios, el gobierno no dejó de ejercer el miedo y la represión en contra de los propios estudiantes, los militares y del ciudadano común.

No es de extrañar que Betancourt figurara como uno de los protagonistas de los sucesos de febrero de 1928. Su personalidad desafiante, su afán de servicio y lucha por el país, así como también, por qué no decirlo claramente, su inocultable ambición de poder y de ser protagonista de la historia, encontraron el momento propicio para manifestarse. Su trabajo en la organización de la Semana del Estudiante, su discurso de salutación a la Reina Beatriz en el Cine Rívoli, repleto de inteligentes alusiones políticas, más su comportamiento en las cárceles de Gómez –donde cumplió sus 20 años– le valieron el reconocimiento de todos sus compañeros. Y, de paso, que el gobierno lo tildara de subversivo. No era para menos. Según el historiador y escritor colombiano Germán Arciniegas, el discurso de Betancourt en el Rívoli, en el que se atrevió a hablar en nombre “de nuestro pobre pueblo olvidado de Dios y crucificado de angustias republicanas”, fue una de “las chispas que encendieron la Semana del Estudiante”.

Desde luego, la actuación de Betancourt no fue decisiva en este movimiento de carácter colectivo; el mismo hubiese transcurrido sin su presencia. En palabras del historiador Naudy Suárez Figueroa: “El de la Semana del Estudiante de 1928 es buen ejemplo de cómo procesos largamente incubados, a despecho incluso de la total conciencia de

sus protagonistas, hacen eclosión en una coyuntura propicia”. Pero la participación de Betancourt en ese evento lo catapultó como una de las figuras más representativas de su generación. Más aún fue así después de que, en 1929, publicara dos relatos autobiográficos sobre la “cruzada” estudiantil de febrero y acerca de su experiencia carcelaria: *Dos meses en las cárceles de Gómez*, y el folleto *En las Huellas de la Pezuña*, escrito al alimón con Miguel Otero Silva. Este texto va más allá del recuento de la lucha política del movimiento estudiantil que nació a raíz de la Semana del Estudiante en 1928, pues en sus páginas Otero y Betancourt diferenciaban al movimiento de los otros grupos opositores, el caudillista y el de la izquierda radical, considerándolo como la oposición antigomecista verdaderamente revolucionaria y con conciencia histórica.

La represión gomecista se incrementó aún más después del alzamiento militar del 7 de abril de 1928, encabezado por el capitán yaracuyense Rafael Alvarado Franco y otros oficiales de las fuerzas armadas. En ese movimiento insurreccional –también conocido como Sublevación del Cuartel de Miraflores o como “El Cuartelazo”– estuvieron comprometidos numerosos civiles y líderes estudiantiles, entre ellos Betancourt. La conspiración, que lograría apoderarse del cuartel de Miraflores, fracasó sin embargo al intentar la toma del cuartel San Carlos, por lo cual muchos de sus implicados cayeron presos. Si bien el gobierno sabía que el alzamiento de abril había sido un movimiento fundamentalmente militar (y, desde el punto de vista conspirativo, organizado ingenuamente), Jóvito Villalba y otros compañeros de Betancourt volvieron a los calabozos y a los “grillos” de la tiranía gomecista. Otros, perseguidos por la policía, se vieron en la necesidad de abandonar sus estudios universitarios y salir del país clandestinamente. Este es el caso de Rómulo Betancourt quien, en junio de ese mismo año de 1928, se embarca en el barco *Táchira* rumbo a la isla de Curazao, la colonia holandesa poblada de descendientes de los antiguos esclavos y en la que, entre sus exquisitas edificaciones coloniales del siglo XVII y XVIII, sobresalían las grandes refinerías de la *Standard Oil* y de la *Shell*. Fue

su padre Luis quien lo llevó, disfrazados ambos de campesinos, hasta Puerto Cabello para la inminente fuga y quien le dio diez morocotas para afrontar su nueva vida. Tal vez, pensando en ese trance, Betancourt confesaría años después a un periodista que su padre había sido su mejor amigo. En la pequeña isla caribeña inicia la primera parada de su primer destierro político (no sería el único), que habría de durar hasta enero de 1936.

Siete años de exilio: la batalla de las ideas

Entre Curazao, Santo Domingo, Barranquilla y Costa Rica transcurrieron los siete años de exilio betancourista. Fueron años de acelerada y fructífera formación personal, intelectual, ideológica y política. Este tiempo fuera de Venezuela fue trascendental para la gestación y maduración de su pensamiento y acción como líder político opositor. La primera etapa fue un período inicial en su carrera política, en que mantuvo una perspectiva estudiantil o “garibaldina”, como la calificaría posteriormente el propio Betancourt. Sin embargo, en la segunda etapa, su visión sobre Venezuela adquiere contornos mucho más sólidos, así como la configuración de un proyecto político propio, de “izquierda criolla”, para transformarla en una sociedad democrática y moderna.

El segundo semestre de 1928 y todo el año de 1929 constituyen la primera etapa del destierro caribeño y centroamericano. Son dos años de actividad febril. Sus objetivos son claros: denunciar el carácter represivo y reaccionario del gomecismo, reflexionar sobre la importancia y perspectivas del movimiento opositor estudiantil venezolano y, por supuesto, organizar acciones para regresar al país con el fin de derrocar a Gómez. Combatir al tirano mediante la acción armada fue

su principal preocupación; conspirar y participar en cualquier invasión para liberar a Venezuela se convirtieron en prioridad política.

Desde su llegada a la isla holandesa, aquella que en 1812 también cobijó a Simón Bolívar en su primer destierro, el temple personal y político de Betancourt se puso a prueba. Mientras otros compañeros exiliados sucumbieron a la desazón de la derrota y a la dura situación económica y política que les tocó vivir, él se puso de inmediato a trabajar. Los conocimientos de contabilista que le enseñara su padre cuando apenas era un niño, bien que le sirvieron para sobrevivir. Sus ratos libres los dedicó fundamentalmente a la lectura, la escritura y la actividad política.

Es en Curazao donde Betancourt abandona definitivamente su afición a la escritura literaria y se empeña a fondo en la reflexión intelectual de los problemas políticos, sociales y especialmente económicos. Allí inicia sus primeras lecturas sobre la industria petrolera venezolana y mundial, al tiempo que observa de cerca cómo en Curazao y Aruba se refinaba el petróleo venezolano empleando mano de obra barata también venezolana. Así toma conciencia de la estrecha (y perversa) relación entre la dictadura gomecista y los consorcios petroleros extranjeros. Desde entonces el petróleo pasó a ser en Betancourt una suerte de obsesión temática.

Allí también se adentra en forma sistemática en el pensamiento marxista, anarquista y comunista. Sin posibilidades de continuar sus estudios universitarios de Derecho, Betancourt, como buen autodidacta disciplinado, emprende un plan estricto de formación intelectual que va a continuar en 1929, pese a que ese año lo pasará viajando entre Curazao, Barranquilla, Santo Domingo, Panamá y Trinidad.

En Curazao y en los otros países caribeños en que vivió en estos dos años iniciales de su primer destierro, el joven exiliado se va haciendo presente en periódicos nacionales y extranjeros, entabla una relación epistolar y personal con sus compañeros de generación y dirigentes de los diferentes movimientos de oposición al régimen gomecista, y es-

cribe ensayos de significación política, como los citados *Dos meses en las cárceles de Gómez*, y el panfleto *En las Huellas de la Pezuña*.

Los ensayos y artículos periodísticos que Betancourt escribe entre 1928 y 1929 en destacados diarios y revistas latinoamericanas –*La Nación*, *La Prensa* y *La Novela Semanal* de Barranquilla; *El Tiempo* de Bogotá; y *Repertorio Americano* de Costa Rica– son eminentemente denunciativos. Esta orientación se hace visible en sus artículos “La Venezuela Joven: Jóvito Villalba Gutiérrez”, publicado con el seudónimo de Sacha Yegulev; “Otra vez los estudiantes”; y “La Última Farsa: glosas a una entrevista a Juan Vicente Gómez”. Para Betancourt, denunciar el problema de la represión era fundamental para hacer entender internacionalmente la tragedia venezolana. Muchos de estos artículos, así como las cartas que en 1928 y 1929 envía a personalidades mundiales como Henry Barbusse y Miguel de Unamuno, expresan asimismo un llamado de protesta contra el régimen dictatorial y de solidaridad con la causa de la oposición estudiantil venezolana.

Durante su permanencia en Curazao Betancourt aún no muestra una definición ideológica, aunque ésta y todas sus andanzas por el Caribe de su primer exilio revelan la búsqueda de una toma de conciencia política. Por ello lo vemos dando tumbos. Primero se acerca a los exiliados venezolanos con tendencia marxista que se encontraban en México: Carlos León, Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, y en agosto de 1928 decide militar en el Partido Revolucionario Venezolano (PRV) que agrupaba a estos y otros opositores de izquierda radical. Esta militancia sólo duró cuatro meses, hasta diciembre de 1928. Betancourt desaprobó sin miramientos un editorial del comunista Salvador de la Plaza, en el que éste criticaba al movimiento estudiantil venezolano. De ahí su decisión de retirarse de sus filas.

Tras esta separación, y a instancias del coronel Simón Betancourt, a quien había conocido en Curazao, se acerca al grupo más tradicional de los exiliados venezolanos, el de los militares y caudillos opositores al régimen de Juan Vicente Gómez. Convencido de la imperiosa necesidad de derrocar al dictador por la acción armada, con ellos participa

en varios intentos conspirativos, como en la denominada invasión del “Falke”, una de las empresas antigomecistas más ambiciosas no sólo en razón de los recursos invertidos en la expedición sino por los actores políticos involucrados; ella movilizó tanto a los más importantes caudillos liberales amarillos, como a los diversos grupos de estudiantes exiliados. Betancourt no estuvo presente el día del fracaso de la acción conspirativa, el 11 de agosto, a cuyo líder principal, el general Román Delgado Chalbaud, le valió la vida en las playas de Cumaná. La mal equipada goleta “La Gisela” en la que él y un grupo de compañeros iban a unirse a la invasión, naufragó en aguas dominicanas. Pero sí ayudó mucho en su preparación y organización. En realidad, junto con el otro Betancourt (Simón), casi todo el año 1929 lo pasó navegando de una ciudad a otra del Caribe en búsqueda de recursos armados y desarrollando una campaña de opinión para ir preparando el éxito de la invasión a Venezuela.

El fracaso del “Falke” y las dificultades para poner en práctica un proyecto de invasión propio, obligan a Betancourt a redefinir su actividad política y a dedicar más tiempo a su formación intelectual; ocupaciones ambas que emprende en función de la lucha antigomecista. En el último trimestre de 1929 y durante todo 1930, instalado ahora entre Costa Rica y Barranquilla, despliega una copiosa actividad periodística, epistolar y ensayística. A diferencia de los dos años anteriores, sus escritos van abriéndose hacia una temática más amplia. Ya no sólo aborda problemas venezolanos y se queda en la denuncia de la dictadura, sino que trata asuntos latinoamericanos y mundiales de diversa índole: el imperialismo, el nacionalismo, la integración, el andinismo, la economía política, el petróleo, la cuestión agraria.

Es en estos años cuando Betancourt empieza a prestarle atención y significación a los problemas internacionales, a la situación de Venezuela y América Latina en el mundo, y las condiciones internas y externas para la transformación de ambas realidades. Era lógico de su parte otorgarle relevancia a lo internacional. Un hombre como él, que desde sus comienzos en la política tenía claridad en torno a sus objeti-

vos personales y partidistas (la toma del poder político venezolano) y en cuanto al principal objetivo nacional (lograr la transformación de Venezuela en un régimen democrático), no podía dejar de considerar lo que ocurría en el contexto latinoamericano y mundial, todo lo que circundaba e influía desde afuera al país.

A la vez, su pensamiento político se orienta hacia la elaboración de un proyecto propio y empieza a reflejar un mayor acercamiento al marxismo en virtud de la influencia que en él produjo, primero (en 1930 y 1931), sus vínculos con el líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y su partido APRA, y luego –entre 1932 y 1935–, su militancia en el Partido Comunista de Costa Rica.

Las ideas de Betancourt sobre el imperialismo, el nacionalismo y la unión latinoamericana son centrales en su pensamiento. La evidencia la encontramos en numerosas cartas y escritos suyos, que siguen la línea típica del partido APRA peruano. En esos años Betancourt denuncia en particular el imperialismo de los Estados Unidos en América Latina, pero sus acusaciones también recaen en el imperialismo inglés, francés, japonés y soviético. Estrechamente vinculados al imperialismo, emplea los conceptos de nacionalismo y antiimperialismo. Para él, el nacionalismo antiimperialista parecía ser, tanto una actitud como una serie de acciones que los estados “progresistas” y los pueblos explotados debían utilizar en contra de gobiernos y clases “reaccionarias, imperialistas, comunistas”.

El nacionalismo es la respuesta que Betancourt da al problema del imperialismo. Insiste en que cada país debe tomar acciones unilaterales contra el imperialismo, nacionalizando tierras e industrias y manteniendo una posición política autónoma. En este sentido, elogia a aquellos gobiernos del continente que han tomado posiciones nacionalistas y antiimperialistas como el caso de la Costa Rica liberal que, por una parte, nacionalizó la energía eléctrica que había sido monopolio del capital extranjero y que, por otro lado, retó a la Sociedad de Naciones a que asumiese una definición categórica con respecto a la Doctrina Monroe. No deja de exaltar de igual forma a figuras latino-

americanas y mundiales que asumían en ese entonces posiciones antiimperialistas, despuntando entre ellos Mahatma Ghandi, José Vasconcelos, Estrella Ureña y Haya de la Torre.

La integración y unión de los países latinoamericanos fue otra idea recurrente en Betancourt. Como bien lo explica en una carta que le escribiera a Antonio Noguera desde Barranquilla el 30 de agosto de 1930, y luego en su artículo “La Alianza Unionista de la Gran Colombia: la personalidad del Mariscal Antonio José de Sucre”, publicado en *La Nación*, Barranquilla, el 29 de mayo de 1930, no se trataba de una unión regional que implicase la desaparición de las fronteras nacionales, sino una orientada a estrechar y fortalecer los nexos políticos, económicos y culturales, a vincular espiritualmente a los pueblos latinoamericanos, con el objeto de lograr un mejor desarrollo en América Latina y conformar un Frente o Alianza unionista “de firme, definida y militante filiación antiimperialista”, que además “sirva como escenario y vehículo internacional condenatorio de los regímenes antidemocráticos”.

Desde mayo de 1930 hasta abril de 1931, Betancourt vive en Barranquilla junto a varios ex compañeros universitarios exiliados, quienes en el futuro van a formar parte del núcleo dirigencial de Acción Democrática. Con Raúl Leoni, Valmore Rodríguez, Ricardo Montilla y Pedro Juliac, sus “hermanitos queridos”, comparte vivienda y crea una publicación especializada, *Extracto notarial y de Juzgados*, para ganarse la vida. Junto a ellos y otros grupos de estudiantes latinoamericanos, funda la Alianza Unionista de la Gran Colombia, un esfuerzo unionista antiimperialista, inspirado en el aprismo, que propugnaba la reintegración de la Gran Colombia.

Con estos amigos entrañables y otros doce exiliados venezolanos, el 22 de mayo de 1931 redacta y suscribe el conocido “Plan de Barranquilla”. Un documento sin precedentes en nuestra historia política, que incluye un examen sociológico sobre el país y un programa mínimo de acción para una Venezuela sin Gómez en el poder. El Plan acordaba los siguientes puntos de acción: La lucha contra el caudillismo milita-

rista; las garantías para la libre expresión del pensamiento; la confiscación de los bienes de Gómez, sus familiares y servidores; la creación de un Tribunal de Salud Pública que investigara y sancionara los delitos del despotismo; la inmediata expedición de decretos protegiendo a las clases productoras de la tiranía capitalista; una intensa campaña de desanalfabetización de las masas obreras y campesinas; el logro de la autonomía universitaria; la revisión de los contratos y concesiones celebrados por la nación con el capitalismo nacional y extranjero; la adopción de una política de las industrias que, por su carácter, constituyen monopolios de servicios públicos; y finalmente “la convocatoria dentro de un plazo no mayor de un año de una Asamblea Constituyente, que elija gobierno provisional, reforme la Constitución, revise las leyes que con mayor urgencia lo reclamen y expida las necesarias para resolver los problemas políticos, sociales y económicos que pondrá a la orden del día la revolución”.

Sin discusión, el Plan de Baranquilla junto al conocido folleto betancourista *Con quien estamos y contra quien estamos*, publicado en 1932 –en el que Betancourt refutaba la tesis de la “hegemonía andina”, es decir, que en Venezuela no existía la tiranía de un hombre sobre el resto del país sino de la región andina–, constituyeron la primera expresión del proyecto político de quienes también en 1931 se organizarían en torno a la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), y años más tarde en el Partido Democrático Nacional (PDN), creado en 1936, y en Acción Democrática, fundada en 1941. Sin menoscabo a los principios que le dieron origen, para el investigador Naudy Suárez Figueroa el Plan de Barranquilla “de alguna manera puede tenerse como el programa germinal de la socialdemocracia venezolana”.

En cuanto a ARDI, el propio Betancourt consideraba en carta al intelectual Mariano Picón Salas, en 1932, que no fue un partido sino un grupo político de estudiosos “revolucionarios”, aunque no del tipo clásico de revolucionario antigomecista, sino de nuevo cuño, de filiación izquierdista y socialista, y con el claro objetivo de preparar un proyec-

to político de transformación para la Venezuela postgomecista. Mas poco duró su entusiasmo por el nuevo partido.

Durante su estancia de cuatro años en Costa Rica, desde abril de 1931 a diciembre de 1935, período de radicalización ideológica, Betancourt se va distanciando paulatinamente de ARDI. En 1933, ya lo considera un grupo “difunto” que se encuentra “bien enterrado bajo sopotocientas paletadas de tierra”. En contraste con sus tres primeros años de exilio en que mantiene una posición de izquierda moderada y heterodoxa, al tiempo que critica a los comunistas venezolanos por su “dependencia ortodoxa” a la Internacional Comunista y la URSS, durante aquellos años de exilio costarricense fue de la opinión que el proyecto revolucionario y la toma del poder en Venezuela debían ser liderados por el Partido Comunista de Venezuela, una organización política “más organizada” con la que reconocía mantener diferencias, sin embargo más de carácter táctico que fundamentales.

La gran influencia que en él ejerció su activismo político en el Partido Comunista de Costa Rica lo llevó a instar a sus compañeros de ARDI, Raúl Leoni, Ricardo Montilla y Valmore Rodríguez, a establecer en esos años un acercamiento con el Partido Comunista Venezolano. “Aunque sólo sea un acuerdo táctico”, les pedía en una de sus cartas de 1933. La solicitud iba acompañada de la idea de formar un Frente Popular Venezolano de naturaleza antiimperialista para llevar a cabo “la auténtica revolución en el país” a la muerte de Juan Vicente Gómez, la cual ya se venía previendo desde finales de 1934.

No paró allí la osadía de Betancourt hacia sus compañeros, que lo consideraban el máximo líder de ARDI y del Plan de Barranquilla. En carta del mes de marzo de 1933 a Valmore Rodríguez, los exhorta, incluso, a ingresar en el PCV. Desde luego, a sus compañeros de Barranquilla les sorprendió y preocupó la radicalización de Betancourt; también en cierta forma les causó molestia. De ello quedó constancia en la carta que el mismo Valmore Rodríguez le escribe a Betancourt el 4 de mayo de 1933 en respuesta a la suya de marzo. En ella, su fiel y franco amigo empieza por advertirle que “Noto grandes contradiccio-

nes tanto en tu carta como en tu posición y fiel a la costumbre de expresar entre nosotros todo pensamiento, voy a ocuparme de analizar una y otra con toda franqueza". Y así lo hizo. Valmore Rodríguez, en nombre de sus otros compañeros, le rebate su propuesta de que se inscriban en el PCV e incluso su militancia en el PC de Costa Rica. De paso, le reclama "su ligereza" al no cumplir con el liderazgo y otras responsabilidades que había adquirido con ARDI.

A otros conocidos, como el escritor Mariano Picón Salas que se encontraba para ese entonces estudiando en la Universidad de Santiago de Chile, también les llamó la atención la radicalización del amigo, y sin tapujos le advirtieron sobre su "sarampión comunista". No obstante, el joven líder haría caso omiso de las alertas. Hasta el final de su exilio en Costa Rica continuó su afiliación en el PC de ese país, un partido comunista sui géneris, no reconocido por el Buró del Caribe y al margen de la disciplina de la III Internacional. Manuel Caballero, estudioso de la obra y la vida de Betancourt, advierte que su militancia en el PC costarricense fue más allá de una "simple calistenia marxista". En todo caso, Betancourt se transformará de hecho en el jefe del partido. Además de dirigir las reuniones del Buró Político, escribe diariamente los editoriales del órgano partidista *Trabajo*, y da clases de marxismo en la Universidad Popular.

Pese a su activa militancia partidista durante todo el período de vida costarricense, desde finales de 1933 Betancourt llevó una vida política más discreta. Aunque no dejó de mantenerse en contacto con sus compañeros venezolanos y con líderes latinoamericanos, su actividad epistolar se reduce considerablemente, así como sus intervenciones públicas. Esto tiene una explicación: en sus dos últimos años de exilio pendía sobre él, y otros dirigentes extranjeros considerados comunistas, un decreto de expulsión por parte del gobierno de Costa Rica. No era de extrañar, pues, que sus días transcurrieran evadiendo la persecución policial y en situación de semiclandestinidad.

Ello no obstó, sin embargo, para que el aprendiz de político, de veinticinco años de edad, dejara de escribir y publicar. En Costa Rica desem-

empeñó una relevante actividad periodística desde las páginas de la revista *Repertorio Americano* dirigido por el conocido escritor Joaquín García Monge, y donde escribían las más destacadas personalidades iberoamericanas de la época. De ellas sobresalen Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Azorín, Pío Baroja, Germán Arciniegas, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariategui, Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, César Vallejo, y las reconocidas escritoras Gabriela Mistral y Carmen Lyra. De igual manera, cumplió Betancourt una destacada labor desde el semanario *Trabajo* del Partido Comunista de Costa Rica, el cual él mismo pasó a dirigir a partir de 1934, cuando el Secretario General de ese partido se vio obligado a dejar la capital costarricense.

La mayoría de los artículos periodísticos que Betancourt escribió en *Trabajo* no contaron con su firma, mientras que sus contribuciones en *Repertorio Americano* son los únicos artículos firmados durante su estadía en Costa Rica. La temática de los artículos betancouristas en el órgano de los comunistas costarricenses fue obviamente más limitada e ideologizada que la desplegada en la revista de García Monge. En *Trabajo*, donde escribió buena cantidad de editoriales, la temática estuvo restringida a la situación política de Costa Rica y a la intervención “yanqui” en América Latina, sobre todo en Cuba, Nicaragua y Venezuela. En cambio, en *Repertorio* se pasea con soltura por diversos y variados temas latinoamericanos y venezolanos aunque se inclina preferentemente por la problemática de la dictadura gomecista, y por uno de los temas a los cuales dedicará una atención de primer orden en el transcurso de toda su vida: el petróleo. En esta última materia destaca su artículo “El fracaso de la conferencia del petróleo: el mercantilismo de Sir Henry Deterning, magnate del petróleo y su problema con el gobierno soviético”, del 5 de agosto de 1932.

En honor a la verdad, durante todo su período “tico” Betancourt profundiza en la cuestión petrolera, reflexiones primarias que en años posteriores rescatará en el libro *Venezuela, Política y Petróleo*, obra esclarecedora que sólo logró salir a la luz pública en la década de los

cincuenta. Por consiguiente, para finales de su exilio, se percibe en él una sólida toma de conciencia acerca de la trascendencia del petróleo para Venezuela y del cambio de la posición internacional del país a raíz de la creciente explotación del “oro negro”. Apenas retorna a Venezuela, en la entrevista titulada “Regresa al país Rómulo Betancourt”, publicada por el diario *La Esfera* el 11 de febrero de 1936, expresa su satisfacción por el interés periodístico en el tema del petróleo, fundamental para el entendimiento de la realidad venezolana. Con el lenguaje llano y directo que le era característico, decía y sugería: “Ese hediondo y codiciado hidrocarburo fue el soporte máximo de la dictadura. Las grandes potencias apoyaron a Gómez porque éste prorrateó la patria a piltrafas entre los magnates petroleros. Todos los contratos deben ser revisados, y las cláusulas onerosas para la Nación deben impugnarse”.

En los dos últimos años de vida en Costa Rica, nuestro biografiado decide formar familia. Desde 1929 conocía y en cierta forma convivía con la maestra normalista y líder política costarricense Carmen Valverde. Con ella contrae matrimonio civil cinco años más tarde, en 1934. Esa luchadora, abnegada y leal, lo acompañó hasta 1964 cuando ambos decidieron su separación legal. Con la “camarada Carmen”, quien había estudiado en México y visto de cerca la Revolución de ese país, compartió treintinueve años de su vida, así como intereses y visiones políticas. Rómulo Betancourt y Carmen Valverde formaban parte de un grupo de estudio, integrado por profesionales jóvenes, que se dedicaban a analizar en profundidad a los grandes teóricos del momento, entre los que no escapaban Marx, Lenin, Freud, Haya de la Torre y Gandhi.

El 11 de abril de 1935, día de la independencia de Costa Rica, nació Virginia Betancourt Valverde, la única hija de la pareja. Según el relato de la propia Virginia, vio la luz en la Clínica Bíblica de San José gracias a un préstamo del amigo de su padre, Juan José Palacios, quien tuvo que empeñar su preciada leontina para tal fin. Siempre en precaria situación económica y perseguido por la policía, Betancourt en esos años tuvo una vida familiar atípica y, cuando regresa a Venezue-

la, lo hace solo. Su esposa y su pequeña hija se le juntarían tres meses más tarde. Llegarían a un país donde, a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez, el 17 de diciembre, comenzaban a respirarse aires de libertad y tolerancia por primera vez en el siglo.

1936: el retorno al país **sin Gómez**

Es preciso retener este dato: al igual que 1928, aunque por distintas razones, 1936 fue el inicio de una etapa clave para la vida política nacional y para la de Rómulo Betancourt. En ese año de alboradas democráticas, con Eleazar López Contreras como presidente provisional, primero, y luego como presidente constitucional, en Venezuela se inician transformaciones en lo político, en lo económico y lo sociocultural. 1936 fue un año de apertura y transición entre el final de la férrea dictadura gomecista y el inicio de un régimen de mayores libertades individuales. Ciertamente no tuvo reparos López Contreras en recurrir a medidas autoritarias para mantener el equilibrio entre las dos principales fuerzas políticas en juego; por una parte, los gomecistas que intentaban seguir gobernando y, por otro lado, la oposición de izquierda que buscaba espacios. Con todo, enrumbo al país hacia un sistema político más democrático y participativo, a tono con los nuevos tiempos venezolanos y mundiales.

Este año de retorno a Venezuela, junto a numerosos políticos e intelectuales antigomecistas de generaciones varias y diversas, registra el arraigo del liderazgo político betancourista y la moderación de su postura ideológica. Tan pronto llega a Caracas retoma con brío la acti-

vidad política “por la democratización y modernización de Venezuela”. En la entrevista ya citada concedida a *La Esfera* en febrero de 1936, afirmaba: “no soy hombre del pasado sino del presente y del futuro”, y a la vez aludía a lo que consideraba la tarea fundamental y urgente de la oposición de izquierda democrática para esa nueva etapa de lucha: “crear un partido político de orientación democrática y de raigambre popular (...) para encauzar las dinámicas populares dentro de normas de acción disciplinada”.

Al objetivo de instaurar en Venezuela una organización política de izquierda democrática, se abocó con todas sus fuerzas. Era tarea apremiante, luego de haber observado la improvisación que dominó las llamadas “Jornadas o sucesos de Febrero”, que se iniciaron con una huelga general y finalizaron con la muerte de seis estudiantes frente a la Gobernación de Caracas. Ante la inexistencia de partidos políticos, estos eventos fueron liderizados por tres organizaciones gremiales: la Asociación Nacional de Empleados (ANDE), la Junta Patriótica de Caracas y la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV). En ellos recayó la tarea de encauzar la efervescencia popular que se había desatado tras la muerte de Juan Vicente Gómez y que solicitaba pasos convincentes de democratización y amplitud por parte del gobierno provisional de López Contreras.

El episodio de febrero bajo el liderazgo de unas organizaciones no propiamente políticas, tuvo, sin embargo, resultados apreciables. Trajo un visible cambio de actitud gubernamental. El presidente López destituyó de sus cargos a varios funcionarios gomecistas, expulsó a otros; invitó a participar en su gobierno a connotadas figuras de la oposición; restituyó las garantías constitucionales y presentó al país su Programa de Febrero, que historiadores de diversas tendencias coinciden en calificarlo de progresista. Es innegable que fue el primer gran proyecto de reforma del Estado moderno; un Plan de avance sustancial con respecto al proyecto gomecista.

Lo anterior no obsta para que los eventos opositores de ese segundo mes del año 36 dejaran traslucir lo imperioso que para la lucha de la

izquierda democrática significaba contar con organizaciones políticas sólidas. Se requería con urgencia de un liderazgo político ya no sólo capaz de canalizar el descontento popular y de evitar el caos y la anarquía social, sino de formular e implementar estrategias antagónicas cónsonas con el nuevo panorama político que se abría en Venezuela bajo el lopecismo que, es de reiterar, propiciaba una apertura democrática.

Aún impregnado de ideas comunistas, en el mismo mes de febrero, mes de su retorno, Betancourt decide formar parte de la Comisión Organizadora del Partido Comunista, creada clandestinamente por dirigentes como Gustavo Machado, Miguel Otero Silva y Salvador de la Plaza. Betancourt prefirió participar en esa comisión que en partidos recién creados de tendencias más liberales, como el partido Unión Nacional Republicana (UNR), o la organización Unión Popular (UP), en donde participaban muchos de sus amigos y compañeros de generación. Pero la realidad nacional y opositora de esos meses iniciales del Lopecismo, que apuntaba más bien a la conveniencia de crear organizaciones sin rigideces partidistas, además de sus tradicionales divergencias ideológicas con los comunistas, probablemente llevaron a Betancourt, un hombre de un realismo impresionante, a que se separara pronto de ese grupo clandestino.

También cabe considerar otro factor explicativo de su salida: la política de Frentes Democráticos Populares que regía a los comunistas desde los lineamientos del VII Congreso de la Internacional Comunista y que hizo que el famoso Comité Organizador, según el historiador Juan Bautista Fuenmayor, tomara “la peregrina decisión” de ordenarles a todos sus miembros que “se dispersaran y reubicaran en los distintos partidos burgueses existentes”. De ahí el paso de Betancourt a ORVE. Esos mismos motivos parecen haber pesado en su decisión de no asociarse en el Partido Republicano Progresista (PRP), creado en los primeros días de marzo por otro grupo de dirigentes comunistas y marxistas. Ernesto Silva Tellería, Rodolfo Quintero, Miguel Acosta Saigones y Augusto Malavé Villalba figuraban en la plana mayor del PRP.

Por los motivos que fuesen, Betancourt pronto se encontró trabajando al lado de sus más allegados compañeros del exilio garibaldino, los que conformaron ARDI en 1931, en dos vías, una estratégica, otra táctica: hacia un partido político propio, su proyecto de gran aliento, y en una opción “frentista” y unitaria, no partidista, fórmula considerada la más conveniente para el momento internacional y doméstico, en el que tocaba entenderse con el lopecismo de una forma inteligente, y de interesar a los intelectuales y los profesionales en la política.

Asegura el ex presidente de Venezuela e historiador Ramón J. Velásquez que el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), fundado en el mes de marzo, fue creación de Betancourt, quien la percibía como la plataforma amplia necesaria para una acción política que abarcara a todos los sectores de la sociedad. En su opinión, los profesionales formados bajo el gomecismo eran ignorantes y tenían miedo de entrar en la política. De modo que esas razones animaron a Betancourt y a los de su grupo a buscar a dos personalidades independientes de relieve para dirigir el movimiento, Alberto Adriani y Mariano Picón-Salas. Para Juan Bautista Fuenmayor, Betancourt también fue el creador de ORVE, siguiendo la tesis aprista según la cual en Venezuela no podía existir un Partido Comunista a causa del exiguo número de obreros con que contaba el país. No son de ese parecer, sin embargo, la mayoría de los historiadores y estudiosos de Betancourt y su obra política. A Picón-Salas y a Adriani le reconocen, sin más dudas, el mérito de la creación y liderazgo de ORVE.

En todo caso, como sostiene Arturo Sosa Abascal, Betancourt participó de cuerpo entero en la formación de ORVE. Desde su fundación se distinguió como líder; un liderazgo que fue ganándose por la claridad de sus ideas sobre los cambios requeridos para transformar el país, tanto como por su habilidad de concertación.

Como lo hizo durante todo su ejercicio de vida política y partidista, en ORVE desplegó su capacidad de persuasión y trabajo en equipo: Betancourt tenía una particular habilidad para detectar, atraer y comprometer a nuevos aliados externos de la sociedad venezolana con peso

específico. Pedro Berroeta en *Rómulo Betancourt. Los años de aprendizaje 1908-1948*, dijo una verdad de la que caben pocas dudas: Betancourt no había nacido para ser conducido sino para conducir; él nunca hubiera podido compartir su territorio de mando con nadie, ni jamás lo hizo; él siempre aspiró a la gloriosa soledad de un puesto único en la historia. Pero, a la vez, tuvo conciencia (e inteligencia) temprana sobre la imposibilidad de dirigir y gobernar solo; de la necesidad de tejer redes y contactos dentro y fuera del partido, y del trabajo conjunto para hacer patria, para construir un proyecto democrático y moderno nacional perdurable.

De modo que en la Asamblea Constitutiva y en otros eventos orvistas posteriores, no sólo fue orador principal sino uno de los encargados de explicar y promover la naturaleza y concepción del movimiento; un frente abierto y flexible pero diferente a los otros partidos existentes, en particular del PRP, al que consideraba fuertemente impregnado de marxismo y extremismo. Sin embargo, Betancourt fue uno de los más activos voceros de la decisión de ORVE de sumarse a la propuesta del PRP de conformar entre todas las organizaciones cívicas y políticas opositoras de ese momento una plataforma de acuerdo, el llamado “Bloque de Abril”, que hizo posible que el 19 de abril de 1936 se reuniera el Congreso Nacional y escogiera formalmente a Eleazar López Contreras como Presidente Constitucional de la República para el período 1936-1941. ORVE formó parte de la plataforma opositora bajo una línea de oposición “constructiva y civilista” al loppecismo, y a objeto de preservar el hilo constitucional y la paz en Venezuela.

La intuición política de Betancourt no le hacía confiar del todo en López Contreras y de allí que al justificar la tesis de la reunión del Congreso de abril para la reelección presidencial, dijera que lo hacía apelando al recurso del “pañuelo en la nariz”. Los hechos posteriores a la designación de López como presidente constitucional le darían la razón. Mas, como dirigente responsable de las decisiones unitarias, defendió sin tapujos lo acordado mayoritariamente por su organiza-

ción. Cuando poco después fue evidente la traición de López al iniciarse la represión gubernamental en contra de la izquierda democrática, sin empacho alguno Betancourt también se hizo responsable del error de su organización. Asumiendo la vocería de ORVE, el joven dirigente dijo en esa ocasión: "...no tenemos excusa alguna a no ser la de una bobalicona e inconcebible candidez quienes en marzo aceptamos la teoría del hilo constitucional".

Betancourt continuó enfrentando los desafíos políticos que le tocó vivir a partir de mayo de 1936 y hasta marzo de 1937 cuando opta por la clandestinidad a fin de evadir el decreto de expulsión del país aprobado por el gobierno. Durante estos meses de duro enfrentamiento entre el gobierno y la oposición de izquierda, jugaría un papel preponderante tanto desde ORVE como, luego, desde el Partido Democrático Nacional (PDN), coalición política frentista creada en octubre de 1936 con el fin de agrupar a diversos sectores de la población en su lucha antilopecista y en pro de la implantación de un régimen y de un Estado auténticamente democrático.

En efecto, desde ORVE, Betancourt se defendió de las acusaciones de comunista que le hacía el gobierno, en particular luego de la publicación del informe "La verdad de las actividades comunistas en Venezuela", mejor conocido como *Libro Rojo*, que el Gobierno Nacional, por orden del prefecto de Caracas para ese entonces, Dr. Gustavo Manrique Pacanins, hizo publicar con todos los documentos y cartas que probaban la militancia de Betancourt en el Partido Comunista de Costa Rica durante su primer exilio. También desde esa organización combatió el proyecto de Ley de Orden Público, coloquialmente conocido como Ley Lara, el cual fue aprobado por el Congreso lopecista a finales de mayo a objeto de prohibir el terrorismo y el anarquismo en el país.

Los feroces ataques gubernamentales en contra de Betancourt y su incansable lucha política le valieron al joven dirigente -para entonces de 28 años de edad- un merecido homenaje por parte de la plana mayor de ORVE. La ofrenda fue una cena en el elegante restaurante La

Suisse a la que asistieron los más importantes políticos e intelectuales de oposición del momento. Mariano Picón Salas, Alberto Adriani, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco y Jóvito Villalba se contaban entre los asistentes.

Designado como representante de ORVE en el Comité de Defensa Democrático que se constituyó el 8 de junio para organizar movilizaciones populares en contra de la Ley Lara y, además, para apoyar la confiscación de los bienes de Gómez, la disolución del Congreso, la designación de un gabinete integralmente democrático y la realización de elecciones generales, Betancourt se convirtió en uno de los estrategas de la huelga general del 10 de junio. Si bien esta huelga llevada a cabo por todas las fuerzas de oposición de izquierda no logró todo lo que ella demandaba, sí hizo posible una reforma de la mencionada Ley y la aprobación de la confiscación de los bienes de Juan Vicente Gómez. Su actuación en la huelga de junio lo llevó por unos días a prisión, junto a varios compañeros del Comité de Defensa Democrático; pero asimismo le abrió espacio político dentro de ORVE. El primero de agosto de 1936 fue elegido Secretario General, cargo que lo convirtió en la figura central del movimiento.

Ahora, como líder visible de ORVE, a Betancourt le tocó intensificar la política defensiva de la oposición frente a las medidas represivas y anticomunistas que emprendió el presidente López Contreras, muy en particular a partir del mes de junio cuando la recién sancionada Constitución Nacional le confería amplios poderes. Desde ORVE fue uno de los más entusiastas promotores de la tesis de unificación de todas las organizaciones opositoras de izquierda, y de la creación del Partido Democrático Nacional.

El PDN fue fundado por un grupo amplio de hombres y mujeres en la casa donde sesionaba ORVE, el 28 de octubre de 1936, definiéndose como una organización política nacionalista y antiimperialista que “unifica a los venezolanos interesados en la implantación de un régimen auténticamente democrático, que garantice la libertad de nuestro pueblo y la independencia nacional de toda intromisión extranje-

ra". Betancourt formó parte del Comité Central de este nuevo partido único de las izquierdas con el cargo de Secretario de Organización. Su primer Secretario General fue Jóvito Villalba.

La capacidad organizativa y de liderazgo de Betancourt también fue ostensible dentro y desde el PDN. Tuvo él un papel activo en la búsqueda de nuevos miembros y aliados, y no menos en la formulación de los objetivos programáticos de esa organización, de carácter más doctrinario que los del programa-manifiesto del Movimiento de Organización Venezolana. El programa del PDN constituía una síntesis de los programas que desde su fundación habían proclamado ORVE y el Partido Republicano Progresista, así como de las reivindicaciones proclamadas por los sectores sindicales y estudiantiles. Estaba dividido en cuatro partes: la transformación del Estado autocrático-gomecista en Estado Democrático Constitucional; la reconstrucción económica de Venezuela (reforma agraria; defensa de las riquezas naturales; reforma bancaria y fiscal; y mejoramiento de los obreros); la educación, sanidad y reforma de la Legislación, y la incorporación de los indígenas a la República.

Junto a Jóvito Villalba, Betancourt fue uno de los que más luchó para que ese partido fuera legalizado, una reiterada solicitud que fue negada por el gobierno mediante resolución del 16 de noviembre emanada de la gobernación del Distrito Federal. Y también estuvo Betancourt tras la decisión pedenista de darle total apoyo a la huelga petrolera que el Bloque Nacional Democrático del Zulia organizó entre el 14 de diciembre de 1936 y finales de enero de 1937, y que movilizó a unos diez mil obreros y empleados de la industria petrolera.

A partir de la suspensión de la huelga petrolera por decreto del Ejecutivo Nacional, el gobierno lopecista tomó medidas represivas definitivas en contra de la disidencia: persiguió y detuvo a una gran cantidad de dirigentes opositores; ilegalizó a varias organizaciones políticas y sindicales, entre las que figuraban ORVE, el PRP, la FEV y el PDV del general José Rafael Gabaldón; clausuró varios periódicos y allanó la Universidad Central de Venezuela. Por último, el 13 de mar-

zo de 1937, decretó la expulsión del país, por el término de un año, de 47 de los más connotados líderes de la oposición de izquierda, entre ellos, por supuesto, Rómulo Betancourt. Sin embargo, a la postre, fue uno de los 24 dirigentes que se quedaron en el país en forma clandestina, y así se mantuvo hasta el 20 de octubre de 1939 cuando es apresado y expulsado a Chile, entrando de esta forma en su segundo exilio político.

Es ostensible cómo el año de 1936 fue para nuestro biografiado de abierta lucha política y de intensa exposición pública. Su aguda intuición lo hizo sumergirse en el examen que los embates de la nueva realidad venezolana le exigían a él y a todos los aspirantes a dirigir a Venezuela. Por consiguiente, en este año fue escasa su producción periodística. Su reflexión teórica sobre el país y sus principales problemas fue expresado fundamentalmente en los manifiestos y programas de ORVE y el PDN, y también en sus intervenciones públicas, en los numerosos discursos que ese año hubo de dictar en las asambleas y mítines de esos dos partidos. En esas disertaciones prevalecieron la denuncia y el análisis en torno a los problemas más acuciantes que afectaban al país, así como su planteamiento de transformación de Venezuela en un Estado moderno y democrático, proceso que en su opinión sólo sería posible incorporando a las masas en ese proyecto modernizador, contando con un partido policlasista para la organización del pueblo.

Pese a las limitaciones impuestas por la actividad política, en ese año se registran algunos artículos publicados por Betancourt en diarios nacionales y de otros países. Destacan “El movimiento sindical en Venezuela”, publicado en *Acción Liberal* de Bogotá; y “No pasarán: Madrid será la tumba del fascismo”, “El centenario de la muerte del Libertador y el panamericanismo de cuño yanqui”, “Lo que se llevan las compañías de petróleo” y “Un año de vida política en Venezuela: la posición de las izquierdas y el gobierno de López Contreras”, todos ellos publicados en el órgano periodístico de ORVE. En estos artículos predominan los temas que trabajó con ahínco en sus siete años

de exilio: la vida política venezolana; el nacionalismo y el antiimperialismo, así como la cuestión del estado de la industria petrolera nacional, intervenida y dependiente de las compañías trasnacionales extranjeras.

Oculto y elusivo: la clandestinidad **activa**

En contraste con el año 1936, los dos años y medio siguientes, cuando se mantuvo en Caracas en forma oculta huyendo de la policía, fueron de febril actividad intelectual. Su objetivo era claro y conciente: dotar al PDN –el único y principal instrumento de lucha política de la izquierda clandestina– de una base teórica, ideológica y doctrinaria firme. Con la pasión y perseverancia con que asumía lo que se trataba, no es de extrañar que tal propósito viera luz en septiembre de 1939 cuando Betancourt, en discusión permanente con otros dirigentes y pensadores pedenistas, logra traducir sus propias ideas y visión nacional, o como dice el investigador Arturo Sosa Abascal, “su proyecto de cambio y transformación para la Venezuela postgomecista”, en la Tesis Política y el programa del PDN.

Pero, ¿cómo logra Betancourt ir definiendo y madurando su proyecto de modernización y democratización nacional que terminaría luego por plasmarse en el programa y tesis de su partido? Fundamentalmente a través de los escritos diarios que, desde el 9 de marzo de 1937 hasta el 19 de octubre de 1939, publica sin firma en el diario *Ahora*, en la columna periodística titulada “Economía y Finanzas”, iniciada por el compañero de partido Carlos D’Ascoli en agosto de 1936, pero que

tuvo que interrumpir al dejar el país siete meses más tarde. Fueron 678 artículos los que en total escribió Betancourt en sus 22 meses de clandestinidad, aunque sólo una selección de 115 de ellos conformó el libro *Problemas Venezolanos* que Betancourt publicó en 1940, apenas iniciaba su segundo exilio en Santiago de Chile.

Viéndolos en su conjunto, y haciendo abstracción de los hechos y asuntos cotidianos que en ellos se analizaban generalmente en respuesta a planteamientos gubernamentales, los escritos de “Economía y Finanzas” constituyeron un extenso y penetrante estudio sobre la realidad venezolana en sus diversos aspectos y facetas temáticas. En él se hallan diagnósticos y propuestas de solución acerca de los numerosos problemas que aquejan a los venezolanos de ese entonces. Desde cuestiones económicas y financieras –en las áreas fiscal, agropecuaria y petrolera en particular– hasta problemas políticos y de administración del Estado venezolano, así como de política exterior y relaciones internacionales, son allí analizados.

Esta suerte de estudio-programa revela el pensamiento económico antiliberal, de capitalismo de Estado y socialista pero, en lo político, de índole pluralista, policlasista, populista, nacionalista y antiimperialista no ortodoxo que prevalecía en Rómulo Betancourt. Y, por ende, en la izquierda democrática que se fue conformando en torno a su liderazgo. Imposible adentrarnos en estas páginas, en la visión de Venezuela que transmite Betancourt a través de su importante columna periodística. Baste reiterar lo que ya evidenció Arturo Sosa Abascal: los escritos de “Economía y Finanzas” dibujan una compleja visión del país, no sólo en lo económico –que es su énfasis– sino en lo político y social; en ellos Betancourt presenta su proyecto político y sus especificidades programáticas como alternativa a lo que representa el gobierno de López Contreras y su apoyo social. Recordemos que, basándose en su Programa de Febrero de 1936 y en el Plan Trienal Político-Administrativo formulado en 1938, el presidente López y los sectores políticos, económicos y sociales que lo acompañaban optaron por un proyecto nacional de modernización y democracia de corte gradualista.

Ahora bien, el infatigable Betancourt combinó su esfuerzo intelectual de escribir en *Ahora* y de ayudar a elaborar la tesis política y programática de su partido con otros dos objetivos y trabajos políticos claves. Por una parte, la organización y consolidación interna del PDN, partido llamado a cumplir el papel histórico de lucha y transformación nacional. Por la otra, la coordinación de la acción de los compañeros de izquierda que no tuvieron que pasar a la clandestinidad y que lograron posiciones en los concejos municipales, las asambleas legislativas de los estados y en el Congreso Nacional. Estas dos tareas conllevaron a reuniones periódicas de planificación, discusión y revisión de estrategias, al tiempo que al establecimiento de una red de correspondencia clandestina entre los líderes pedenistas radicados en distintas zonas del país. Para esta red, los pedenistas utilizaron seudónimos de regiones y nombres. El que Betancourt más utilizó en estos años, por cierto, fue el de “Carlos Roca”.

Si a estos esfuerzos les sumamos las responsabilidades de proveer y velar por la familia en la adversidad y zozobra que representaba su situación de perseguido político, condenado al nomadismo y a vivir de “concha en concha”, es decir, de escondite en escondite, no podemos dejar de admirarnos –una vez más– de la capacidad y talante, de la energía, voluntad y talento de este político de la Venezuela democrática.

El trabajo de estructuración interna del PDN fue especialmente arduo. Primero, había que reorganizarlo. Los sucesos de finales de 1936 y principios de 1937, cuando el gobierno de López le cierra definitivamente los canales legales de participación política, habían dejado a este partido prácticamente desmembrado. Luego había que extenderlo a todo el territorio nacional, lo que hacía necesario una captación rápida y efectiva de nuevos militantes. En tercer lugar, había que depurarlo, o sea, erradicar de sus filas a aquellos con visiones ideológicas e intereses opuestos a la visión de cambio de la mayoría del sector denominado de izquierda democrática. Este plan de acción para forjar el PDN fue asumido sin titubeos ni medias tintas por Betancourt.

Es más, algunos estudiosos de la vida de Betancourt en ese momento histórico han asegurado que él aprovechó el tiempo de clandestinidad para jugar un rol directivo en el diseño y ejecución de ese plan, ya que con ello podría también ampliar y consolidar su propio espacio político y erigirse en líder del proyecto de cambio representado por los dirigentes de la izquierda no comunista.

La primera reunión de reestructuración pedenista se llevó a cabo el mismo mes de marzo de 1937 en Caracas, en la casa de Alfredo Conde Jahn ubicada en el famoso callejón Negrín de la urbanización La Florida. Allí se creó el Comité Ejecutivo Provisional del PDN integrado básicamente por los principales dirigentes de las organizaciones que conformaron el PDN frentista de 1936, en particular por los de ORVE, el PRP, la FEV y el Bloque Nacional Democrático del Zulia. Este Comité y luego el Comité Ejecutivo Nacional definitivo, el llamado CEN del PDN, fue creando núcleos de base en Caracas integrados por pequeñas células de cinco miembros. También para ir penetrando todo el territorio nacional y captando nuevos miembros, el liderazgo pedenista fue formando núcleos sindicales regionales. El primero de ellos fue el Comité Ejecutivo Regional (CER) que funcionó en Maracaibo bajo la dirección de Valmore Rodríguez, Luis Alberto Pocattera e Inocente Palacios.

Al igual que los del PRP, los comunistas más radicales, aquellos comandados por Juan Bautista Fuenmayor desde el Zulia, que en el mes de agosto de 1937 reestablecieron el Partido Comunista de Venezuela en la clandestinidad, se incorporaron en el proceso de reestructuración del PDN; pero la nueva plana mayor del PDN estaba dominada por Rómulo Betancourt y otros dirigentes orvistas con una visión de izquierda más moderada. Esta coexistencia forzada de dos corrientes ideológicas antagónicas en el seno del PDN, que concebían además de modo diferente lo que debía ser ese partido (los izquierdistas moderados como un frente único policlasista y los comunistas como un frente popular dirigido por la clase obrera), va a plagar la vida pedenista de confrontación y conflictos.

Las pugnas entre los de izquierda democrática y los comunistas finalmente van a producir, en febrero de 1938, la ruptura entre el PCV y el PDN. En este deslinde, por cierto, Betancourt tuvo un rol decisivo. Fue él el autor intelectual del manifiesto por medio del cual el CEN del PDN fijó posición pública definitiva con respecto al PCV. Ello le valió fuertes críticas dentro del partido, inclusive de parte de compañeros orvistas que consideraron que la posición era extrema y sectaria, producto de su actitud “personalista y bonapartista”. Los cuestionamientos, las reticencias y dudas fueron rebatidas una a una por el propio Betancourt. Con estas palabras dirigidas a su compañero y amigo Juan Oropesa, se defiende: “... lo que se plantea es diáfano: ya que todos los esfuerzos conciliatorios no han logrado hasta ahora hacerlos rectificar (se refiere a los comunistas) es mejor asumir nosotros nuestra independencia (...) no ha habido en esto de mi parte un brusco despertar de impulsos bonapartistas, sino, simplemente, firmeza para defender, contra viento y marea, devorando en silencio toda la cólera que me han producido las canalladas contra mí esgrimidas, una posición del sector”.

Pese a las diferencias y conflictos, desde 1937 hasta 1939, izquierdistas radicales y moderados se vieron obligados a trabajar juntos en algunos eventos para enfrentar el lopecismo. Esta connivencia se mantuvo al menos hasta varios meses después de la ruptura de 1938. En abril de ese año, el CEN del PDN dejó constancia de que no mantendría una posición anticomunista pública y que no se planteaba un divorcio absoluto con el PCV porque ello significaba, más bien, hacerle el juego al gobierno. Por su parte, al mes siguiente, el PCV a través de su órgano periodístico *El Martillo*, invitó al PDN a suscribir un proyecto de acuerdo entre ambas organizaciones a objeto de lograr un frente nacional de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas de Venezuela. Este propósito nunca se llegó a cumplir, pero ambas organizaciones crearon un Comité de Coordinación, el denominado “Comi-Cor Nacional”, que duró hasta 1939.

De modo que a fuerza de golpes y porrazos, radicales y moderados de izquierda hicieron posible tanto la reestructuración inicial del PDN, como el mantener y consolidar un frente de oposición legal al gobierno de López Contreras. Con mayor o menor énfasis según las circunstancias, ambos trabajaron subrepticamente en la coordinación de políticas y actuaciones del grupo de líderes que, aunque en número minoritario, mantuvo la izquierda en estos años en el Congreso Nacional. Durante todo el período lopecista, este grupo de parlamentarios cumplió una labor invalorable en la introducción y freno de leyes y medidas progresistas, tales como la Ley de Educación, la Ley del Banco Central de Venezuela, la Ley de Presupuesto General de la Nación para el período 1937-1938, y la importantísima Ley de Hidrocarburos.

De manera similar hubo una labor mancomunada para las elecciones del Concejo Municipal de Caracas, realizadas el 27 de junio de 1937, de las que resultaron electos opositores demócratas como Andrés Eloy Blanco, Luis Beltrán Prieto y Carlos León. Pedenistas y pecevistas (o “paquistas” como solían llamar a los del PCV en aquella época) trabajaron juntos en las elecciones municipales de septiembre y diciembre de 1938. En las elecciones del 25 de septiembre para los Concejos Municipales y Asambleas legislativas de varios estados del país, las fuerzas de izquierda lograron varios concejales y diputados. Pero la victoria opositora fue aún más contundente en las nuevas elecciones municipales del Distrito Federal, realizadas el 11 de diciembre de ese año. La izquierda unida en la Plancha Popular Antigomecista logró diecinueve de las veintidós parroquias caraqueñas, siendo la mayoría de los concejales electos militantes del PDN.

No obstante, tras la salida del PCV, el PDN –ya totalmente en manos de los orvistas– tuvo que emprender una nueva reorganización interna. Con los comunistas se habían ido del partido no pocos militantes, al punto de que por ese entonces se decía con sarcasmo que “El PDN hace asambleas en un automóvil”. No fue tan así, desde luego, pero no cabe duda que desde mediados de abril de 1938 los pedenistas tuvieron que emprender un nuevo y fuerte esfuerzo por levantar el parti-

do. Buscar nuevos miembros y hacer sentir su presencia y lucha en todos los acontecimientos nacionales que se sucedieron en estos años, era el norte de los pedenistas en su segunda etapa de vida.

Este difícil proceso, que de paso se dio en medio de una nueva escalada represiva del gobierno lopecista en contra de concejales, diputados, periodistas y dirigentes pedenistas, recayó fundamentalmente en Rómulo Betancourt. Bien lo dijo el político y periodista Alfredo Tarre Murzi, mejor conocido por su seudónimo “Sanin”: Betancourt era el “motor” del PDN ya que él “se ocupaba de todo; de la política, el sindicalismo, la organización, el sector juvenil, la universidad.” De tan tremendo reto salió Betancourt nuevamente airoso. Con su gran mística y disciplina de trabajo logró que en breve tiempo el PDN se recobrara. Según boletines del PDN, ya para mediados de 1939 el partido había logrado expandirse a todo el territorio nacional, especialmente hacia las regiones andina y zuliana.

El 27 de septiembre de ese año logró realizar el PDN su Primer Congreso Nacional. La conferencia pedenista se realizó en Caracas, en Catia, en casa del dirigente Antonio Bertorelli. Cuarenta delegados fueron convocados para discutir y aprobar la Tesis Política, el programa y los Estatutos del PDN, que en buena parte recogen los planteamientos del Plan de Barranquilla de 1931, y las ideas y propuestas esbozadas por Betancourt en sus escritos periodísticos del diario *Ahora*; es decir, la esencia del proyecto político betancourista de modernización y cambio democrático, y que el mismo Betancourt definió como “nacionalista revolucionario”.

Los delegados a la conferencia del PDN también cumplieron con dos tareas pendientes: primero, la suscripción de una resolución que clarificaba las diferencias y ponía punto final a las relaciones entre el PCV y el PDN; y segundo, la elección de un nuevo Comité Directivo Central que volvió a comandar Betancourt. No obstante, el líder no llegaría a asumir esta nueva responsabilidad. El 20 de octubre fue apresado por la policía lopecista en casa de su cuñado, en las esquinas de

Perico y Corazón de Jesús, para apenas pocas horas después salir expulsado a Chile con su familia.

En realidad, Betancourt estaba por ponerse a la disposición de las autoridades. Se encontraba redactando su carta de entrega al presidente López cuando fue apresado. Era una decisión personal y partidista. El Boletín Nacional del PDN del mes de octubre de 1939 da cuenta de los debates de la Directiva pedenista sobre el asunto. Con un partido más estabilizado y consolidado internamente, se consideró que la mejor opción era el sometimiento de su jefe máximo y su salida al exilio. La resolución buscaba la disminución de los roces del partido con el gobierno y, a la vez, labrar el camino para que Betancourt pudiese regresar en forma legal al país luego de un año de exilio.

No quedan registros históricos para asegurarlo, pero no sorprendería que en esa decisión hubiese influido decisivamente el propio Betancourt. Sus dos años y medio de lucha clandestina fueron de una intensidad inusitada. Ciertamente, no fue esto excepcional en los avatares y responsabilidades de Betancourt. Le quedarían en el futuro momentos muy difíciles, como 1945 y, el más serio de todos, en noviembre de 1948. Inclusive en los años de exilio: evadir la persecución policial, el riesgo de perder la vida; ser vigilado y perseguido hasta por algunos torpes senadores norteamericanos que pidieron su expulsión de Puerto Rico.

Pero construir un partido, dirigir una oposición clandestina y legal, dotarlos a ambos de programa, doctrina y plan de acción, mientras simultáneamente escribía una columna periodística diaria con la profundidad y objetivos de largo alcance como los que se trazó en la de "Economía y Finanzas", todo eso bajo el acoso policial y en precaria situación financiera doméstica, exigía poner distancia de la rutina diaria. Había llegado la hora de una pausa para percibir la situación del país, y de su partido, desde una perspectiva más amplia.

En y desde Chile: el amanecer del estratega

El encuentro con un país y con un ambiente democrático como el de Chile, la tierra que le dio cobijo desde octubre de 1939 a enero de 1941, lo entusiasmó sobremanera, abriéndole nuevas perspectivas. Como tratando de recuperar con avidez los dos años y medio precedentes en que hubo de vivir oculto, en estos dos años de destierro en un país donde se movía a sus anchas, porque allí imperaba un gobierno socialista amigo –el del Frente Popular del presidente Pedro Aguirre Cerda–, Rómulo Betancourt llevó una vida pública muy activa, tanto en el terreno político como en el intelectual y académico.

Como obstinado observador e intérprete de la realidad circundante, lo primero que hace al llegar al país sureño es retomar su aguda pluma para escribir artículos periodísticos, ya con firma, en diarios y revistas chilenos y extranjeros, a la par que discursos y conferencias sobre la situación venezolana, latinoamericana y mundial. A sólo dos meses como exiliado en tierras chilenas, Betancourt pronunció un discurso en el Teatro Caupolicán de Santiago que no pasó inadvertido. Los chilenos celebraban allí el primer aniversario del Frente Popular; Betancourt consideró propicia la oportunidad para hablar de la situación venezolana y para promocionar a su partido, el PDN, presentán-

dolo como una organización verdaderamente democrática de izquierda, socialista, no comunista y de profunda vocación americanista.

El planteamiento americanista de Betancourt, consecuencia directa de la concepción de integración latinoamericana que él empezó a delinear durante su primer exilio y consolidó en su columna de “Economía y Finanzas” entre 1937 y 1939, pasó a ser fundamental en sus escritos y discursos en estos años de exilio chileno. Así también lo aprecia el historiador Manuel Caballero al decir que: “Con el estallido de la guerra europea (...) es cuando Betancourt comienza a proponer una estrategia política vista en una perspectiva americana, a plantear el argumento geopolítico. De modo que puede decirse que ‘el descubrimiento de América’ por Betancourt se producirá en el exilio chileno el 1940”. Podría añadirse que durante toda la primera mitad de la década de los años cuarenta, el americanismo se mantuvo como una de las ideas centrales de la visión internacional betancourista, pasando a formar parte también de las tesis esenciales de sus partidos, primero del PDN y luego de Acción Democrática.

Ya en su discurso del Teatro Caupolicán de Santiago se pueden observar dos versiones en el pensamiento americanista de Betancourt: la de unión latinoamericana y la de unión interamericana. El acercamiento o unión entre los países latinoamericanos, lo que él denomina “unionismo latinoamericano”, apuntaba a un latinoamericanismo democrático al estilo bolivariano, para lograr un desarrollo político y una modernización económica conjuntos, así como para contrarrestar el poder y dominación de la potencia del norte, los Estados Unidos. En su opinión, esta unión latinoamericana representaba la única forma real de contener no sólo el imperialismo estadounidense, sino el de otras poderosas naciones como Inglaterra, la URSS, Japón, Alemania e Italia. No obstante, en vista de la guerra mundial imperante, esta unión latinoamericana al estilo bolivariano debía ampliarse e identificarse con los Estados Unidos a objeto de formar un frente de defensa continental.

La segunda versión del americanismo de Betancourt establecía el acercamiento, alianza o unión entre los países latinoamericanos y la

potencia estadounidense, dada la necesidad de la defensa continental, en particular bajo una amenaza extracontinental. Ambos sentidos de la idea americanista fueron utilizados por Betancourt entre 1941 y 1945. No obstante, en 1941 y 1942, cuando se percibe una amenaza fascista en el continente americano y por tanto era necesaria una defensa continental colectiva, predominó en él la utilización de la idea de unión interamericana. Luego, durante 1943 y 1945, cuando ocurre la derrota del eje fascista y aflora la necesidad de alcanzar el bienestar y la seguridad post-bélica, Betancourt utiliza más la propuesta de un entendimiento latinoamericano.

En el año 1940 dictó varias conferencias donde volvió a tocar los temas de la situación venezolana y del PDN, y la necesidad de una unión latinoamericana e interamericana. Destacan entre ellas las pronunciadas en la Universidad de Chile en mayo, junio y agosto, y la del I Congreso de Partidos Democráticos y Populares de América Latina a principios del mes de octubre de ese mismo año. En este Congreso, organizado por el Partido Socialista Chileno, Betancourt, que actuaba como delegado del PDN, fue distinguido con una de las ocho vicepresidencias, un cargo de especial significación para el socialismo latinoamericano. En su discurso en la sesión inaugural dejó claro el carácter revolucionario, antiimperialista y democrático de la izquierda venezolana pedenista y el compromiso de su partido, tanto por lograr la progresiva democratización de los gobiernos de América Latina, como la unificación de estos “a fin de que puedan entenderse de quien a quien, de potencia a potencia, con los Estados Unidos de Roosevelt”.

En este año también publica el libro *Problemas Venezolanos* con base en una selección de sus artículos del diario *Ahora*. De la reseña que le hiciera la escritora Magda Portal para la revista *Claridad*, es de retener esta opinión esclarecedora: “*Problemas Venezolanos* quizá podría parecer como que sólo interesara a la propia Venezuela, pues que son sus problemas específicos, sus males típicos, sus desaciertos particulares, los que se exhiben con anchura y dureza crecientes. Pero no, los problemas de Venezuela, como que son de América, no hacen sino seña-

larnos los problemas de cualquier región indoamericana, sea del Norte o del Sur, sea sobre petróleo o cobre, sobre carnes o salitre. El mismo esquema radial, la misma sintomatología, y posiblemente también, los mismos resultados”.

A la par de su actividad intelectual y académica, estuvo su actividad política. Durante toda su permanencia en Santiago de Chile se dedicó a establecer contactos con importantes líderes políticos. Desarrolló lazos de amistad con Salvador Allende, entonces ministro de Salud, Oscar Schnake, Secretario General del partido socialista chileno, y el ex presidente Arturo Alessandri. Esto le valió transformarse en una figura política reconocida y respetada en el ámbito de la izquierda chilena y latinoamericana. Así, a su salida de Chile, en enero de 1941, fue despedido por los socialistas de ese país con un homenaje especial, y luego, en tránsito de regreso a Caracas, en la parada de casi un mes que hizo en Buenos Aires y Montevideo para dictar conferencias en la Universidad de La Plata y en la Universidad de Concepción, también fue homenajeado por los socialistas argentinos y uruguayos.

Otra de sus actividades políticas relevantes en Chile fue la de coordinar y organizar los principales grupos de exiliados pedenistas que venían actuando en América Latina, en particular los de Santiago, Buenos Aires, Barranquilla y Bogotá, logrando establecer entre ellos fuertes vínculos con el fin de ayudar al PDN en y desde el exterior. El grupo de Santiago era el más numeroso en América Latina y a éste le dedicó, lógicamente, mayor esfuerzo y tiempo. La disciplina y capacidad organizativa de Betancourt hizo que el grupo de Santiago se distinguiera como uno de los más activos y dinámicos entre todos los exiliados latinoamericanos. Así quedó registrado en la carta que “El grupo de Santiago” le dirigiera al CEN del PDN el 6 de enero de 1940. En ella se relataba el trabajo de edición y distribución de libros, folletos, panfletos y boletines sobre el pensamiento y acción de la izquierda democrática venezolana agrupada en el PDN; así como de organización de eventos y conferencias dentro y fuera del ámbito chileno. La machacona

sugerencia de Betancourt a éste y otros grupos de exiliados pedenistas, era la de “estudiar, trabajar y organizar”.

Las tareas a que se dedicaba Betancourt en Chile lo sedujeron y lo entusiasmaban. Pero nunca perdió la perspectiva de que era un exiliado y de que su paso por Chile sería transitorio. Nunca dejó de ser Venezuela su gran preocupación cotidiana. Algo más lo desvelaba noche tras noche: los avatares de su partido. Desde Chile hizo todos los esfuerzos posibles para culminar el proceso de estructuración interna del PDN y lograr su legalización y legitimación nacional e internacional. Ya fue expuesto que a través de sus conferencias, artículos periodísticos, eventos políticos y también mediante sus contactos con personalidades latinoamericanas, se esmeraba en presentar al PDN como la verdadera fuerza democrática de izquierda venezolana, como una organización socialista y no comunista. Con ello buscaba que el PDN fortaleciera su imagen en el exterior y que ganara apoyo y reconocimiento latinoamericano, lo cual podría incidir, a su vez, en el ánimo del gobierno de López Contreras para que se decidiera su legalización política.

En cuanto a la organización interna del PDN, los esfuerzos de Betancourt desde Chile se encaminaron a orientar, dictar líneas de acción y posiciones políticas al CEN y a los más destacados líderes pedenistas. Les escribía acerca de los más significativos problemas nacionales e internacionales del momento, y también en referencia al propio funcionamiento y relaciones del partido, en particular con los comunistas y con el gobierno lopecista. Son profusos los ejemplos sobre esta actuación política. Todos quedaron registrados en las numerosas cartas que envió Betancourt al CEN del PDN y a muchos de sus compañeros entre 1940 y 1941. Apenas llega a Chile, se desata la primera crisis interna en el partido por la selección del secretario general. Lo que hizo entonces Betancourt fue comprometedor pero necesario para su liderazgo y para la unidad del PDN: envió una carta al CEN en búsqueda de la moderación aunque a favor de la candidatura de Raúl Leoni como secretario general y en detrimento de la de Inocente Palacios, por sus vínculos y relaciones con el partido comunista.

En esta y otras crisis que sufrió el PDN durante su ausencia, siempre intervino Betancourt con el ánimo de liquidar las diferencias y de preservar, por encima de cualquier desavenencia, la unidad pedenista. En una de sus misivas a Valmore Rodríguez fue claro y enfático: “No quisiera que surgieran nuevos problemas que distrajeran la atención del partido de sus objetivos fundamentales de lucha y de la gran tarea de fortalecer y desarrollar la organización”.

También dio directrices permanentes al CEN de su partido en cuanto a lo que debían ser sus relaciones con los comunistas y con el gobierno de López Contreras. Con los primeros, sugería una posición firme y distante, pero realista y no agresiva. Con el segundo, recomendaba que la línea más acertada fuera la de “connivencia” o “concordia nacional”, que era la que había acordado el partido en su I conferencia de septiembre de 1939. Sin embargo, en vísperas de las elecciones municipales de octubre de 1940, cuando el gobierno solicitó a todas las gobernaciones de Estado impedir “por todos los medios” el triunfo electoral de los partidos clandestinos de oposición, Betancourt recomendó al CEN revisar la línea conniventista sin llegar a un “oposicionismo rencoroso”.

Los problemas fundamentales del momento, incluidos los internacionales, formaron parte de las reflexiones y lineamientos de Betancourt. Cuando la guerra de 1939, solicitó al PDN convertirse en el campeón del antifascismo y en el gran defensor de la causa democrática mundial; que fuera abanderado de una política armamentista de defensa nacional, en la formación de un bloque de estados latinoamericanos y en el acercamiento a los Estados Unidos para coordinar la defensa militar del continente. Una coordinación que no debía significar dependencia o subordinación frente al gran imperio, por supuesto. Así razonaba su posición al partido: “Tomando nosotros la iniciativa en Venezuela, podremos capitalizar para el partido, aumentando su ya sólido prestigio interno, el hecho de que nuestra acción sea seguida por las fuerzas populares más poderosas del continente y aún, por determinados gobiernos americanos”.

Ante el problema de la sucesión presidencial para la conquista de Miraflores, recomendó que el partido rechazara en forma enfática la “maniobra continuista” que pretendía López Contreras de seguir en el poder hasta 1943, que llevara la consigna de la “no reelección y presidente civil para 1941”, y que conformara un frente democrático representativo de los sectores populares a objeto de lanzar una candidatura independiente. Entre octubre y noviembre de 1940 le escribe a José Rafael Gabaldón –por entonces embajador de Venezuela en Buenos Aires– para plantearle la posibilidad de ser él el candidato de ese frente. Finalmente Gabaldón rechazó la oferta y fue escogido Rómulo Gallegos como candidato simbólico del PDN. En esta escogencia también la influencia de Betancourt fue decisiva.

De su actuación en y desde Chile queda claro hasta dónde había avanzado Betancourt en madurez y contextura política. La forma como se relacionó en Chile con el gobierno del Frente Popular, la manera como fue recibido y despedido por el partido socialista y por otros grupos de izquierda latinoamericanos, evidencian la proyección y reconocimiento del liderazgo de Betancourt más allá de las fronteras nacionales. Las relaciones mantenidas y la influencia ejercida sobre la directiva caraqueña del PDN y sobre el grupo de exiliados pedenistas en Santiago y otros países de América Latina, revelan la calidad de estratega y dirigente político en que ya se había convertido.

Rómulo Betancourt y su familia salen de Chile durante los primeros días del mes de enero y llegan a Caracas, luego de pasar casi un mes entre Buenos Aires y Montevideo, el 5 de febrero de 1941. A decir verdad, desde el mismo momento en que llegó a Santiago de Chile había buscado la manera de regresar legalmente a Venezuela. Fueron varias las misivas que le escribió directamente al presidente López Contreras solicitándole visa y aclarándole su condición de demócrata de izquierda, no de comunista, así como su política de oposición constructiva y moderada. Junto a la carta que Betancourt le escribe el 15 de marzo de 1940 al presidente López con esos propósitos, le envía un ejemplar de *Problemas Venezolanos*. De este libro suyo le dice “...es también un

testimonio de la ecuanimidad con que desde nuestro sector (la izquierda del PDN) se enjuicia la obra realizada por usted en la Presidencia de la República”.

En otra carta a López Contreras, ésta del 18 de mayo, el apremio y la impaciencia de Betancourt se observan desde el primer párrafo: “Señor Presidente: le escribo solicitando de su gobierno la visación de mi pasaporte, para regresar legalmente a Venezuela lo más pronto que me sea posible. No creo siquiera necesario insistir en cuál es mi posición ideológica. Usted la conoce desde hace tiempo, y sabe ya que nada, absolutamente nada, me liga a la Internacional Comunista, ni al llamado Partido Comunista de Venezuela. Tengo una confesa y definida posición democrática, que no colida con el espíritu ni con la letra de nuestra Carta Constitucional”.

Obviamente, la premura de Betancourt por regresar a Venezuela se debía a su deseo de intervenir directamente en la coyuntura política que se vivía en aquel momento, o sea, los problemas suscitados por la sucesión presidencial y la certeza –ya para ese momento– de la elección del general Isaías Medina Angarita como nuevo presidente de la República por el Congreso Nacional lopecista, luego de haber quedado eliminados otros candidatos, como el doctor Diógenes Escalante. ¿Qué hacer?; ¿cómo y con cuál partido político iba la izquierda democrática a participar durante los dos meses de campaña para esas elecciones presidenciales?; ¿cuál estrategia iba a seguir el PDN en relación con una candidatura independiente que, si bien se sabía que no iba a ser válida en la práctica, era indispensable para la opinión pública?

Estas eran las disyuntivas que se planteaba Betancourt y que ansiaba, junto a su partido, solucionar de forma inmediata y personal, no desde lejos, sino dentro de Venezuela, en medio del fragor. No fue sino a finales de 1940, pasadas las elecciones municipales del mes de octubre en las cuales el gobierno alcanzó un rotundo triunfo, cuando el presidente López decidió autorizar el regreso de Betancourt y de otros exiliados políticos. Se sentía entonces el general más confiado y tranquilo con respecto a la oposición.

En Venezuela, otra vez: tiempos **propicios**

Al llegar al país, Betancourt tuvo que atender de inmediato dos cuestiones fundamentales. La primera, la grave enfermedad de su padre Luis Betancourt que muere el 8 de marzo de ese mismo año de 1941. A su amigo Ceferino Rojas Díaz le escribe estas apesadumbradas palabras el 25 de mayo: “La muerte del viejo ha sido para mí un golpe rudo. Tú experimentaste dolor semejante, y sabes ya cómo duele íntimamente la definitiva ausencia del padre. En mi caso, hay cierto acento de remordimiento en mi tristeza. El viejo ambicionó que yo fuera abogado y realizara en la vida todo cuanto él había soñado. Escogí este áspero camino, que ya es el definitivo en mi vida. Y, de paso, lo sacrificué a él. Nunca pude darle la satisfacción de comodidades materiales y por las preocupaciones que se me han hecho sufrió tanto. La única compensación que tuvo fue la de verme con una línea clara y recta de honradez personal y pública, traduciendo a hechos las normas de conducta que me enseñó siempre”.

Esta misma carta al amigo íntimo y familiar da pistas de la situación económica y emocional, de decepción, que vive en esos días, al confesar que “vivo de trabajo y preocupaciones. De un lado, haciendo frente a una serie de compromisos económicos, difícil de afrontar para quien,

por su posición política, no tiene facilidades de operar en un medio como éste, donde la gente teme tanto malquistarse con el gobierno. Del otro lado, el trabajo político, que en la oposición descansa sobre los hombros de muy pocos”.

El duro trabajo político al cual se refería en esa carta constituía el otro asunto prioritario y urgente para Betancourt. Requerían atención y dedicación, por una parte, la formulación de una estrategia pedenista y de los grupos de oposición de izquierda para lanzar una candidatura “independiente” que contrarrestara y se opusiera, al menos simbólicamente, a la del gobierno de López Conteras, que ya para ese entonces estaba claro saldría del seno del sector militar. Por otro lado, la búsqueda desesperada de la legalización del PDN para poder actuar desembarazado en la vida política, se traducía en la segunda prioridad de Betancourt.

Desde antes de llegar al país, Betancourt había recomendado a sus compañeros la candidatura de José Rafael Gabaldón. Como vimos, antes de las elecciones municipales de octubre y luego en noviembre de 1940, le había escrito conminándolo a ser el candidato independiente de la oposición. Prefería Betancourt al general Gabaldón que a otras posibles alternativas que en ese momento se debatían en el seno del PDN y en otras fuerzas de izquierda, como las de Nestor Luís Pérez, Carlos Morales, general Régulo Olivares y la de Amenodoro Rangel Lamus. Pero al llegar a Venezuela, puesto en autos por sus compañeros que el PDN estaba por decidirse por la alternativa candidatural de Francisco Izquierdo, recomendó de inmediato que el candidato fuera Rómulo Gallegos. Su sólido prestigio como escritor y hombre íntegro tendría ascendencia en la sociedad venezolana. Esta candidatura fue postulada públicamente el 10 de febrero, en San Fernando de Apure, a instancias del ganadero pedenista Juan Salerno; luego sería respaldada a través de un manifiesto por toda la dirigencia del PDN.

Con Gallegos como candidato nacional de la oposición, el PDN también buscaba movilizar a la opinión pública nacional e internacional en torno a la propia legalización pedenista, al menos luego de la elec-

ción del candidato oficialista. Así, a la par del lanzamiento del ilustre escritor, el PDN se dedicó a la constitución de comités de apoyo al candidato en todo el país y a la estructuración de una intensa campaña electoral para sensibilizar a la población. El esfuerzo tuvo efecto. Era una “candidatura simbólica”, y nadie supuso que podría ser otra cosa, pero su impacto político fue enorme y dejó huellas que nadie pudo borrar. Estableció el contrastaste entre dos candidaturas, quizás de manera muy pedagógica, entre el candidato popular y el candidato oficial, el entonces ministro de Guerra y Marina, general Isaías Medina Angarita, elegido por el Congreso Nacional el 28 de abril de ese año. A partir del movimiento popular logrado con la postulación de Gallegos, el camino del PDN se abrió ampliamente para su legalización. Fue un fenómeno popular, el de la política en la calle. La legalización del PDN se iba abriendo caminos.

El primer paso concreto para la legalización del partido, aunque bajo otro nombre para evitar conflictos con el gobierno, fue dado el 4 de mayo cuando un grupo de pedenistas de Valencia (aunque sin identificarse como tales) le enviaron una carta pública a Rómulo Gallegos solicitándole la formación de un nuevo partido auténticamente democrático. El día 11 de ese mes, en la casa del maestro Gallegos, los pedenistas acordaron que el nombre de ese nuevo partido sería el de Acción Democrática y que su Comité de Orientación estaría presidido por el mismo Gallegos. Rómulo Betancourt y otros pedenistas que habían sido perseguidos por el lopecismo, decidieron por razones tácticas no aparecer en ese Comité que debía, entre otros requisitos para obtener la legalización, pasar por una suerte de “inspección ideológica” por parte del gobernador del Distrito Federal, Luis Gerónimo Pietri.

Acción Democrática fue legalizada en el mes de junio, mientras que el 13 de septiembre de 1941, el presidente Medina, que desde antes de ser electo se había comprometido con una amplia apertura democrática que incluía la legalización de los partidos, le daría la autorización para su cabal funcionamiento político. Para este momento, ya Rómu-

lo Betancourt aparecía públicamente como directivo del partido. Gallegos siguió figurando como presidente, y él como secretario general.

En Betancourt recayó la responsabilidad del discurso de cierre del mitin del Nuevo Circo, con el cual AD celebró su pleno funcionamiento. En el reafirmó la vocación democrática, policlasista, nacional, integradora y americanista de la organización, cuya tesis política inicial era la misma que la aprobada en la I Conferencia del PDN en septiembre de 1939. Sus palabras se centraron en el programa económico de AD. Este discurso marcó pauta en lo que serían las banderas temáticas de lucha del partido en su oposición al gobierno de Medina Angarita durante todo su período constitucional, de 1941 a 1945.

Una de las banderas más impactantes se fundamentaba en la histórica paradoja venezolana: una nación rica, una de las que produce y exporta más petróleo en el mundo y, a la vez, una de las más empobrecidas, en donde la mayoría de la población pauperizada vive bajo el signo de la miseria y la angustia económica. Para enfrentar esta contradicción, la propuesta de Betancourt (y de AD) apuntaba a la diversificación de la producción nacional. Empezar un proceso de independencia del “oro negro”, cuya explotación controlaba el capital extranjero, pasando a depender de otras fuentes de producción, en particular la agrícola y pecuaria, era una tarea indispensable por parte del Estado venezolano.

Para ello era necesario, por una parte, la formulación de un plan nacional, integral y audaz, para impulsar la producción económica y la actividad del sector privado; y, por la otra, el desarrollo de un programa de saneamiento del aparato administrativo estatal y de austeridad en el manejo de los fondos públicos, que diera lugar a una coherente y sana reforma tributaria. En esta reforma, valga aclarar, se incluían propuestas progresivas y desafiantes: disminuir los impuestos al consumidor y aumentar la carga impositiva a los sectores económicamente poderosos, al tiempo de establecer un tributo de hasta diez por ciento sobre el valor comercial de las exportaciones de minerales.

Otra bandera partidista adelantada por su secretario general en el famoso mitin del Nuevo Circo, fue el de las relaciones diplomáticas y comerciales con Estados Unidos. Proponía unas relaciones petroleras, justas, soberanas y equitativas; mas a la vez propugnaba una política de unión, apoyo y solidaridad con el entonces presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt, en cuanto a esfuerzos de contención del eje nazi fascista, y en relación a una defensa hemisférica frente a posibles agresiones extra-continenciales. En este discurso, así como en su profusa producción periodística del período medinista, Betancourt insiste en su ya conocida –al menos desde finales de los años 30– tesis estratégica de defensa continental, la cual debía asentarse, en su opinión, en un “trípode” insoslayable: en la unificación política nacional alrededor de una plataforma democrática; en la conformación de una alianza orgánica latinoamericana, no sólo entre gobiernos sino también entre sectores políticos, económicos y militares de la región; y en la coordinación de una entente antifascista, aunque sobre bases nacionalistas y antiimperialistas, entre los gobiernos de América Latina y Estados Unidos para cerrarle el paso a la avalancha totalitaria extra-continental.

El impacto favorable de estas y otras propuestas del nuevo partido opositor, que aceleradamente crecía y expandía su marco de acción a todo lo largo y ancho del país, impulsó al presidente Medina Angarita a la creación de una organización partidista propia, el Partido Democrático Venezolano (PDV). El propósito de esa organización era patente: enfrentar a sus adversarios en su propio terreno. Luego el mandatario venezolano anunció una nueva política petrolera; aprobó una Ley de Reforma Agraria; inició una agresiva política de obras públicas, y adoptó una política internacional antifascista. Para culminar, en abril de 1945 efectuó una reforma constitucional, en la cual se otorgaba el voto a los hombres analfabetos y mayores de veintiún años para elegir diputados, y a las mujeres, con iguales exigencias, para la elección de los miembros de los Concejos Municipales.

No fueron suficientes estas reformas políticas y socio-económicas para una consolidación real del medinismo y para penetrar en forma sólida las masas populares, objetivos fundamentales para un propósito mayor: parar el raudo avance político de Acción Democrática. Tampoco bastaron para tales fines la activa política exterior del presidente Medina, enmarcada en el contexto de la II Guerra Mundial, ni su innegable apertura democrática nacional, y ni tan siquiera su comportamiento como militar civilista, respetuoso de los derechos humanos, de la libertad de expresión, y de la libre actividad de los partidos políticos.

Para mediados de 1945, Acción Democrática pasó a ser el primer partido nacional de oposición, con cien mil militantes en todo el país, según el propio Rómulo Betancourt. En octubre de ese año, esgrimien- do no haber profundizado en estas reformas –en particular una que permitiera la implementación del sufragio universal, directo y secreto– los adversarios militares y civiles del presidente Medina (con AD a la cabeza) le propinaron un golpe de Estado. Un golpe que, más allá de su justificación o reprobación política, de su elogio o vilipendio histórico, condujo a la toma del poder gubernamental por parte de Betancourt y su partido.

El 18 de octubre de 1945: la prueba **de fuego**

Al relato de ese golpe y sus resultados, precede y procede un breve relato de la colosal actividad política que a través de AD y de sus escritos en la prensa venezolana y extranjera, emprendió quien en breve resultaría un líder nacional fundamental. Entre 1941 y 1945, sólo en el semanario de su partido, denominado *Acción Democrática*, y luego en el diario *El País*, también considerado como el diario de AD, Rómulo Betancourt escribió 380 artículos. El semanario de AD se funda en enero de 1942 bajo la dirección de Valmore Rodríguez, Juan Oropesa y Luis Troconis Guerrero, mientras que *El País* aparece en 1944 también bajo la dirección de Valmore Rodríguez. Al mismo tiempo, siguió estampando su firma en los diarios nacionales *Ahora* y *El Universal*, y en *El Tiempo* de Bogotá.

Sus escritos, aparte de los numerosos discursos, conferencias y folletos de esos años, reflejan la continuidad de su pensamiento político y económico, y su voluntad de convertir al nuevo partido en la principal fuerza de oposición al gobierno de Medina Angarita y en una opción real de poder en Venezuela. Fueron artículos y discursos polémicos en los que resaltaba la capacidad propagandística de Betancourt. Lejos de caracterizarse tales artículos por un tenor agresivo, el ambiente de li-

bertades públicas que reinaba era propicio para la contienda política civilizada y democrática. Entre el gobierno y sus adversarios había diálogo y convivencia pacífica. Los temas de sus escritos eran tan variados como variados fueron los hechos que se sucedían en la escena venezolana, latinoamericana y mundial. Betancourt se pronunció frente a todo acontecimiento importante: sobre la guerra mundial; la alianza interamericana; la política internacional y el comercio exterior de Medina; las leyes de presupuesto, impuesto sobre la renta, reforma agraria y petrolera; acerca de los diversos procesos electorales, municipales y legislativos que se dieron entre 1941 y 1945, así como, por supuesto, sobre la sucesión presidencial para la contienda de 1946.

Fue de especial interés la polémica suscitada por Betancourt desde *El País* en torno a la Ley de Hidrocarburos de 1943. Esta reforma petrolera fue un paso de avance para el país y significó un ingreso adicional para el erario público. Con ella se unificó el régimen jurídico de las concesiones que se venían rigiendo por diferentes leyes, y el régimen impositivo, haciendo que las empresas petroleras pagaran en lo adelante impuestos de importación y el Impuesto Sobre la Renta. Sin embargo Betancourt, junto al diputado Juan Pablo Pérez Alfonzo y otros acciondemocratistas, disintieron de esa ley en aspectos denominados “cruciales”. Cuestionaban, entre otros asuntos, la renuncia del gobierno a reclamarle a las compañías algunas cuentas pendientes por lesiones ocasionadas al fisco nacional y a las propias leyes de la República. En general, Betancourt y AD consideraban la política petrolera medinista como “timorata y antipatriótica”.

Desde la legalización partidista de 1941, nuestro biografiado se empeña en la organización interna de AD y en transformarlo en “el partido del pueblo” con alcance nacional. En junio de 1942 se publican los estatutos de AD donde se definen su estructura organizativa y sus pautas de funcionamiento bajo un modelo “leninista”, como con razón ha señalado el historiador Manuel Caballero. A través de una estructura partidista vertical, conformada por distintos organismos de dirección y de base que se fueron creando en cada uno de los estados, en el

Distrito Federal y en los Territorios Federales de Venezuela, AD buscaba actuar sobre el pueblo venezolano para “organizarlo, educarlo y conducirlo a la plena realización de sus objetivos programáticos”. Dentro del plan nacional del partido se crearon otros movimientos como la Federación de Trabajadores del Distrito Federal y la Asociación de la Juventud Venezolana. Betancourt fue motor y autor fundamental en el diseño y ejecución de los estatutos, estructura organizativa y plan de acción de AD. Y también en imprimirle, pese a su estructura vertical, un carácter policlasista y pluralista a la organización. Para estas labores recorrió en varias ocasiones todo el país y cada seccional del partido.

Desde las elecciones municipales de 1942, en las que el gobierno de Medina se impuso a través de las llamadas Asociaciones Cívicas Bolivarianas y, sobre todo con la sospechosa “ayuda técnica” de un personaje colombiano llamado Juan Francisco Franco Quijano, experto en estos avatares del manejo de votos y de su milagrosa “multiplicación”, Betancourt y AD emprendieron una campaña a favor de una reforma de la Ley Electoral y de la Constitución Nacional que aboliera el sistema electoral de segundo grado, y que consagrara el voto directo, universal y secreto.

Las elecciones municipales del 22 de octubre de 1944 resultaron en otra victoria gubernamental. Ello dio pie para que los “adecos” volvieran a insistir en la necesidad de reformar la Ley de Censo Electoral y de Elecciones. La petición fue hecha ante el gobierno y ante el nuevo partido oficialista, el Partido Democrático Venezolano, PDV, que apoyaban los comunistas a través de la organización Unión Popular. Medina Angarita y el PDV insistieron en su determinación de mantener el sistema electoral indirecto para la elección del presidente de la República. De esta manera se continuó la práctica caudillista de imponer desde el Ejecutivo un candidato para la Presidencia. Medina y el PDV lanzaron al doctor Diógenes Escalante, para ese entonces embajador en Washington, y finalmente, tras la enfermedad cerebral de Escalante, al doctor Ángel Biaggini, a la sazón ministro de Agricultura y Cría.

Estas decisiones del medinismo, aunadas a la situación de pugna que existía en las filas del gobierno (entre medinistas y lopecistas), la inminente división del Congreso en torno a las dos candidaturas (la de Biaggini y López Contreras), y el descontento de un grupo de jóvenes oficiales del Ejército con el alto mando militar, dieron paso y justificación a lo que algunos historiadores han denominado “el pecado original” de Betancourt y de Acción Democrática, es decir, el apoyo al golpe de Estado militar que produjo la ruptura del hilo constitucional y el derrocamiento del presidente Medina, el 18 de octubre de 1945.

Aunque, a decir verdad, la decisión de incorporarse a la conjura en marcha no fue tanto de AD, sino más bien de Betancourt y de otros tres compañeros –Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y Luis Beltrán Prieto Figueroa– quienes fueron protagonistas de primera línea al conocer y permitir la conspiración, así como al formar parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno junto a dos militares –el mayor Carlos Delgado Chalbaud y el capitán Mario R. Vargas– y un independiente, el doctor Edmundo Fernández. El partido como tal no participó en la conspiración; incluso ni el Comité Ejecutivo Nacional de AD ni su Presidente, Rómulo Gallegos, sabían del secreto conspirativo hasta que éste fue consumado. Fue luego, ante el hecho de un gobierno provisional del cual su secretario general, Rómulo Betancourt, fue designado formalmente como presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, que el CEN de AD empezó a colaborar con “la Revolución”. Los acciondemocratistas siempre rechazaron la calificación del episodio como golpe de Estado.

En años posteriores, el propio Betancourt reconoció en su libro *Venezuela, Política y Petróleo*, que esa acción constituyó “un golpe de Estado típico y no una bravía insurgencia popular”, y que su participación estuvo guiada por la convicción de que se iniciaba una nueva etapa histórica en Venezuela, la de la revolución democrática por la cual él y AD tanto habían luchado. Además, y esto es lo más importante, que él y sus compañeros habían tratado de evitar la conspiración y que sólo participaron en ella cuando se hizo inevitable.

Ciertamente, luego de realizarse el primer encuentro entre representantes de la Unión Patriótica Militar (UPM) y AD, el 6 de julio de 1945, cuando los primeros invitaron a los segundos a incorporarse en el movimiento insurreccional, Betancourt negoció con Diógenes Escalante algunas reformas democráticas y la realización de elecciones directas. Según el juicio de Ramón J. Velásquez, en esa oportunidad Escalante no sólo aceptó impulsar tales reformas: se comprometió asimismo a gobernar sólo dos años. Sin embargo, la enfermedad incurable del candidato para el período 1946-1951 puso a andar a la historia por otros caminos.

La postulación del Dr. Ángel Biaggini, el primero de octubre de 1945, como candidato presidencial oficialista, una candidatura considerada por AD como “continuista” y “reaccionaria”, precipitó el descontento opositor y la crisis política. Se percibía que esa candidatura impopular beneficiaría la del general López Contreras, ya previamente postulado. El día 13 de octubre la dirección de AD envió una carta al partido oficialista, el PDV, proponiéndole un acuerdo nacional en torno a un gobierno provisional con un candidato independiente, extra-partido, que diera paso a una reforma constitucional orientada al establecimiento de un sistema electoral universal, directo y secreto. Se trataba de un último intento en la búsqueda de una convergencia sobre el problema de la sucesión presidencial, pero la propuesta fue rechazada por el oficialismo que parecía haber perdido toda iniciativa. Luego, el 17 de octubre, en el mitin de AD en el Nuevo Circo la noche anterior al golpe, Betancourt le responde al gobierno, le argumenta su error al postular a Biaggini, mientras simultáneamente rechaza el intento reeleccionista de López Contreras, y advierte nuevamente sobre la necesidad de convenir sobre un gobierno provisional.

A una versión de Arturo Uslar-Pietri según la cual los protagonistas del 18 de octubre “querían borrar aquel día” de sus calendarios, Betancourt le respondió: “No es cierta esta apreciación. Nunca nos hemos arrepentido quienes fuimos actores en el episodio político del 18 de octubre de 1945 de nuestra participación en él. Creemos, además, y

así será generalmente reconocido cuando se enjuicie con perspectiva de tiempo la labor del gobierno surgido de él, que será apreciado ese período como un hito de progreso en la historia nacional y como un cambio hacia lo mejor que estaba reclamando el país”.

Para despejar todas las dudas que pretendieran proyectarse sobre aquellos sucesos, Betancourt escribió el libro *El 18 de octubre de 1945*. Es una obra que recoge un acervo impresionante de documentos sobre el tiempo que precedió a esos hechos. Su lectura es imprescindible para armar el rompecabezas del 18 de octubre y de sus antecedentes. Allí se explica cómo se urgía al presidente Medina y a su partido a que despejara sin dilaciones la incógnita de la sucesión presidencial; el papel que entonces jugaba el ex presidente Eleazar López Contreras, quien ya el 17 de enero de 1944 había lanzado una especie de manifiesto-programa, en forma de “aclaratoria”, publicada ese día en el diario *El País*. Para Betancourt, López quería crear cierta expectativa y, en efecto, la creó.

Veamos lo que ese mismo día escribió el biografiado: “Desbordando los límites habituales de tales ‘aclaratorias’, nos ha brindado el ex-presidente López todo un documento político. Un manifiesto programa en el cual reafirma enfáticamente su credo doctrinario. Y, no obstante su amplitud, hay una visible laguna en ese documento: la respuesta a la interrogante planteada en el país sobre sus aspiraciones sucesorales para el quinquenio 1946-1951. Fiel a su actitud elusiva ante las cuestiones fundamentales, se cuida de decir categóricamente ‘sí’ o ‘no’ frente a una interrogante ya lanzada al público debate. De donde bien podría inferirse que el general López Contreras ha querido enunciar con cierta anticipación su plataforma programática, como posible aspirante a sucesor del general Medina en la Presidencia de la República”.

Mientras López armaba su tinglado con tanta anticipación, el general Medina y el PDV menospreciaron los planteamientos de la oposición y de precandidatos como el general López. En cambio, Betancourt descubrió con más de un año de anticipación lo que luego se convirtió en realidad: López fue en 1945 el candidato presidencial que desconcertó al régimen.

Tres años en el ojo **del huracán**

Con o sin justificaciones políticas y hasta personales (desde la óptica de los lopecistas y comunistas las ambiciones de Betancourt de llegar al poder fueron el *leit motiv* esencial del 18 de octubre), la realidad es que ese alzamiento militar con apoyo civil produjo un nuevo escenario político en Venezuela. Para muchos, uno de los hechos y cambios políticos de mayor impacto (positivos y también negativos) en la historia venezolana contemporánea. Rómulo Betancourt, apenas de 37 años, pasaría a ser el actor principal de esos cambios.

La personalidad y liderazgo de Betancourt dentro y fuera de su partido contribuyeron a hacerlo el líder máximo del gobierno provisional, al punto que la Junta de Gobierno, desde su instalación hasta la toma de posesión de Rómulo Gallegos el 15 de febrero de 1948, pasó a ser controlada por Betancourt. Según el juicio del analista Winfield Burggraff, fueron varias las oportunidades en las que la Junta actuó como simple ratificadora de las políticas formuladas por el CEN de AD. Los militares, entretanto, comenzaron a ser objeto de las más persistentes intrigas y presiones, espectadores de un clima político de tantos antagonismos que nunca lo imaginaron. Por todos los medios, privados o públicos, se les hacía ver que en sus manos estaba la

“salvación” del país ante el radicalismo en que había caído por su responsabilidad.

Con plena conciencia de esos riesgos y, además, de la necesidad de sentar las bases del proyecto revolucionario y de cumplir con las iniciativas prometidas y las expectativas creadas, en forma rápida y fluida, el gobierno provisional emprende una intensa actividad legislativa y administrativa; una serie de medidas y decretos llamados “de emergencia” con el objeto de estabilizar el clima nacional y avanzar la “Revolución de Octubre”. No era tarea fácil liquidar el *ancien regime* y crear un nuevo Estado en Venezuela, garantizando a la vez el orden público y el régimen de libertades, abriendo un proceso político de reformas electorales, primero para la Asamblea Constituyente y, luego, para la Presidencia de la República y el Congreso Nacional, como ha de verse.

El 19 de ese décimo mes de 1945, un día después del golpe, y luego en sus alocuciones al país de los días 23 y 30 de octubre, el ahora presidente Betancourt hace conocer a la nación los objetivos y medidas gubernamentales más inmediatos. Entre los fines primordiales destacan: restituir al pueblo su soberanía; libertades públicas y democracia con amplias garantías para todos los partidos políticos, normalizar la administración pública y evitar el enriquecimiento ilícito; abaratar el costo de la vida y elevar las condiciones económicas y sociales del pueblo; reforma petrolera, agraria y educacional; estrechamiento de vínculos con naciones democráticas y rompimiento de relaciones diplomáticas con regímenes dictatoriales y reaccionarios, entre otros.

Bien se pueden resumir todos estos objetivos en la promesa básica que por esos años servía como lema propagandístico de AD: “Pan, tierra y trabajo” en una “Venezuela libre y de los venezolanos”. Promesas que encajan en el horizonte que Betancourt se trazó desde la elaboración del Plan de Barranquilla en 1931 y que, finalmente, quedaron consagradas en el programa de AD: la modernización de la sociedad venezolana en todas sus áreas de desarrollo económico, político y social, partiendo de la sociedad rural existente, y mediante la

maximización de la renta que recibe el Estado venezolano de la actividad petrolera.

Las medidas que se adoptaron con esos fines, y que en su mayoría fueron publicadas como decretos en la *Gaceta Oficial* Nro. 21.841 del lunes 22 de octubre, buscaban la ruptura con lo establecido. Se consideraban imprescindibles para la sobrevivencia de la Revolución. Se nombró un nuevo gabinete ejecutivo y se designaron a los gobernadores de los veinte estados y los dos territorios federales. Ciertamente, la mayoría de los designados eran militantes o allegados a AD y pocos los militares e independientes. Ello, junto a la instalación progresiva de una burocracia estatal centralizada por AD, alimentó resquemores entre los partidos y sectores excluidos. Como siempre sucede en la vida política, los resentimientos no se dejaron ver de inmediato; paulatinamente fueron apareciendo y traduciéndose en fuertes oposiciones.

Una decisión medular fue la convocatoria de una Asamblea Constituyente que hiciera realidad las promesas revolucionarias fundamentales: la elaboración de una Constitución democrática, moderna y progresista, y la organización de elecciones libres, directas, universales y secretas para la escogencia del futuro presidente. Junto a esta medida se dejó claro que ningún miembro de la Junta Revolucionaria podría presentarse como candidato presidencial en las elecciones venideras. La decisión fue iniciativa personal de Rómulo Betancourt. Con ella él era, paradójicamente, el único afectado. Años después dijo que la decisión había sido escrita de “su puño y letra”, algo que no tenía precedentes en el país; algo, al mismo tiempo, que revelaba una nueva moral y una nueva ética del poder en Venezuela.

Otras medidas de impacto fueron la creación de una comisión para investigar hechos de corrupción administrativa cometidos durante los gobiernos precedentes, desde el de Cipriano Castro hasta el de Medina; el congelamiento de las cuentas bancarias de ex funcionarios públicos que excedieran de 100 mil bolívares; la institución de un Tribunal de Responsabilidad Civil y Administrativa para castigar el peculado y el enriquecimiento ilícito; la expulsión del país de los ex presidentes

López y Medina junto a un grupo representativo de sus colaboradores, encabezado por el ex ministro Arturo Uslar Pietri, y la prohibición de las actividades políticas del partido medinista, el PDV. Esta última acción ahondó las irritaciones y fricciones políticas.

Entre octubre y diciembre de ese mismo año inicial de la Revolución se crearon dos nuevos partidos: el Partido Socialista Venezolano (PSV), comandado por Rafael Naranjo Osty y José Rojas Contreras, y el partido Unión Republicana Democrática (URD), dirigido por Elías Toro, Isaac Pardo y Andrés Germán Otero. En enero de 1946, también se fundó el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), figurando en su primera directiva Pedro del Corral, Lorenzo Fernández y José Antonio Pérez Díaz. A partir de 1946, URD y COPEI se convirtieron en enemigos declarados del gobierno de Betancourt.

La Revolución no se detuvo en las libertades políticas o en los derechos de la soberanía popular para elegir los poderes del Estado. Tampoco en medidas políticas iniciales. De inmediato se emprendieron reformas de más largo aliento, como la descentralización funcional o administrativa del Estado, que se inició con la reorganización de ministerios y la creación de nuevos institutos autónomos. A las reformas políticas, siguieron las agrarias y petroleras, así como aquellas destinadas a “regular la garantía económica” y a incentivar la industrialización nacional.

A la transformación de la educación, que garantizó el acceso a la instrucción primaria y emprendió una campaña de alfabetización sin precedentes, todo bajo la égida de la nueva Ley de Educación y la consigna de Sarmiento “si el pueblo es el soberano, hay que educar al soberano”, se añadió un quinto factor indispensable: la reforma social, que para Betancourt y AD era el pilar del proyecto revolucionario, que buscaba la modernización de la sociedad venezolana partiendo de la sociedad rural existente. Con el propósito general de la defensa del capital humano, se echaron las bases para prestar un mejor servicio de salud y se garantizaron y ampliaron los derechos a los trabajadores consagrados en la Constitución. El derecho a la organización

sindical fue estimulado y la Revolución consideró a los sindicatos como una base sustancial de la organización democrática de la sociedad. En 1945 había apenas 252 sindicatos en todo el país, y ya para 1948 alcanzaban 1.014. En 1946 comenzaron a firmarse los primeros contratos colectivos de los obreros venezolanos con entes estatales o privados, entre estos los poderosos consorcios petroleros.

Las medidas preliminares de política petrolera merecen un paréntesis, una consideración especial. Porque, como bien recuerda el historiador y ex canciller Simón Alberto Consalvi en *El petróleo en Venezuela*, “Rómulo Betancourt estuvo entre los primeros políticos venezolanos que comprendieron la significación del petróleo en la economía y en la historia”; y, por tanto, al llegar al poder en 1945 “no tuvo que improvisar sobre esa materia”. Una de las primeras medidas anunciadas por el entonces recién nombrado ministro de Fomento a cargo de los asuntos petroleros, Juan Pablo Pérez Alfonzo, fue la de respetar los contratos petroleros como lo determinaba la Ley de Hidrocarburos vigente, la de 1943. Pero esa medida estuvo acompañada de una reforma del Impuesto sobre la Renta que elevó en forma considerable los impuestos a las compañías petroleras. Cayó de sorpresa y creó malestar en las compañías extranjeras el decreto 112 del 31 de diciembre de 1945, que establecía un impuesto extraordinario a las petroleras y que produjo al Estado ingresos de 89.000.000 bolívares anuales.

A estas decisiones les siguieron otras no menos importantes. Entre 1946 y 1947 se decretó la política de no más concesiones, es decir, el cese inmediato y radical del sistema de concesiones petroleras a particulares (recordemos que la Ley de Hidrocarburos del 43 sólo indicaba que las concesiones cesarían en 1983); se dieron mejoras salariales a los trabajadores petroleros, así como pasos decisivos hacia la industrialización del petróleo. A fines de 1948, el gobierno revolucionario, ahora en manos del presidente Rómulo Gallegos, estableció el principio del 50-50. La fórmula del “fifty-fifty” consagraba el reparto del

excedente petrolero entre el fisco nacional y las compañías concesionarias extranjeras.

En su conjunto, las reformas petroleras incrementaron en forma decisiva los ingresos fiscales venezolanos. El ministro de Hacienda del presidente Rómulo Gallegos, Manuel Pérez Guerrero, dejó constancia en los boletines ministeriales por él dirigidos, y en la carta-documento enviada al ex presidente Gallegos el 10 de febrero de 1949 –donde analizó de manera pormenorizada y profesional los más disímiles aspectos de la gestión revolucionaria, apuntando con franqueza sus logros y errores– de cómo el ingreso petrolero para 1947 y 1948 fue tres veces mayor que el de 1945.

Tan importante como ese incremento fue su inversión transparente en diversas obras públicas y proyectos sociales. Este ejercicio gubernamental responsable y ético también quedó registrado por Pérez Guerrero, un hombre de particular rectitud que sirvió al gobierno revolucionario sin pertenecer a AD, manteniendo su independencia política y de criterio. Según el especialista Asdrúbal Baptista, la inversión territorial efectuada en 1948 fue 2,2 veces mayor que la de 1945, sin mencionar la no petrolera que se triplicó en tres años; mientras que la estructura del gasto público reflejó un aumento de una vez y media más en esos tres años. El crecimiento del PIB fue de 16,50% en 1946, de 15,91% en 1947 y de 7,28% en 1948. De modo que en este primer gobierno de AD se intentó y se alcanzó hasta donde las circunstancias lo permitieron, lo que fue el credo betancourista de toda su vida política: procurar elevar al máximo el rendimiento de los recursos que proporciona el petróleo e invertir el producto lo mejor posible en función del permanente progreso económico y social de Venezuela.

Ahora, pese a la sorpresa y cautela que generaron los anuncios de algunas medidas y reformas, los primeros meses de la Revolución Democrática transcurrieron en relativa tranquilidad. Hubo concordia entre los militares y civiles que cumplían funciones gubernamentales, así como entre gobierno y oposición. Los problemas, enfrentamientos y conspiraciones vendrían un poco después, en la medida que las

reformas y decretos iniciales fueron afectando intereses, sobre todo económicos. Entretanto, hubo estabilidad y armonía relativa, interna y externa.

En efecto, todos los partidos políticos, inclusive el partido comunista, fueron expresando su respaldo a los puntos programáticos del régimen y reconocieron la Junta Revolucionaria. Líderes opositores al golpe de Betancourt y AD, como Jóvito Villalba y Juan Bautista Fuenmayor, manifestaron su respeto al nuevo gobierno aunque sin dejar de alertar sobre la posibilidad de sectarismos y exclusivismos. Otros pasaron a colaborar con la Revolución, como fue el caso del socialcristiano Rafael Caldera al asumir el cargo de Procurador General de la República, el 30 de octubre de 1945.

También inicialmente las relaciones de la Junta con los diversos sectores de la sociedad venezolana estuvieron signadas por el entendimiento y el diálogo. Ello fue reconocido por Fedecámaras y por el movimiento sindical. Con la Revolución, ambos sectores registraron un fortalecimiento sin precedentes. El apoyo popular al gobierno, y por ende a AD, era mayoritario, en especial entre trabajadores, campesinos y jóvenes universitarios. En poco tiempo, Acción Democrática se convirtió en un gran movimiento de masas, en la primera fuerza política del país.

Esto fue ostensible en los comicios realizados en octubre de 1946 para integrar la Asamblea Nacional Constituyente. En ellos AD alcanzó 137 de 160 puestos; ganó con el 78,43% de los votos. Fue una victoria significativa sobre sus oponentes. COPEI logró situarse en el segundo lugar de la contienda, con sólo 13, 2% de los votos. También lo anterior se hizo visible en el respaldo popular que recibió la promulgación de la Constitución Nacional en julio de 1947 y la candidatura de Rómulo Gallegos para las elecciones presidenciales de finales de ese mismo año. El escritor ganó esos comicios con casi 900.000 votos, mientras que su más cercano contendor, Rafael Caldera, obtuvo apenas unos 250.000 sufragios.

La cordialidad inicial imperó entre el gobierno y el sector militar, inclusive con algunos personajes que en el futuro llegarían a ser enconados enemigos. Era el caso del mayor Marcos Pérez Jiménez, designado Jefe del Estado Mayor por el gobierno. En su primer mensaje a la nación, Betancourt hizo referencia especial a las fuerzas armadas. Dijo en esa ocasión: “A los militares les agradezco el interés generoso y patriótico de la oficialidad, clases y soldados del Ejército, la Marina y la Aviación, virtudes de las cuales han dado una impresionante revelación con esta jornada magnífica”. A ellos les prometió (y luego cumplió) la profesionalización de las Fuerzas Armadas desincorporando al personal no egresado de la Escuela Militar, una mejora sustancial de sueldos y salarios, el desarrollo técnico con equipamiento moderno, y trato justo para la tropa. De inmediato Betancourt consiguió el respaldo de figuras militares de prestigio, como la del general Régulo Olivas a quien nombró Contralor General en noviembre del 45.

De igual forma, y a pesar de la inicial y comprensible cautela frente a unos dirigentes de izquierda fuertemente críticos al capital extranjero, al poco de instalarse la Junta Revolucionaria también recibió reconocimiento internacional, incluidos el de los Estados Unidos e Inglaterra, países de donde procedían los poderosos consorcios petroleros instalados en Venezuela desde comienzos del siglo. En una alocución dirigida por radio a la nación desde el Palacio de Miraflores, el 30 de octubre del 45, Betancourt se sentía patrióticamente optimista pues, transcurridos apenas doce días del 18 de octubre, su gobierno ya había sido reconocido y mantenía normales relaciones diplomáticas con la mayoría de los gobiernos americanos y europeos. La constatación de que el nuevo gobierno y AD no eran comunistas fue clave en el mantenimiento de unas buenas relaciones internacionales.

Un informe de la CIA elaborado en enero de 1946 garantizaba que “AD no merece la etiqueta de comunista que sus enemigos han tratado de darle”. Para los funcionarios de inteligencia estadounidenses, AD era más bien un partido activo de carácter progresista y popular, pro-americano y anti-soviético, “es una de las garantías para frenar el

poderoso movimiento marxista". Produjo adicionales simpatías y apoyos hemisféricos la línea de actuación exterior del gobierno cívico-militar de no mantener relaciones con gobiernos dictatoriales y de tenderles un riguroso "cerco profiláctico". De allí el retiro de los representantes diplomáticos venezolanos acreditados en la España de Franco, en la Nicaragua de Somoza y en la República Dominicana de Rafael Leonidas Trujillo.

Como era de prever, esta luna de miel nacional, y hasta cierto punto internacional, pronto empezó a esfumarse. Ya en enero de 1946 se inició la seguidilla de intentonas golpistas que signaron el trienio adeco. Una de las más estremecedoras fue la asonada perpetrada por un grupo de destacados militares y civiles en diciembre de ese año, el Día de la Aviación. En ella estuvieron involucrados inclusive militares que en ese momento cumplían funciones de gobierno, y civiles de la talla de Jóvito Villalba, quien al menos hasta el año de 1939 –cuando el rompimiento definitivo entre los de izquierda democrática del PDN y los comunistas del PCV– fue amigo y compañero de luchas de Rómulo Betancourt.

En realidad, uno de los problemas más serios que tuvo que enfrentar la Junta Revolucionaria y luego el gobierno de Gallegos, fue el elevado número de alzamientos y conspiraciones militares que no sólo se gestaron fuera del régimen, sino dentro de él, y en algunos casos con ayuda internacional. Los dictadores Trujillo de República Dominicana y Somoza de Nicaragua llegaron a financiar un intento frustrado de magnicidio. A partir de 1946 también empezaron los movimientos colectivos de protestas civiles, y el ambiente político de agudo conflicto.

Varios factores se fueron entretejiendo en contra de la Revolución, dando finalmente al traste con ella el 24 de noviembre de 1948. Luego de su derrocamiento, Rómulo Gallegos admitió ante un grupo de amigos que "Es necesario reconocer que el proceso que acaba de culminar (es decir, el golpe) comenzó desde la misma noche del 19 de octubre, cuando se organizó la Junta Revolucionaria de Gobierno". Si bien entre esos múltiples factores destacan las ambiciones persona-

les, militares y civiles, de toda ralea y la creencia de las Fuerzas Armadas en su “destino manifiesto” de gobernar el país, no se puede desconocer la paulatina crisis y descontento que en diversos sectores nacionales fueron generando ciertas medidas y políticas revolucionarias de evidente sectarismo e intolerancia política.

En particular dos acciones fueron reconocidas como contradictorias y erradas por el propio Betancourt al final de su gobierno, los llamados juicios de peculado y el decreto educacional Nro. 321. Estos y otros yerros y desaciertos en los que incurrió en su senda política, lo llevaron a observar en alguna oportunidad posterior que “los errores costosos del pasado enseñaban lecciones históricas que deberían servir para evitar su repetición en el futuro”.

Las rectificaciones en relación a su primer gobierno, aunque fueran a posteriori, así como la forma realista y hasta cierto punto flexible y conciliadora como manejó los conflictos desatados por esas acciones (en particular la crisis del decreto 321 que favorecía el “Estado docente”), exponen una vez más a la luz de quienes quieran verlo, la clase y estilo de liderazgo que encarnó Betancourt a lo largo de su vida. Político hábil e inteligente, al tiempo que era intransigente e inflexible en relación a algunas medidas políticas y a sus principios más caros, sin dar tregua, por ejemplo, al comunismo, la corrupción y a la indisciplina partidista, también manifestaba un diestro manejo de la moderación, la flexibilidad y la negociación como instrumentos de lucha. La historiadora Mirela Quero de Trinca, rastreadora de los pasos betancouristas en la extensa correspondencia y otros documentos que él conservó en su Archivo personal con tanto celo y conciencia de su propio rol histórico, asegura que fue una constante del líder en su dialéctico devenir político, lleno de incertidumbres y de circunstancias impredecibles, hacer “cambios tácticos”, según se lo impusieran las condiciones del momento.

Sobre los juicios en contra de varios servidores públicos, oficiales, colaboradores y hasta familiares del gomecismo, el lopecismo y el medinismo, Betancourt admitió en 1948, durante la conmemoración

del tercer año de la Revolución: “Hubo errores y hasta injusticias en los procedimientos aplicados, aun cuando la iniciativa misma era raigalmente justa y respondía al reclamo de la mayoría determinante de los venezolanos”. Y en relación a la medida promulgada el 30 de mayo de 1946 que establecía criterios de evaluación diferentes para las escuelas públicas y privadas, señaló que “La Junta Revolucionaria de Gobierno estuvo al borde del colapso y de caer desbarrancada en el abismo con motivo del decreto 321”.

De hecho, frente a las fuertes reacciones producidas a causa del famoso decreto, que era percibido por los colegios privados y por la Iglesia católica como un intento de control estatal de la educación, Betancourt se vio obligado a intervenir en forma personal en el conflicto para neutralizarlo por sus efectos negativos hacia su gobierno. A la final, promulgó un nuevo decreto en el que se suspendía la aplicación del 321. De esta rectificación, sin embargo, no salió ileso el hábil líder; la misma le produjo desagradables consecuencias. Dentro de su propio partido y entre los sectores que aprobaron el decreto 321 se generó un movimiento opositor a las medidas tomadas. Vino la renuncia de su Ministro de Educación; en el CEN de Acción Democrática fue criticado por figuras tan importantes como Rómulo Gallegos y Andrés Bello Blanco, y se dieron las protestas de la Federación Venezolana de Maestros, entre otras organizaciones.

Las fuertes reacciones antagónicas frente al decreto educacional pusieron de manifiesto la polarización social y política que ya existía en el país para mediados de 1946 y que se fue agudizando en los dos años siguientes; ello pese a la contundente victoria electoral de AD en diciembre de 1947 que llevó a la Presidencia de la República al respetado y popular Rómulo Gallegos.

En los nueve meses del “Presidente de la concordia”

Con la misma firmeza, disposición y pragmatismo realista con que asumió los retos de la presidencia y gestión del gobierno provisional, retomó Rómulo Betancourt sus responsabilidades en la dirección de AD durante el breve gobierno de Gallegos. A sabiendas de los brotes golpistas que ya transitaban en el conflictivo panorama nacional y de la inexperiencia del gran intelectual para enfrentar las crisis políticas, impericia fundamentada más en la concepción ética y antimachavélica que Gallegos tenía de la política que en su propia capacidad como dirigente, Betancourt fue fiel y activo colaborador de su maestro del Liceo Caracas. Durante los ocho meses transcurridos desde febrero del 48, cuando entregó la banda presidencial, hasta los sucesos militares de noviembre de ese año, el ex Presidente Provisional se embarcó sin ambages en la tarea de defender y consolidar internamente, y de promocionar en el extranjero, la Revolución Democrática.

Sobre este último aspecto, el internacional, la contribución de Betancourt fue relevante. No resulta una exageración afirmar que Betancourt, junto al canciller Andrés Eloy Blanco, fue artífice de la política exterior de Rómulo Gallegos. Precisamente, una de las primeras acciones realizadas por Betancourt al dejar la presidencia de la Junta

de Gobierno fue presidir la delegación venezolana a la IX Conferencia Internacional Americana celebrada en Bogotá, Colombia, el 6 de abril de ese año, en la cual se aprobó la Carta de la Organización de Estados Americanos. Fue él el enviado especial de AD para promocionar la revolución venezolana. En esa cumbre panamericana, accidentada y opacada por los sucesos del “bogotazo” desatados a raíz del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, Betancourt expuso con sorprendente nitidez su pensamiento internacional y la orientación democrática en materia exterior del gobierno de Gallegos. Expresó en primera instancia su visión americanista, tanto en su versión latinoamericana como interamericana, como de internacionalismo y latinoamericanismo democrático, que había venido construyendo desde finales de la década de los años treinta.

En el primer aparte de su discurso, titulado “América en el Mundo”, Betancourt expresó: “Resulta evidente que América no puede adoptar una actitud de distraída indiferencia ante el auge de regímenes totalitarios (...) Sus aportes a favor de la universalización de la democracia y de la preservación de la paz deben ser y pueden ser de alcance muy importante”. En el segundo aparte, “Democratizar a América, premisa básica”, añade: “La consolidación de este vasto e importante frente americano para la defensa de la libertad y para la lucha por la paz resulta empresa poco fácil si no se emprende con ánimo de total sinceridad (...) Mientras no haya sinceridad democrática y efectividad del régimen representativo de gobierno en todos los países del continente, el sistema panamericano carecerá de la total adhesión colectiva”. En este discurso fundamental, Betancourt también aclara que la democratización continental debe respetar (y no contradecir) el principio de no-intervención.

En el marco de estas referencias a la democratización americana y mundial, la política exterior de Gallegos continuó la línea de actuación de la Junta Revolucionaria de Gobierno iniciada en 1945 en sus dos vertientes: por una parte, se siguió con la política de no mantener relaciones con gobiernos surgidos de la fuerza y la de oponerse a cual-

quier tipo de dictaduras en América Latina. Por otro lado, mantuvo la política de "buenas compañías", es decir, de consolidar relaciones con gobiernos democráticos. Como vemos, la política exterior de la Junta Revolucionaria y la de Gallegos fue una y la misma. Lo reconocería años después el propio Betancourt con estas palabras: "Defensa celosa, sin desplantes provocadores, de la dignidad nacional caracterizó la política de los gobiernos provisional y constitucional, durante el trienio 1945-1948, frente a las grandes potencias (...) Fueron tibios los vínculos con las otras dictaduras latinoamericanas y comenzó a incubarse la fórmula que rigió en la década de gobiernos institucionales accióndemocratistas 1959-1969: el del no-reconocimiento diplomático a gobiernos antidemocráticos nacidos de motines armados y no de comicios populares".

Esa política exterior de promoción y defensa de la democracia representativa y en contra de los regímenes dictatoriales, fuertemente impregnada del pensamiento internacional betancourista, no hubiese sido posible si en ese entonces no hubiese prevalecido un momento latinoamericano proclive a gobiernos y líderes democráticos pero, a la vez, lleno de conspiraciones y conjuras. En estas circunstancias, la defensa de la democracia y sus principios adquirió relevancia.

Tampoco esa conducta internacional se hubiese materializado si desde 1944 el gobierno de los Estados Unidos no hubiera replanteado sus relaciones con América Latina, optando por alejarse de los gobiernos dictatoriales y acercarse y propiciar los de carácter democrático. La acuciosa exploración de los informes de los funcionarios de la Embajada de los Estados Unidos en Caracas de ese entonces y, en particular, el del propio embajador Walter Donnelly, realizada por Simón Alberto Consalvi en su libro *Auge y Caída de Rómulo Gallegos*, pone de relieve no sólo las buenas relaciones entre los gobiernos de Betancourt y Gallegos con EE.UU., sino que los únicos que realmente manifestaron resistencia a los cambios y reformas de esos gobiernos fueron los militares venezolanos.

Es posible que algunos intereses petroleros norteamericanos estuvieran involucrados en la crisis, al vislumbrar mejores oportunidades con el régimen militar que luego impondría el general Marcos Pérez Jiménez. De hecho, las trasnacionales recibieron más de una “desagradable sorpresa” por algunas medidas y decisiones revolucionarias. Mas no hay evidencias de que el gobierno norteamericano haya colaborado con la caída de Gallegos a pesar de que él mismo hiciera la denuncia desde su destierro en Cuba en cuanto a que “una potencia extranjera” estuvo involucrada en el golpe. El relato anterior indica lo contrario, así como la opinión de la historiadora Margarita López Maya en su libro *EE.UU. en Venezuela: 1945-1948*. En suma, la Casa Blanca, el Departamento de Estado y la Embajada de EE.UU. en Venezuela fueron respetuosos del gobierno y proceso revolucionario del trienio.

“El exilio también es un arma de combate”

Nueve años y pocos días más se extendió el nuevo exilio betancourista. Esta vez bajo la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Un tercer y último destierro político que empezó el 23 de enero de 1949 cuando Betancourt logra salir a Washington vía Curazao, Jamaica y Cuba mediante un salvoconducto negociado por la embajada de Colombia en Caracas, en la que se había refugiado tras el golpe militar del 24 de noviembre de 1948.

El ostracismo forzoso finalizó el 9 de febrero de 1958, pocos días después de los eventos del 23 de enero que dieron finalmente al traste con la dictadura militar. Durante esta etapa de su vida, vivió (más bien peregrinó) entre Estados Unidos, Cuba, Costa Rica y Puerto Rico, y visitó Bolivia, Chile, Uruguay y México.

Desde todos esos países retomó, con la serena madurez que otorgan las experiencias vividas pero con la misma energía e ímpetu que le acompañaban desde su infancia, las actividades que ya había aprendido y emprendido durante sus dos anteriores exilios: escribir sin tregua sobre su angustia venezolana, sobre el destino latinoamericano y también acerca de un mundo más democrático y moderno; denunciar con resolución y coraje, donde fuera y donde estuviera, al régi-

men autoritario, así como conspirar con denuedo contra el nuevo dictador; dirigir, organizar y elaborar lineamientos estratégicos para su partido, para los otros exiliados de la dictadura y para la resistencia opositora que operaba clandestinamente en el país.

Ya conocemos cómo era y actuaba Betancourt. Sin embargo, repasar su dinamismo intelectual y político de estos años, no deja de impresionar una vez más. En octubre de 1953 cayó enfermo de stress y los médicos le recetaron reposo absoluto. Seguramente no fue la única oportunidad que durante este largo exilio cayó vencido por el agotamiento físico, aunque ese episodio fue el único que quedó registrado en las cartas de su archivo documental. No es de extrañar. Su trabajo era intenso en medio de estrecheces económicas y dolores de alma que padecía ante la muerte de cada compañero.

Cuando en ese mismo año murió su amigo de luchas Alberto Carnevali, le escribió estas sentidas líneas a su entonces amiga epistolar Renée Hartmann: “Te escribo en una de las horas peores de mi vida. Le he pedido a los compañeros que me dejen solo, y no quiero hablar ni pensar, sino estar conmigo mismo, rumiando esta áspera tristeza. Pero me he puesto a escribirte. Sé que fuiste para Alberto un remanso de ternura en su vida sentimental truncada. Que lo quisiste y te quiso. Por eso puedo hablar contigo a distancia, y consolarme yo un poco tratando de consolarte a ti. Tengo fama de duro, y acaso la necesidad de cumplir una tarea venezolana me impuso la obligación de serlo. Pero detrás de ese robot para la exportación hay un sentimental. Un poco como era Alberto. Y por eso te aseguro que cuanto pierden Venezuela y el Partido con su muerte se me desdibuja ante la idea de que he perdido a mi mejor amigo”.

Fue colosal la lucha política que Betancourt emprendió a través de su infatigable pluma durante el “decenio dictatorial”. Nuestro biografiado escribió incontables artículos periodísticos no sólo en órganos de su partido, sino en diarios y revistas de gran prestigio internacional. Resaltan sus colaboraciones en las revistas *Bohemia* de Cuba, *Cuadernos Americanos* de México, *The New Leader* de Estados Unidos, *Panora-*

ma Político de Chile, *La Epoca* de Argentina, y en los diarios *El Tiempo* de Colombia, *Democracia* de Argentina, y el *New York Times* estadounidense. Sus años de destierro dieron cuenta de varios folletos y ensayos: *Pensamiento y Acción*, *Venezuela ha vuelto a ser colonia*, *Venezuela factoría petrolera*, *La Conferencia de Caracas: hora crítica del interamericanismo*, y *Panamericanismo y Dictadura*, son algunos de ellos.

En las páginas en donde Betancourt dejó sus mayores desvelos venezolanos y americanos fue sin duda en su libro *Venezuela, Política y Petróleo*, que estuvo preparando al menos desde 1936 y, que, finalmente, fue publicado en noviembre de 1956 por el Fondo de Cultura Económica de México. Este texto fundamental del pensamiento contemporáneo venezolano ofrece el análisis político y económico que realizó de una de las etapas más importantes de la historia del país, la que va desde finales del siglo XIX cuando se inicia la explotación petrolera en Venezuela, hasta la década de los años 50, bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En este libro testimonial, en el que muestra sus condiciones de escritor sagaz, polémico, agudo, ilustrado, plasmó su pensamiento económico, político, social, internacional, y además recogió la historia y la doctrina de AD, en particular la experiencia gubernamental durante el Trienio Revolucionario.

Como buen analista político, también en su obra buscó entrever el futuro: ¿Hacia dónde va Venezuela? y ¿cómo hacer para lograr “una Venezuela libre dentro de una América justa”? eran interrogantes que no dejaría sin responder. En esta obra el tema de Venezuela como una factoría petrolera es fundamental. Partiendo de las líneas matrices de la política petrolera implementada entre 1945 y 1948, en estas páginas –que fueron producto de un fructífero intercambio de ideas con otros dirigentes y especialistas accióndemocratistas, y de manera muy especial con Juan Pablo Pérez Alfonzo–, Betancourt deja clara su posición con respecto a las concesionarias que explotaban el petróleo venezolano. Si bien son necesarias las inversiones de capital y sus conocimientos para el desarrollo de la industria nacional, el norte a largo plazo debe ser la nacionalización petrolera. En el entretanto, esas

empresas debían pagar más impuestos y el Estado venezolano debía asumir “el rol de productor, refinador y distribuidor de una parte del petróleo que se extraiga del subsuelo”.

Con el prestigio de tantos años de combate político a cuestas y en su condición de ex presidente de Venezuela, de igual modo como se dedicó a escribir, se empeñó en establecer y mantener contactos personales y epistolares con prominentes figuras, partidos políticos y grupos sociales. La lista es larga: José Figueres, Luis Muñoz Marín, Hernán Siles Suazo, Víctor Paz Estenssoro, Eduardo Santos, Eduardo Frei Montalva, Luis Alberto Sánchez, Arturo Frondisi, Frances Grant, Salvador Allende, Hugh Thomas, Arthur Schlesinger y altos dirigentes del partido Demócrata estadounidense, entre muchísimos otros, quienes pasaron a ser amigos y apoyaron, política y financieramente, a Betancourt y a AD en su lucha antidictatorial. A su vez, se solidarizó con las causas democráticas del hemisferio, con el movimiento cubano en contra de Fulgencio Batista; con la gestión de Luis Muñoz Marín, primer gobernador electo por el pueblo de Puerto Rico; con el gobierno de José Figueres en Costa Rica, y con la Revolución Boliviana. La relación de amistad y el apoyo brindado a “Pepe” Figueres le valió que se le acusara de intervenir en la política interna costarricense.

En el marco de la extensa labor internacional, en la que su tenacidad hizo milagros, resaltan sus numerosas conferencias, discursos y charlas. Durante su larga gira suramericana, entre abril y junio de 1953, fue orador ante los gobiernos y congresos de Bolivia, Chile y Uruguay, dictando conferencias en las principales universidades de esos países. Entre sus intervenciones en el extranjero, destacan las realizadas en Estados Unidos en la sede del movimiento sindical norteamericano AFL-CIO en Washington D.C., en The Carnegie International Center en Nueva York, y en las universidades de Nueva York, Stanford y Chicago.

Como si no fuera suficiente lo que hacía en aras de desprestigiar al régimen militar venezolano, así como en beneficio de la proyección de AD y de su propio liderazgo, adicionalmente se dedicó a hacer ges-

tiones y campañas personales ante gobiernos, cancillerías y organismos internacionales. Varios fueron sus contactos con el Departamento de Estado, con la OEA y en la Oficina Internacional del Trabajo. El fracaso de la Conferencia de la Comisión de Petróleo de la OIT en Caracas y el consiguiente escándalo internacional que culminó con el retiro de Venezuela de esa organización, se debió en gran parte a la influencia de Betancourt y del movimiento sindical de AD. Nuestro biografiado también fue pieza indispensable en la organización de la Conferencia Interamericana Pro-Democracia y Libertad celebrada en La Habana los días 12, 13 y 14 de mayo de 1950, que se centró en el tema de los derechos humanos. Él cuidó que esa conferencia tuviera respaldo institucional de los sectores liberales de Estados Unidos y de los gobiernos democráticos del continente.

No hace Betancourt en estos años concesiones a la desidia, la laxitud o al pesimismo. El periodista Miguel de los Santos Reyer lo diría de esta forma: "Rómulo trabaja día y noche. Es incansable. Aquí comienza la explicación de todas sus cualidades y también la explicación de todos sus ataques. Incluso la explicación de la soberbia". En la entrevista que le concediera para la revista *Bohemia* al cubano Raúl Roa, apenas iniciando su tercer exilio, durante una breve escala en La Habana vía a Nueva York, rodeado de su esposa, su hija, el poeta Andrés Bello y el escritor y político dominicano Juan Bosch, sentencia que el exilio es y debe ser sólo un paréntesis en la vida y otra "arma de combate". Le precisa al periodista los dos grandes deberes que él y su partido se plantean para el destierro: "dar a conocer a América lo acontecido en Venezuela y laborar intensamente por la liberación de nuestro pueblo". No fue casual que en esa entrevista Raúl Roa tildara a Betancourt como "El combatiente".

Ciertamente, el incansable combatiente que se adentró a su nueva pausa vital con 41 años recién cumplidos logró durante esos largos nueve años fuera del país consolidar a Acción Democrática y su propio liderazgo, a pesar de la dura resistencia y los avatares del destierro, y alcanzar un sólido prestigio internacional. Betancourt retornó

en 1958, no como un vencedor sino como un hombre persuadido de las enormes complejidades que se abrían al proceso democrático. Su condición de estadista venezolano y americano era indiscutible. Aun cuando AD continuaba siendo, luego de diez años de adversidad, la primera fuerza política venezolana, el panorama del 58 demandaba la mayor habilidad política que uno pueda imaginarse. Betancourt tejió y destejió, y con cautela y sagacidad terminó imponiendo su candidatura presidencial y su victoria contra todos los pronósticos en las elecciones de diciembre de 1958.

Pero el trabajo individual y colectivo para alcanzar tales victorias fue –como siempre ha sido bajo dictaduras– arduo, innumerables veces escabroso. Betancourt y sus compañeros, tanto los exiliados como los que hicieron posible la resistencia dentro de Venezuela desde la clandestinidad partidista y desde las cárceles de Guasina y tantas otras, tuvieron que enfrentar todas las etapas y hechos de dominación de un régimen mentiroso e inescrupuloso.

En un principio, entre finales de octubre y noviembre de 1948, muchos dentro y fuera de Venezuela creían aún en el carácter transitorio del nuevo gobierno. Invitados Rafael Caldera y Jóvito Villalba como secretarios generales de COPEI y URD respectivamente al despacho del teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud como presidente de la Junta Militar, se les garantizó que el “movimiento triunfante” no se orientaría a la instalación de una dictadura, y que pronto se realizarían elecciones transparentes en condiciones de igualdad. No había terminado Delgado Chalbaud de pronunciar estas palabras, cuando el gobierno militar iniciaba los pasos hacia la dictadura constitucional, y a la vuelta del tiempo el mismo teniente coronel pagaría con su vida lo que de algún modo se vinculó con intrigas y planes para hacerse del poder absoluto.

Las primeras medidas se orientaron al desconocimiento de la Constitución vigente al imponerse una fórmula de “dualidad constitucional”; la prohibición de asambleas sindicales y ciudadanas; la ilegalización y disolución de AD, así como la expulsión del país de sus más

conspicuos dirigentes. Al llegar a La Habana como exiliado, el 5 de diciembre del 48, Rómulo Gallegos confirmó que fue expulsado y que nunca había renunciado a la presidencia de Venezuela, como habían querido hacer ver internacionalmente los militares usurpadores.

Luego, en 1949, la Junta Militar aprieta el puño autoritario: dicta un decreto disolviendo la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) y expulsa del país a más dirigentes sindicales, estudiantiles y políticos de AD. En 1950 viene la ilegalización del Partido Comunista de Venezuela y la suspensión por tiempo indefinido de su diario *Tribuna Popular*. Después del asesinato de Delgado Chalbaud en noviembre de ese año que llevó a la reorganización del gabinete ejecutivo y a seleccionar a un civil, Germán Suárez Flamerich, como presidente de la Junta (ahora Junta de Gobierno) se incrementan las prisiones, persecuciones y torturas a los adversarios políticos. Fuese desde el campo de concentración de Guasina, en una isleta del Orinoco, o desde la Cárcel Modelo de Caracas, la prisión del Cerro del Obispo, y otras cárceles de las capitales del país, como la Cárcel de Ciudad Bolívar, donde los presos políticos pasaban de mil quinientos. En agosto de 1951 fue nombrado Pedro Estrada como director de la Seguridad Nacional. Es él quien garantiza la estabilidad del régimen militar, quien arma una red de espionaje y persecución a los miles de desterrados, quien lleva la tortura a sus más abismales extremos.

Las violaciones a los derechos humanos se acentúan en vísperas y tras las elecciones para la Asamblea Constituyente del 30 de noviembre de 1952, en las que se desconoce la victoria del partido opositor URD y se erige el coronel Marcos Pérez Jiménez como presidente provisional. Ese año da cuenta de brutales represiones y grandes tragedias para la oposición política. Poco antes de esos comicios, en el mismo mes que sale a la calle su libro *Venezuela bajo el régimen del terror*, mejor conocido como el *Libro Negro de la Dictadura*, es asesinado Leonardo Ruiz Pineda, quien hasta entonces ejercía la secretaría general de AD en la clandestinidad. Su muerte marca el inicio de una serie de asesinatos y detenciones de connotados líderes de la resistencia. Como

consecuencia del fraude electoral de 1952, que produce la detención y posterior expulsión del país de Jóvito Villalba y la plana mayor de URD, queda instalada en forma definitiva la “dictadura legalizada”, bendecida por la complicidad internacional de la Guerra Fría. Lo que vendría después serían meros formalismos y maniobras de disimulo.

Subyacente a la orden presidencial de 1953 de poner en libertad a cuatrocientos presos políticos, se encontraban las presiones internacionales. El encarcelamiento vino justo antes de la celebración de la X Conferencia Interamericana en Caracas, en marzo de 1954. No sólo presionaban los gobiernos democráticos, sino los *trusts* trasnacionales que ahora, como en los tiempos de Juan Vicente Gómez, se aprovechaban nuevamente del reparto gubernamental de concesiones petroleras. La *Memoria* del Ministerio de Minas e Hidrocarburos de 1953 registra que para ese año las compañías contaban con 6.000.000 de hectáreas de tierras en concesión. A partir de 1954 se les otorgó 840.000 más. Esto lo denunciarían con decisión Rómulo Betancourt y Juan Pablo Pérez Alfonzo desde sus respectivos destierros. Empero, bajo su fachada legal y al amparo de una nueva Constitución, la dictadura se consolidó y continuó con sus acciones vandálicas. En 1953 son asesinados el capitán Wilfrido Omaña y Antonio Pinto Salinas, mientras que en la Cárcel de San Juan de los Morros murió el dirigente Alberto Carnevali, uno de los políticos más admirados y queridos por Rómulo Betancourt.

A mediados de 1956, el descubrimiento de los archivos del aparato clandestino de AD determinó la prisión de más de 200 militantes partidistas. Aún durante las crisis políticas de 1957, el gobierno no cejó en sus violaciones a los derechos ciudadanos y en cercenar las libertades públicas. El 4 de noviembre de lo que sería su último año en el poder, violando la Constitución y la decisión del Congreso que en el mes de julio había fijado el 15 de diciembre como fecha de la elección presidencial para el período 1958-1963, Pérez Jiménez anunció el plebiscito que finalmente desbordó la paciencia de los venezolanos, y hasta de los militares, desencadenando los acontecimientos decisivos que finalizaron con el régimen dictatorial en enero de 1958.

Frente a todos estos hechos y sucesos del decenio dictatorial, Rómulo Betancourt respondió; no hubo episodio nacional que dejara de comentar y debatir. No importaba su vida azarosa, que estuviese perseguido en un país, que se encontrara asediado por insólitas maniobras y atentados, como el conocido episodio contra su vida del 18 de marzo de 1951 en La Habana o el conato de atentado de julio de 1953 en Costa Rica que lo hace esconderse y luego mudarse a San Juan de Puerto Rico. Tampoco importaban las penurias económicas, que fueron muchas, porque como le confesó con transparencia al cubano Roa en la entrevista citada al inicio de su destierro, Betancourt salió del poder como entró: pobre.

La dirección partidista la inició desde el mismo momento que se refugió en la sede de la Embajada colombiana el primero de diciembre de 1948. Desde allí envió memorandos a los diversos dirigentes de AD que permanecían en libertad. Les aseguraba que el gobierno de *facto* terminaría en descomposición. La dictadura duró mucho más de lo previsto por Betancourt, sin duda, pero cayó como él siempre lo había pronosticado y tantas veces insistido a sus compañeros, tal vez como necesario acicate para persistir en la lucha. Durante todo el tiempo que estuvo exiliado trabajó tanto en la organización y desarrollo de "la resistencia" de AD dentro de Venezuela, como en la estructuración de la rama partidista en el exilio, la cual logró conformar un comité directivo y varios grupos de militantes en diversos países americanos y europeos.

Bajo las directrices del CEN de AD, considerado siempre el comando supremo del partido, el centro coordinador del aparato externo de AD —la mayoría del tiempo también dirigido por Rómulo Betancourt— tuvo varios nombres y sedes. Nació en La Habana en 1949 con el nombre de "Comité de Cuba"; luego, en agosto de ese mismo año, se le denominó "Comité Central Exterior" y su sede se mudó, junto con Betancourt, a Washington D.C. Así se seguiría llamando hasta 1951, aunque su domicilio volvió a Cuba al regresar Betancourt a vivir en ese país en 1950. Entre 1951 y 1957 se le denominó "el Comité Coordinador de las Acti-

vidades de Acción Democrática en el Exterior”, el famoso “CC”, y funcionó básicamente en Costa Rica donde también estaba domiciliado Betancourt en ese momento. Como vemos, la vida de Betancourt y del CC fueron inseparables.

En su labor *vis a vis* la resistencia partidista, el presidente de AD trabajó mano a mano con el CEN clandestino y, en particular, con sus diversos secretarios generales que se fueron sucediendo entre 1949 y 1958: Luis Augusto Dubuc, Octavio Lepage, Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Eligio Anzola, Rigoberto Henríquez Vera, Héctor Vargas Acosta, Pedro Felipe Ledezma y Simón Sáez Mérida. Con ellos y también con los compañeros en el exilio, Betancourt entabló una correspondencia epistolar permanente a través de la cual impartió órdenes y sugerencias, compartió opiniones, confabulaciones, conspiraciones y de igual modo, graves tragedias. Sus numerosísimas cartas y mensajes fueron escritos en la misma forma que imperaba en la compleja red comunicacional de la AD clandestina y en el exilio, es decir, en lenguaje críptico, lleno de seudónimos y apodos. Pedro, Álvarez y Roca eran los seudónimos más conocidos de Betancourt.

En el segundo Boletín Interno de Acción Democrática, fechado el 9 de febrero de 1949 en La Habana, se sentaron las bases del funcionamiento y el plan de acción de AD en sus dos vertientes, dentro y fuera de Venezuela, para todo el período, aunque se dieron algunas modificaciones al Estatuto Orgánico de la fracción exterior de AD en la “Conferencia de Exiliados” realizada entre enero y febrero de 1957. Pero ya desde ese Boletín del 49, la *manu militari* y disciplinada de Betancourt como máximo jefe del partido, salta a la vista.

La primera disposición establece sin reserva alguna que “Acción Democrática funcionará como partido clandestino hasta volver a la legalidad y a la recuperación del poder”; que de acuerdo a las circunstancias, la organización vertical, ejecutiva, debía sustituir al sistema deliberante, de democracia interna, que había sido característica del partido legal; que el comando del partido lo continuará ejerciendo el CEN con residencia en Venezuela y que el comando exterior lo ejerce-

rá el Comité de Cuba, el cual mantendrá estrecha vinculación con el CEN, con los demás dirigentes exiliados en otros países y con el Presidente del Partido.

En ese Boletín también se dispone que el partido debe emprender sin desmayos, a pesar de todos los obstáculos, la labor de capacitar sus propias filas, de orientar a las masas populares. Esta etapa considerada como “accidente histórico”, como un breve paréntesis ya que “no es posible que se pueda gobernar a Venezuela sin Acción Democrática”, debía ser aprovechada para condensar en folletos, en tesis, en libros, la doctrina elaborada por el partido en su lucha incesante por la democracia popular venezolana. Además, el partido debía crear “su aparato de propaganda, de ataque y de defensa, y mantener viva polémica entre la tesis y las imputaciones de nuestros enemigos”. Eran indispensables las movilizaciones de calle, los mítines, los encuentros diplomáticos, junto a la difusión permanente de informaciones y denuncias a través de todos los medios de comunicación posibles y en órganos periodísticos de AD: *Acción Democrática, Resistencia, Venezuela Democrática, Informaciones Venezolanas*.

Los contenidos y formas de estas directrices fueron cambiando con la dinámica de la lucha interna y externa, y no dejaron de producir algunas resistencias y malentendidos intra partidista. Pero en esencia las mismas prevalecieron a lo largo de todo el decenio. Junto a esas instrucciones, en las miles de cartas enviadas por y para Betancourt se encuentran lineamientos referentes a la colaboración de AD con acciones conspirativas militares y civiles para derrocar a Pérez Jiménez, y con relación a alianzas, acuerdos y formación de bloques unitarios con otros partidos opositores.

Sobran los documentos que demuestran que Betancourt no sólo estaba al tanto, sino que apoyaba y estimulaba las acciones conspirativas de AD para el derrocamiento de la Junta Militar, primero, y del dictador Pérez Jiménez, después. No obstante, siempre lo hizo desde una posición realista y precavida. En una carta que le dirigió al CEN el 25 de octubre de 1950, alertaba a sus compañeros de la resistencia a

tener cuidado con los “socios” (militares y civiles) y los conminaba a no descuidar nunca la labor propia del partido, en particular la agitación de masas.

Por otro lado, en el tema de las alianzas y acuerdos, la línea de Betancourt fue de apertura y flexibilidad. La experiencia del trienio, con sus costosos sectarismos, lo llevaron a convertirse en uno de los voceros más activos dentro de AD de la idea de formar un frente partidista de oposición con partidos afines, y de pactar con ellos el sistema democrático que habría de instalarse en Venezuela una vez derrocada la dictadura. De allí los diversos intentos pactistas con COPEI y URD en esos años, y las reuniones de diciembre de 1957 en Nueva York entre Rafael Caldera, Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt con el fin de crear una acción unitaria frente a la coyuntura electoral. Estos contactos han sido considerados por los historiadores como el principal antecedente del “Pacto de Punto Fijo”, firmado en octubre de 1958 entre Acción Democrática, COPEI y Unión Republicana Democrática en la quinta “Puntofijo”, casa de habitación de Rafael Caldera. En todo caso, cuando los tres se reunieron en Nueva York ya tenían conciencia de que no debían intentar cada uno por su lado la reconquista de la estabilidad democrática, ni menos aún darle el visto bueno al canibalismo político que condujo al naufragio del gobierno del presidente Rómulo Gallegos.

Betancourt, quien siempre se mantuvo firme en su posición de no propiciar contactos ni alianzas con el Partido Comunista, a la final cedió ante la inminencia, a inicios de junio de 1957, de la conformación de la “Junta Patriótica” entre el PCV y URD, con el propósito de “luchar por el respeto a la Constitución nacional, contra la reelección de Pérez Jiménez, por la celebración de elecciones libres y por el establecimiento de un gobierno democrático”. El día 14 de junio se integra AD a la Junta Patriótica. Junto a Fabricio Ojeda de URD, Guillermo García Ponce del PCV y Enrique Aristiguieta Gramcko de COPEI, Silvestre Ortiz Bucarán pasa a formar parte de la directiva de la Junta en representación de AD.

Sin embargo, en un memorando para el CEN de fecha 27 de enero de 1958, apenas días después de la huida del dictador Pérez Jiménez en su “vaca sagrada” rumbo a República Dominicana, Betancourt alienta a sus compañeros a dar los pasos necesarios para que cese la Junta Patriótica y para separarse del Partido Comunista. En su opinión, desaparecido el objetivo común de derrocar la dictadura, se debía continuar con la línea definida por AD en todas sus convenciones de casi diez años, y ratificada en la “Convención de Exiliados” realizada en Puerto Rico en enero de 1957: “Acción Democrática no hace alianzas políticas permanentes con el Partido Comunista”.

Vuelta a la contienda, y **al poder**

Es desde todo punto de vista cierto que después de la jornada colectiva cívico-militar del 23 de enero de 1958 y la instalación del gobierno provisional del Contraalmirante Wolfgang Larrazabal, los acciondemocratistas no volvieron a suscribir alianzas permanentes con los comunistas venezolanos. Sin embargo no se enfrentaron a ellos en un momento de peligro permanente para la nueva Junta de Gobierno y para la democracia tan costosamente obtenida. Era obvio que los militares perezjimenistas no se quedarían tranquilos, como en efecto sucedió.

La primera conjura contra Larrazábal se dio en el mes de julio por el Ministro de la Defensa, general Jesús María Castro León. Cuarenta y cinco días después de este intento, en septiembre, estalla otro movimiento conspirativo, uno de los más sangrientos. De modo que hubiese sido una real sandez política oponerse en forma pública y notoria a quienes fueron actores de primer orden en la resistencia y en la caída de la dictadura, durante un trance tan decisivo para alcanzar el objetivo político fundamental y común de llevar a cabo unas elecciones generales, libres y transparentes. No obstante, con la cautela del caso, Betancourt y AD marcaron distancia de los comunistas. De la firma del Pacto de Punto Fijo el 31 de octubre del 58 quedó excluido el PCV.

El distanciamiento con los comunistas y su renuencia frente a una candidatura única para Presidente de la República, no impidió, empero, que Rómulo Betancourt profundizara la línea de diálogo, apertura y flexibilidad que inició desde el exilio frente a los otros partidos y opositores políticos. Desde el mismo día de su regreso al país, el 9 de febrero, dejó claro en su efusivo discurso de la plaza Diego Ibarra que la prioridad nacional –y la de su partido– debía ser la colaboración entre todos los venezolanos en la empresa de lograr la estabilización del régimen provisional. “Regreso a mi Patria con la convicción de una tregua política” afirmó, al tiempo que ofrecía su apoyo a la Junta de Gobierno.

La propuesta de Betancourt, porque de él nació y él fue su principal promotor, de firmar el Pacto de Punto Fijo, de igual manera se enmarca en su preexistente posición de apertura a la negociación y a las alianzas políticas. Para Manuel Caballero, en su biografía *Rómulo Betancourt, político de nación*, ese fue “uno de los pactos más inteligentes, importantes y duraderos de toda su carrera política (se refiere a la de Betancourt) y de toda la historia de Venezuela”. El Pacto fue más allá de un frente único en contra del golpismo y de un acuerdo de gobernabilidad post-elecciones que hizo posible la preservación del gobierno que se inició en febrero de 1959, y los siguientes. Con ese pacto se logró sentar las bases y las reglas de juego del sistema populista de conciliación de élites –así denominado por el politólogo Juan Carlos Rey– que le dio estabilidad y vida democrática permanente a Venezuela por un periodo sin precedentes de cuarenta años, 1959-1999.

Los diálogos y alianzas políticas las realizaría, no obstante, con discreción, en estricto bajo perfil. No quería Betancourt llamar en extremo la atención pública y por ende revolver conflictos pasados y viejas animadversiones. Con razones y sin razones, eran muchos los duelos políticos acumulados desde, al menos, su primer gobierno de 1945. Su liderazgo y personalidad política se caracterizaron siempre por levantar pasiones, amores y odios; también envidias. Y, quizás, temor. Sí, temor, no sólo entre sus contendores políticos, sino también entre

algunos sectores socioeconómicos del país y los inversionistas extranjeros que aún pensaban que su retorno al poder podría poner nuevamente en peligro sus intereses.

La desconfianza se prolongó, por más que Betancourt dedicó buena parte de sus largos años de exilio a explicar que ni él ni su proyecto ni su partido eran comunistas, y que sus luchas se enmarcaban dentro del socialismo democrático. El problema era que esto tampoco los seducía y lo veían aún más peligroso por su viabilidad. Betancourt prefirió por aquel tiempo dedicarse discretamente a la otra apremiante tarea que tenía entre ceja y ceja desde los últimos años de exilio, la de reconstruir los cuadros de AD en todo el país. Porque si bien su partido era la primera fuerza nacional, los avatares de la resistencia y del exilio habían mermado su contingente de militantes. La maquinaria partidista necesitaba ponerse a tono con la nueva etapa nacional y prepararse para las elecciones de diciembre de 1958.

Acción Democrática tenía que organizarse para el lanzamiento de su candidatura, porque Betancourt estaba decidido a echarse de nuevo al ruedo, aunque esta determinación no la hizo explícita sino hasta poco antes de los comicios. Era lógico el ocultamiento de sus deseos. No sólo se trataba de evitar las resistencias externas, sino las internas que amenazaban con inconvenientes fraccionalismos. Pese a que él retomó la presidencia de AD al llegar al país, dentro del partido se le oponía un grupo de jóvenes de tendencias ideológicas más radicales y marxistas; aquél que había tomado control del CEN clandestino en el último año de la dictadura.

Pero ya cuando tuvo lugar la celebración de la IX Convención Nacional de AD en el mes de agosto, y de los diecisiete años de esa organización el 13 de septiembre, era claro el control que ejercía Betancourt sobre AD. A su candidatura se plegaron los dirigentes ultraizquierdistas que abogaban por un candidato independiente; ella fue apoyada mayoritariamente por las bases del partido. El ex presidente Rómulo Gallegos fue uno de los oradores en la presentación de la candidatura de Betancourt por el Pleno Juvenil Nacional de AD, celebrado en el

Teatro Boyacá el 21 de noviembre de 1959. Las palabras del maestro Gallegos muestran su complacencia con la candidatura de su otrora discípulo del Liceo Caracas: "En el Nuevo Circo de esta ciudad donde inicié mi campaña hace 10 años, dije que yo deseaba ser, que yo aspiraba a ser el Presidente de la Concordia Nacional. Eso no pudo ser entonces por propias y ajenas culpas, no importa que vengan parejas si con los escarmientos de todos podemos acumular acierto y eficacia para la experiencia de hoy. Yo confío en el triunfo de Rómulo Betancourt. Yo tengo puesta inquebrantable fe en el talento político y en su rectitud moral. Y le entrego esa confianza y esa esperanza en este deseo que formularé en presencia de él: qué tú seas, que tú logres ser el Presidente de la Concordia venezolana!"

Igual que ocurrió tantas veces antes en su vida, el febril trabajo de reorganización que entonces emprendió Betancourt, evitando esta vez innecesarios sectarismos y prepotencias, le rindió inmediatos y buenos frutos. Este minucioso trabajo, junto a la actividad proselitista emprendida por todo el territorio nacional, le aseguró el triunfo electoral del 7 de diciembre. A pocos días de cumplir 51 años llega de nuevo a la presidencia, esta vez no provisional, sino constitucional. Obtuvo la victoria con una votación de 1.284.092 sufragios, con un 49,18% de los votos emitidos para presidente. Ya presidente electo, vino a Venezuela Fidel Castro en medio de una gran euforia. Fue a visitar a Betancourt en su residencia de la carretera vieja de Baruta. No hubo empatía. Betancourt fue el único que no se equivocó con el líder cubano.

Con el poder nuevamente en las manos, los retos para Betancourt se multiplicaron. Su partido, su gobierno, el proyecto socialdemócrata (aunque él siempre rehusó calificarlo como tal) que empezó a diseñar desde 1931 con su Plan de Barranquilla, la democracia representativa recién instaurada y hasta su integridad física, estuvieron permanentemente asediados durante los cinco años que se mantuvo dirigiendo al país desde el Palacio de Miraflores. Por supuesto, no fue sólo la excepcional intuición, la sagacidad y el coraje político de Betancourt lo que lo hizo salir airoso de la mayoría de los desafíos enfrentados, y lo que

le permitió entregar la banda presidencial a uno de sus “hermanitos” de la época garibaldina, su gran compañero partidista de siempre, Raúl Leoni. Un hombre solo, por más cualidades y habilidades de liderazgo que tenga, no puede con el peso de una gestión gubernamental, menos de aquella, la primera luego de diez años de dictadura. Pero no creo exagerado afirmar que esas capacidades políticas y el denodado compromiso de Betancourt con la tarea que tenía en sus manos fueron indispensables para la supervivencia individual, partidista y colectiva.

El Dr. Ramón J. Velásquez, quien para ese período gubernamental se desempeñaba como secretario general de la Presidencia, cuenta una anécdota reveladora de la capacidad de previsión y astucia de Betancourt en el manejo de la política. Le solicitó en una oportunidad el Presidente a su secretario general que le hiciera saber a su canciller que sólo frecuentaría las recepciones de tres embajadas, la de Estados Unidos, la de Colombia y a la de la Santa Sede. Por tanto no podía faltar el Ministro de Relaciones Exteriores a ninguna de las otras y que, si le era posible, fuera acompañado de otros miembros del gabinete. Bien conocía el nuevo Presidente el ajedrez de la política internacional.

El gobierno de Betancourt trascurrió sorteando obstáculos, navegando entre duras realidades socioeconómicas y fuertes conflictos políticos nacionales e internacionales. Desde sus inicios, se sucedieron brotes de violencia callejera, huelgas laborales y conjuras golpistas, tales como el Carupanazo, el Portañazo y el Barcelonazo. Hasta intentos de magnicidio presidencial, apoyados por dictadores extranjeros, se dieron a lo largo de ese tumultuoso quinquenio constitucional.

El brutal atentado terrorista del 24 de junio de 1960 cuando el presidente Betancourt viajaba en su vehículo oficial rumbo al paseo de Los Ilustres con motivo de celebrarse el aniversario de la batalla de Carabobo, fue financiado y dirigido por el dictador Rafael Leonidas Trujillo de República Dominicana. Por cierto, lo que más impresiona de este ataque, cuyo poder explosivo dejó muerto a su edecán, malheri-

dos a quienes lo acompañaban y destrozado el auto presidencial, no fue que él saliera con vida sino que con las manos recién vendadas por las quemaduras sufridas y aún aturdido por el dolor y la impresión, se enfrentara con entereza y coraje a la opinión pública (y a sus adversarios). También con su humor característico; ni siquiera en ese momento trágico de su vida dejó de apelar al humor negro: “Soy un Quasimodo dinamitado”, dijo de sí mismo al ver su rostro deforme a causa de las quemaduras.

En alocución radial y televisiva, desde el Palacio de Miraflores, al día siguiente de haber llegado del Hospital Militar, Betancourt impresionó a toda Venezuela con estas emotivas pero firmes palabras: “Quiero decirle al pueblo de Venezuela que debe tener confianza en la estabilidad del gobierno y en la decisión del presidente que él eligió para cumplir su mandato, como he venido diciendo y hoy reitero, hasta el 19 de abril de 1964”. Mientras el presidente le hablaba a la nación, le sangraban los labios y le martillaban los oídos.

La cruenta lucha guerrillera venezolana orientada y financiada por Fidel Castro en el marco de su estrategia de exportación comunista y estímulo a la subversión continental, también mantuvieron desde 1961 al gobierno de Betancourt en constante actitud defensiva. A esto se suma el hecho de que el panorama internacional que le rodeó era el de la Guerra Fría, que en la región latinoamericana alcanzó niveles altamente conflictivos por el enfrentamiento entre Estados Unidos y Cuba. Asimismo, durante la gestión betancourista imperó un conflictivo clima político nacional por las pugnas y desavenencias entre los partidos AD, COPEI y URD, pese al pacto que se logró armar entre ellos en 1958. URD se retiró de la coalición en 1960.

Tampoco estuvo exenta su administración de conflictos dentro del partido oficialista. En 1960 y 1961, los sectores más radicalizados produjeron las primeras divisiones de Acción Democrática, dando origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y al Grupo ARS comandado por Raúl Ramos Jiménez. El MIR pasó casi de inmediato a la lucha armada junto al Partido Comunista. De nuevo, mano derecha y

firme, mano izquierda y flexible, hubo de conjuntar Rómulo Betancourt frente a tales desafíos. También tuvo que echar mano de su carisma y ascendencia política, así como de su amplio bagaje sobre la idiosincrasia venezolana y latinoamericana. A todo recurrió para tratar de salir airoso de las situaciones que lo mantuvieron en jaque.

La problemática política y la recesión económica nacional lo llevaron a tomar algunas decisiones drásticas que suscitaron polémicas. Durante su gestión se mantuvieron suspendidas las garantías constitucionales, se prohibieron las manifestaciones públicas sin autorización, hubo represión política a los grupos insurgentes, y se tomaron medidas económicas de emergencia. De estas últimas destacan la política de control de cambios, la rebaja de un 10% del sueldo de los empleados públicos y la devaluación del bolívar.

Las amenazas golpistas de sus adversarios internos, como de los externos, lo condujeron a poner en práctica con mayor rigor que el empleado durante su primer gobierno, el instrumento diplomático de rompimiento de relaciones bilaterales y no-reconocimiento a gobiernos de *facto* latinoamericanos que llegaran al poder a través de un golpe de Estado. Bajo el paraguas de la “Doctrina Betancourt” entre 1959 y 1964, Venezuela mantuvo aislada a la Cuba revolucionaria y a los regímenes autoritarios que en esos años tomaron por asalto el poder en Argentina, Perú, Guatemala, Haití, Ecuador, República Dominicana y Honduras. A pesar de que con esta política principista no se logró disuadir los golpes de Estado y pese a sus relativos efectos de aislamiento regional, la Doctrina Betancourt sí contribuyó a que el gobierno defendiera con mayor respaldo interno y externo el sistema político recién instaurado y estableciera alianzas con otras democracias regionales en pro de la democratización y paz regional.

Los empeños de Betancourt como Presidente de la República no sólo tuvieron carácter defensivo. Sus bregas gubernamentales se dirigieron con igual dedicación a la reconstrucción del modelo de democracia representativa, pluralista, policlasista, populista, capitalista de Estado que bajo el rótulo de “Revolución Democrática” se intentó en-

tre 1945 y 1948, así como a la consolidación del proyecto político, económico y social que en acuerdo de todos los sectores del país quedó plasmado en la Constitución de 1961. También sus desvelos se orientaron al objetivo explícito de proyectar a Venezuela como líder democrático regional.

Para el logro de sus propósitos formó un equipo gubernamental pluralista, no sectario en esta ocasión, con profesionales de primera línea, que se distinguió por un manejo responsable y honesto de la administración y bienes del aparato estatal. La disciplina de horarios y reuniones impuesta por Betancourt en su gabinete era tan férrea como la que se autoimponía él. Pero, como estadista inteligente, era abierto y democrático. Cuentan que era característica de Betancourt en las reuniones del gabinete escuchar *in extenso* las opiniones de sus colaboradores. Siempre buscaba el mayor consenso. Con ellos, y manteniendo un diálogo permanente con los sindicatos, los empresarios, los militares y la Iglesia a fin de lograr apoyos a la labor oficial, se diseñó el primer Plan de la Nación y se desarrollaron políticas públicas de gran impacto. Betancourt siempre decía que gobernar era dialogar. “Nos anima una concepción filosófica democrática de la función de gobernar, no sucumbimos al ensimismamiento ególatra ni a la autosuficiencia burocrática”, afirmó en 1959. Y ello lo cumplió en su segundo mandato. Dedicaba las mañanas a reuniones de trabajo, las tardes a audiencias, las noches a leer y escribir. Los lunes recibía en su despacho al comando de AD y luego lo dedicaba enteramente a su gabinete; los martes se reunía con los jefes de los diversos partidos políticos; el miércoles con los dirigentes sindicales y empresariales; el jueves, todo el día, era para el sector militar, y los viernes estaban reservados para sus viajes al interior del país.

En el área político-administrativa, además de la promulgación de la nueva Constitución, que fue reconocida como una de las más progresistas de América Latina para ese entonces y de formalizar el juego político partidista, se emprende la reorganización de la administración pública, se crea la Oficina Central de Personal (OCP) con el fin de

regular la política del gobierno en torno a la carrera de los funcionarios públicos. En materia económica, se hizo énfasis en la reforma agraria; en la política de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones y en el desarrollo de la industria petrolera con la creación de la Corporación Venezolana del Petróleo (CVP) y de la OPEP. En política exterior, junto a la política petrolera y a la defensa de la democracia venezolana y regional, destacan las acciones orientadas al fortalecimiento del sistema interamericano y organismos internacionales como la ONU, la OEA y el grupo de los 77, y la afirmación de los principios de no intervención, soberanía y franco repudio a toda forma de colonialismo.

Las políticas sociales y educativas fueron pilares de la gestión betancourista, al igual que cuando la experiencia del trienio revolucionario (1945-1948). Pero a diferencia de esos años se buscó una educación más amplia, abierta, y crítica, aunque no “colorizada” por los planteamientos y doctrinas de un partido político determinado. Se sentaron las bases en su quinquenio para elevar el sistema educacional al cubrir, como lo lograría en la década de los 70, el 90% de la población infantil y la tercera parte de la población nacional. Se crearon más de 3000 escuelas primarias y 200 liceos.

El conjunto de las políticas del primer gobierno de Punto Fijo fueron decisivas para alcanzar una relativa estabilidad y gobernabilidad política, junto a una recuperación económica. Para diciembre de 1963, el presidente del Banco Central de Venezuela, Alfredo Machado Gómez, declaraba que la economía nacional había superado la marca de los años precedentes en cuanto a cifras positivas de recuperación y que la tasa de crecimiento económico se situaba entre el 4 y 5%.

Recordemos que el gobierno de Betancourt fue el primero, el fundacional, de un proyecto democrático de largo alcance. Es decir, le tocó iniciar la senda de hacer coincidir, lo más fielmente posible, sus ideales, intereses y objetivos estratégicos gubernamentales y partidistas con los fines y principios establecidos en la Carta Magna, y

también con aquellos incluidos en la carta de la Organización de Estados Americanos.

Imposible dar cuenta acá de todo lo hecho en los cinco años de su período constitucional, durante una gestión realizada en medio de tantos trastornos públicos. Baste apuntar que el balance dejado para la posteridad por la mayoría de especialistas y analistas de disciplinas y toldas políticas diversas, incluso por parte de acérrimos oponentes, ha sido positivo. Hay consenso historiográfico en torno a que los logros alcanzados por Betancourt para el interés venezolano, de Acción Democrática y de su propio liderazgo político, superaron los reveses y fracasos que, como es lógico, también signaron su gobierno. El mismo Rómulo reconoció al entregarle el 11 de marzo de 1964 la banda presidencial a Raúl Leoni que “Se podrá decir que he cometido muchos errores y desaciertos en mi gestión de Presidente, porque la infalibilidad y la aptitud para acertar siempre no son virtudes que se hayan dado nunca en ningún ser humano”. Pero añadiendo de inmediato que “Venezuela reconocerá –estoy seguro de ello, porque tengo dominio de mis convicciones– cómo durante los años en que cumplí mi mandato ... actué con empeño creador, con fe si se quiere fanatizada, por la gloria de Venezuela y la felicidad de su pueblo”.

El vaticinio fue cumplido. De otra manera el sistema democrático representativo, con todo y sus vaivenes históricos y sus errores de política, no se hubiese asentado en Venezuela por cuatro décadas consecutivas. Si no hubiese imperado el éxito en su gobierno, ni AD ni otro presidente socialdemócrata, Raúl Leoni, se habrían impuesto en las elecciones de diciembre de 1963 con 957.574 de los votos, es decir, con el 32,80% de los sufragios válidos, y con un nivel de abstención del 10% del total de votantes inscritos. Tampoco la imagen y prestigio de Betancourt, dentro y fuera de las fronteras nacionales, se hubiera mantenido incólume hasta su muerte en 1981. Así de simple.

Del abundante acopio de reconocimientos y elogios que consolidaron su reputación al salir de su segunda responsabilidad de gobierno, conviene registrar las de dos estadounidenses prominentes. El presi-

dente John F. Kennedy le dijo, personalmente, en 1963: “Usted representa todo cuanto nosotros admiramos de un líder político. Su liberal conducción de su país, su persistente determinación de hacer mejor la vida de su pueblo, su larga lucha por el gobierno democrático, no sólo en su país sino en toda el área del Caribe, su compañerismo con los demás dirigentes liberales progresistas del hemisferio: todo esto ha hecho de usted para nosotros un símbolo de lo que deseamos para nuestro país y para nuestras repúblicas hermanas”.

Por otra parte, la opinión de uno de los estudiosos más afamados de la historia norteamericana, el historiador de la era de Roosevelt y asesor del propio Kennedy, Arthur Schlesinger, no se quedó atrás. El catedrático de Harvard sentenció en 1995: “La historia incuestionable mirará la presidencia de Rómulo Betancourt en Venezuela como una piedra miliar en la larga faena de la democracia en las Américas (...) Él no sólo defendió e hizo avanzar la idea de la democracia: en grado notable la personifica. Su coraje, su realismo, su punzante humor, su callada fe en el pueblo se juntan a un profundo sentido de su misión, a un vivo instinto de poder y a una inalterable consagración a la libertad”.

Alentado por reconocimientos y distinciones nacionales o extranjeras, satisfecho de la obra realizada, y además con amores renovados –lo acompañaba la que pronto se convertiría en su nueva esposa, la psiquiatra y también compañera inteligente y leal de luchas políticas, Renné Hartmann–, Rómulo Betancourt levantó nuevamente vuelo hacia otras tierras. Está vez no salía de su patria bajo obligación inexcusable; partía libremente; el viaje era de descanso. Su salida fue a los pocos días de haber hecho entrega formal de la presidencia, en el mismo mes de abril de 1964. Emprendía un largo viaje de ocho años; ahora contaba con 56 años de edad.

El retiro en la plenitud

Las peripecias del viajero empezaron en Estados Unidos, siguieron por los países asiáticos, el norte de África y finalizaron en Europa. En su estadía estadounidense pasó por Nueva York, Boston, California y Washington donde recibió homenajes, le otorgaron títulos de doctor Honoris Causa y dictó charlas y cursos. Ya instalado en el viejo continente, donde tomó residencia primero en Nápoles y, posteriormente, en Berna, Suiza, contrajo matrimonio con Renné Hartmann, en 1968.

En Europa vivió modestamente, de los ingresos que le proporcionaba su trabajo periodístico y su pensión como ex presidente. Porque, de nuevo, de la jefatura de Venezuela salió como entró: pobre, igual que en su primer gobierno. Varios años después, ya de regreso al país, sus compañeros de partido le regalaron una casa para su vivienda, la Quinta Pacairigua, hoy sede de la Fundación Rómulo Betancourt. Una casa modesta.

Aprovechó esta larga estadía europea para internarse de nuevo en la lectura, en la reflexión intelectual y, por supuesto, en la escritura. Su libro, *El 18 de octubre de 1945*, fue publicado en 1967. Sin embargo, su alejamiento no lo despreocupó de la política venezolana, de los altibajos de AD y del gobierno de Raúl Leoni. Se escribía permanente-

mente con sus compañeros partidistas y enviaba consejos y sugerencias, aunque cuidándose de no interferir en el gobierno de Leoni. Eran amigos fraternales, pero entendían ambos los límites de cada uno.

La crisis de AD en 1967, que produjo el nacimiento del Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), fue lo que trajo de regreso a Betancourt de su exilio en Berna para tratar de “poner orden” en el partido. En las elecciones internas, se impuso la candidatura presidencial de Gonzalo Barrios (con la venia de Romulo Betancourt) sobre la del dirigente Jesús Ángel Paz Galarraga, motorizada ésta por el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa. Ello condujo a la salida del partido de Prieto y Paz Galarraga, dirigentes históricos de la organización. Tras ellos se fue buena parte de la militancia, incluyendo a la mayor parte del magisterio. Para Betancourt la ruptura con Prieto fue extremadamente dolorosa porque entre ambos había una larga y fraternal amistad. Como pocos valoraba Betancourt la figura del gran maestro como líder popular.

La precaria situación en la que quedó el partido tras este nuevo desmembramiento, junto a la persistencia de enconados conflictos internos, hizo que Betancourt se quedara en Venezuela para las elecciones presidenciales de 1968. A pesar de su esfuerzo y contribución personal para levantar el partido, AD perdió el gobierno y resultó ganador su principal contendor político, COPEI, y su líder máximo Rafael Caldera. Volvió Betancourt a Europa en 1969 y de allí continuó observando la situación del país y de su partido.

Su regreso definitivo a Caracas se dio en marzo de 1972, un año antes de las elecciones de 1973. El 20 de julio de ese año, después de meses de silencio y ante los rumores de una posible candidatura presidencial suya, convocó una rueda de prensa para reafirmar lo dicho en 1968, es decir, que no volvería a aspirar a la primera magistratura, pues consideraba que podía ser útil a la nación desde la posición histórica que había alcanzado: “Estoy conciente de que cumpliré mejor y con mayor eficacia al actuar como factor de conciliación y de armonía entre los venezolanos y de apoyo a sus libres instituciones democráticas en la medida en que deje de ser un personaje controversial y pro-

clive a la sospecha de ambiciones políticas nuevas". También se negaba "rotunda y categóricamente" a regir nuevamente los destinos del país porque "hay que darles ocasión de ejercer la primera magistratura, con todo lo que comporta de responsabilidad y de satisfacción, a otros venezolanos".

Esta reafirmación abrió la contienda por la candidatura presidencial de AD. En un principio, Betancourt fue proclive a la postulación de Gonzalo Barrios pero ante la mayoritaria votación que Carlos Andrés Pérez obtuvo en la Convención Nacional de AD, apoyó y trabajó por esta última. Un año más tarde, Pérez triunfa en las elecciones presidenciales. No tardaría mucho Betancourt en manifestar su descontento con quien fue su secretario privado durante los años de la Junta Revolucionaria y uno de sus ministros de Relaciones Interiores en el período 1959-1964.

La manera con que Pérez comenzó a conducirse, una política internacional de acercamiento a Fidel Castro y a ciertos dictadores de derecha, sumado a los continuos escándalos de corrupción pública y el clientelismo y la burocratización del partido, provocó el rechazo de Betancourt. Acérrimo combatiente del envilecimiento público, en estos años se sumergió en una campaña ética contra la corrupción dentro y fuera de Acción Democrática. Este conflicto entre Betancourt y Pérez se reflejó en la campaña electoral presidencial de 1978. En las primarias de AD de 1977, el primero apoyó la candidatura presidencial de Luis Piñerúa Ordaz, mientras Pérez aupaba la de Jaime Lusinchí. Piñerúa logró la nominación de su partido, pero fue derrotado por Luis Herrera Campíns, candidato de la democracia cristiana. Las discordias eran evidentes, en tanto que sus frutos, fatales para Acción Democrática.

Podrán atribuírsele a Rómulo Betancourt muchos defectos y errores políticos según la óptica ideológica y la tolda política desde la cual se le juzgue. Pero hay aquiescencia en algo: se distinguió por haber sido uno de los políticos más honestos y de los gobernantes más probos de toda la historia venezolana, hasta el momento de escribir estas líneas.

Al tema de la corrupción le dedicó largas reflexiones en las páginas de *Venezuela, política y petróleo*. En ellas hizo la historia de la confusión entre lo privado y lo público, señalando cómo y cuándo comenzó la corrupción a dominar las estructuras del Estado. En esas páginas repasó la historia de Venezuela, el país de Páez hasta el de Juan Vicente Gómez, cuando la nación fue invadida por los dólares y las libras esterlinas que trajo el petróleo. Una historia que el escritor González-Guinán también confirma en su *Historia contemporánea de Venezuela*, obra que Betancourt apreciaba como pocos porque entre sus características como político, el conocimiento y dominio de la historia venezolana fue notable:

Veamos un fragmento de González-Guinán que afianza la aserción de Betancourt: “Durante el régimen de la oligarquía conservadora hubo moralidad administrativa, conjugada con insensibilidad frente a los problemas sociales y con engreídos prejuicios de casta, dándole tono y fisonomía a la gestión de Gobierno. Pero al naufragar la República en la dictadura y la autocracia, se frustraron los esfuerzos ya hechos para adecentar la administración pública. El nepotismo de los Monagas inició el sistema en que el peculio privado del ‘Jefe’ y de sus áulicos y la Hacienda Pública fueron una sola y misma cosa. Cuando triunfó la llamada Revolución de Marzo en 1858, contra el corrompido régimen monaguero, el ilustre republicano Fermín Toro redactó un decreto, el cual fue promulgado, que establecía penas contra los ‘abusos, fraudes y latrocinios’ a la cosa pública. Ese decreto nunca tuvo vigencia. Triunfó la Revolución Federal, y su primer acto fue el acuerdo realizado entre el doctor Pedro José Rojas y el general Guzmán Blanco, quienes se repartieron en amigable arreglo de compadres varios centenares de miles de libras esterlinas, del empréstito que la dictadura de Páez había negociado con una casa bancaria de Londres, la *Baring Brothers*. El mariscal Falcón, Jefe de Estado surgido del turbión de la Guerra Federal, inició el expeditivo sistema de girar órdenes a la Tesorería Nacional en favor de sus amigos y conmlitones, escritos sumariamente sobre un pedazo de papel de estraza”.

Los últimos años de vida de Betancourt en Venezuela no sólo transcurrieron intentando rescatar a su "Partido del Pueblo" de los vicios de los nuevos tiempos, estimulado por un momento de "vacas gordas". Quiso prepararlo y advertirlo para cuando él ya no estuviera en este mundo. Betancourt también se dedicó de lleno a sus otras dos grandes pasiones de vida, la lectura y la escritura, producto de su gran curiosidad intelectual. Escribía ahora, sin embargo, revisando lo pasado, como en un viaje al reencuentro consigo mismo. Seguro sentía su epílogo vital acercándose. A pesar de su enorme fortaleza física, después del atentado de Los Próceres nunca volvió a ser el mismo. Sus manos tatuadas por el fuego, sus oídos le siguieron doliendo. Como él mismo señaló, "Me paso los días, a veces parte de las noches, sumergido en un lago de papeles, cartas, periódicos, libros. Es que dedico casi todo el tiempo laborable a escribir mis memorias de hombre público".

No pudo terminar esa tarea pero hizo recopilaciones de ensayos, notas periodísticas y perfiles biográficos que en cierta forma constituyeron una autobiografía. De estos años son *América Latina, democrática e integrada*, y *Hombres y Villanos*. Este último recoge, revisadas nuevamente por él y con apostillas al margen, las notas biográficas que, sobre quienes él consideraba los hombres excepcionales y los viles de Venezuela y del mundo, había publicado en el diario *El País* en la década de los cuarenta. En 1977 la editorial española Seix Barral publicó una nueva edición de *Venezuela, Política y Petróleo*.

Entre Nueva York y Caracas pasó Betancourt el resto de los años que le quedaban de vida. Allí descansaba y adelantaba el trabajo de sus papeles. Allí recordaba y escribía sobre los grandes protagonistas de la transformación de América Latina. Tras la muerte de su fraternal amigo Luis Muñoz Marín, primer gobernador de Puerto Rico, Betancourt consignó desde "Pacairigua": "Pero he dicho siempre, y aquí quiero repetirlo, porque callarlo sería mezquindad de mi parte, que pocos hombres públicos en mi dilatada historia de combatiente por la democracia y por la libertad en América, he encontrado con más agónica devoción a su pueblo, con mayor preocupación porque su pueblo

viva dentro de un ambiente de democracia y de justicia social, porque su pueblo pueda expresar su voluntad a través del voto, similar a Luis Muñoz Marín”.

En la ciudad de Nueva York muere Rómulo Betancourt el 28 de septiembre de 1981. Fue en el Doctor's Hospital, como consecuencia de un derrame cerebral masivo.

No hay discusión: había muerto el gran político y estadista del siglo XX venezolano; el político que, hasta hoy, más ha escrito en Venezuela, el que más éxitos cosechó para él y para su partido. Pero también un ser humano muy especial y sensible, pese a la sequedad y frialdad en su fachada de hombre público. Dijo una vez de sí mismo “A los hombres públicos, y más cuando han sido como yo, combatidos y combatientes, se les considera como una especie de cerebros electrónicos, sin sentimientos y sensibilidad. Por eso causó sorpresa que me produjera un colapso físico, atendido por mi médico aquí presente –el doctor Valencia Parpacén– la muerte, hace dos meses, de un fox terrier de no muy excelente pedigree, el cual me acompañó catorce años de mi vida”.

Como buen sentimental, era una persona solidaria y bondadosa, especialmente con sus seres queridos: con sus dos esposas, con su hija Virginia, sus nietos, con Alfredo Coronil Hartmann, hijo de Renné; pero también con sus amigos, sus compañeros de partido y con la gente sencilla del pueblo. De ello hablan las numerosas cartas enviadas y recibidas por él. Lo aseguran quienes lo conocieron, y no sólo los de su partido o quienes pensaban como él.

Cuentan Virginia y Alfredo que Rómulo disfrutaba de la vida familiar, de los cuentos y chistes familiares. Solía sorprender permanentemente con detalles y obsequios personalizados. Estaba pendiente de las necesidades afectivas de sus allegados. Ya divorciado de Carmen Valverde, cuando ella se encontraba hospitalizada en el Hospital Militar a causa de un cáncer terminal, no sólo se contentaba en visitarla todas las tardes, sino que tomaba la previsión de enviarle cada mañana a su hija Virginia, quien cuidaba a su madre, arepas rellenas, revis-

tas y algún pequeño regalo. Rómulo acompañó a Doña Carmen durante sus tres días de agonía y, por petición suya, estuvo presente cuando expiró, el 11 de noviembre de 1977.

La buena cocina, el cine, el teatro, los libros, las revistas mundiales, las apasionadas charlas literarias las compartía con amigos a lo largo de su vida. Berna fue un tiempo de paz, de serena felicidad. No fue como aquellos ex presidentes, políticos e intelectuales distantes, anestesados por el poder, la molicie o la fama. Su amigo Carlos Gottberg se expresó así de él: "Era de una sencillez y humildad desarmantes, además de alegre, optimista y jovial, cuyas salidas humorísticas todavía hacen aflorar la sonrisa a los labios de quienes lo trataron".

Cuando murió tenía 72 años. Dejaba atrás una historia personal de medio siglo, y las lecciones de su ejemplo vigentes para el porvenir. El denso humo de su pipa quedó como un símbolo de buen gobierno. Después de tantos años de intensidad y de tensiones, tuvo la inteligencia de abrirle el camino a los otros, aun cuando lo hizo estando aún joven, disfrutando de indudable poder e influencia. De modo que aquel no fue el gesto de quien se retira porque de antemano ha perdido el juego.

- Berroeta, Pedro (1987): **Rómulo Betancourt. Los años de aprendizaje (1908-1948)**. Ediciones Centauro. Caracas.
- Betancourt, Rómulo (1967): **Hacia América Latina democrática e integrada**. Editorial Senderos. Bogotá, Colombia.
- Betancourt, Rómulo (1968): **La revolución democrática en Venezuela: 1959-1964**. Tomo I. Imprenta Nacional. Caracas.
- Betancourt, Rómulo (1969): **Venezuela, política y petróleo**. Editorial Senderos. 3ra. Edición. Caracas.
- Betancourt, Rómulo (1987). **Rómulo Betancourt. La verdadera historia de la Revolución de Octubre**. Papeles de Archivo Nro. 4. Ediciones Centauro. Caracas.
- Carrera Damas, Germán (1994). **Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla**. Editorial Fundación Rómulo Betancourt. Colección Tiempo Vigente. Caracas.
- Catalá, José Agustín, Comp. (1975): **Un hombre llamado Rómulo Betancourt**. Ediciones Centauro. Caracas.
- Consalvi, Simón Alberto (1991): **Auge y caída de Rómulo Gallegos**. Monte Avila Editores. Caracas.
- Consalvi, Simón Alberto (2004). **El petróleo en Venezuela**. Fundación Bigott. Caracas.
- Fuenmayor, Juan Bautista (1968): **1928-1948. Veinte años de política**. Editorial Mediterraneo. Madrid.

- Fundación Rómulo Betancourt (1989): **Rómulo Betancourt: Historia y contemporaneidad**. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas.
- Fundación Rómulo Betancourt (1990, 1995, 1999, 2003, 2004): **Rómulo Betancourt: Antología política**. Vol. I, II, III, V y VI. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas.
- Gómez, Alejandro, comp. (1982): **Rómulo Betancourt contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, 1928-1935**. Ediciones Centauro. Caracas.
- González Herrera, Luis (1978): **Rómulo en Berna**. Vol. I y II. Ediciones Centauro. Caracas.
- Grisanti, Ángel (1978) **Rómulo Betancourt y su patria chica**. Caracas.
- López Maya, Margarita (1996): **EE.UU. en Venezuela: 1945-1948**. Caracas. CDCH. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Quero de Trinca, Mirela (2003): **La resistencia del Partido del Pueblo en el exilio. 1948-1958**. Edición Conmemorativa del 62° Aniversario de Accion Democratica. Caracas.
- Romero, María Teresa (1987): "La Tesis Americanista de Rómulo Betancourt y AD". **Política Internacional**, No. 5. Asociación Política Internacional. Caracas.
- Romero, María Teresa (1988): "La Doctrina Betancourt y su papel en el proceso de fundación del régimen democrático venezolano". **Revista Venezolana de Ciencia Política**. No. 3. Cepsal. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

- Romero, María Teresa (2004): "La defensa y promoción de la democracia en la política exterior de Venezuela (1958-1998): el caso de la Doctrina Betancourt" (Mimeo). Caracas.
- Sosa Abascal, Arturo (1995): **Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo (1937-1941)**. Editorial Fundación Rómulo Betancourt, Colección Tiempo Vigente. Caracas.
- Caballero, Manuel (2004): **Rómulo Betancourt, político de nación**. Fondo de Cultura Económica / Alfadil. Caracas.
- Sanin (1984): **Rómulo**. Vadell Hermanos Editores. Caracas.
- Velásquez, Ramón J. (1979): "Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo". En: **Venezuela moderna, medio siglo de historia 1926-1976**. Editorial Ariel, Fundación Eugenio Mendoza. Caracas.

A orillas del río Pacairigua	9
Primer tiempo de definiciones	19
1928: el estreno en la historia	25
Siete años de exilio: la batalla de las ideas	31
1936: el retorno al país sin Gómez	43
Oculto y elusivo: la clandestinidad activa	53
En y desde Chile: el amanecer del estratega	61
En Venezuela, otra vez: tiempos propicios	69
El 18 de octubre de 1945: la prueba de fuego	75
Tres años en el ojo del huracán	81
En los nueve meses del “Presidente de la concordia”	93
“El exilio también es un arma de combate”	97
Vuelta a la contienda, y al poder	111
El retiro en la plenitud	123
Bibliografía esencial	131

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hemández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero

Próximos

Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
 Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
 Teresa Carreño / Violeta Rojo
 Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
 Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
 Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
 Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
 Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís
 Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
 José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
 Francisco de Miranda / Inés Quintero
 Miguel Otero Silva / Argenis Martínez

En imprenta

Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de agosto de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Rómulo Betancourt

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

María Teresa Romero

Cuando Rómulo Betancourt le entregó la presidencia de la República a Raúl Leoni en 1964, tenía apenas 56 años. Diez años después, en la plenitud de su vida, disfrutando de la popularidad y la influencia necesarias, decidió no optar otra vez por la presidencia. No se trataba de un gesto banal; es preciso exaltar la relevancia que tuvo la singularidad de aquella decisión en un país en el cual líderes con mucha menor jerarquía no encontraban cómo desprenderse de la idea providencial de eternizarse en el poder o de volver cada vez que fuera posible.

En esta biografía María Teresa Romero repasa cada una de las épocas fundamentales de su vida, desde su nacimiento en las tierras de Barlovento el 22 de febrero de 1908, hasta su muerte en Nueva York el 28 de septiembre de 1981. Aquí se siguen los pasos del joven Betancourt en el año estelar de 1928, sus peripecias en el primer exilio que lo lleva a navegar por el Caribe, de país en país, conspirando contra Gómez en un primer momento, para luego dedicarse a la tarea mucho más trascendente de pensar una sociedad democrática, de crear una doctrina y de concebir un programa, de romper con el pasado abriéndole el espacio a la participación de las masas y la creación de los partidos populares: el gran amanecer de la democracia.

MTR analiza la personalidad de Betancourt como político y periodista, la vuelta al país en el 36, otro año singular, su paso por el poder en 1945-48, y 1959-64. Betancourt es una figura histórica y es preciso verlo, por consiguiente, en la perspectiva de un tiempo turbulento. Autora de *La defensa y promoción de la democracia en la política exterior de Venezuela (1958-1998): el caso de la Doctrina Betancourt*, Romero se aproxima a la vida del ex presidente con ponderación, sagacidad y equilibrio.

Simón Alberto Consalvi

EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE